



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

## SUEÑO DE LOS ARCÁNGELES

Con nueve grabados  
en madera de  
Víctor Delhez

1961

\*  
\*  
\*  
\*

© Rolando Diez de Medina, 2005  
La Paz – Bolivia

### INDICE

[Sueño de los Arcángeles](#)  
[El Misterio de la Reina Giovanna](#)  
[Esa Andadura Paralela y Silenciosa](#)  
[Beethoven y su intérprete](#)  
[De América, la Nuestra, y su Destino](#)  
[Mare Nostrum, Mare Sacrum](#)  
[Unamuno, Rebelde impenitente](#)  
[Una Noche en el Pincio](#)  
[La Línea Psicológica](#)  
[Bolivia: Clave de un Continente](#)

*Ensayos, temas de meditación, ensueños. No a la manera clásica, perfecta, del antiguo; más al modo angustioso, libre del moderno.*

*Preocupación filosófica, poesía o prosa poética, polémica ¿no son las tres vertientes del espíritu que interroga al misterio?*

*Ya en otro tiempo se dijo por qué el escritor sudamericano trabaja en mármol y en arcilla: somos desiguales de obra, porque hombre y artista se desalojan incansables.*

*Que nada es inútil —aun lo que finja vano— en la hermosa plenitud del pensamiento.*

*Y amar, expresar, transmitir es toda la ciencia del que escribe.*

*Si pides trinos al ruiseñor, acepta asimismo el rumor del vaso de greda que se quiebra.*

Los grabados en madera que acompañan al texto, pertenecen al gran artista belga Víctor Delhez. No fueron expresamente hechos para ilustrar este libro, pero algunos se adaptan a los temas tratados y otros los aluden simbólicamente. Las leyendas explicativas, aplicadas libremente, se refieren al texto.



Grabado Víctor Delhez

“... lo que vieron las altas criaturas...”

### SUEÑO DE LOS ARCÁNGELES

COMO nosotros por el espacio, ellos viajan en el tiempo.

Ven, sueñan, anticipan o retardan lo que será y lo que no pudo ser. Cubren la distancia entre lo probable y lo imposible. Enredan, desenredan. Nadie alcanzaría el hilo que conducen.

Son profetas sin muchedumbre. Porque ¿alguno los contempló, comprendió su lengua sin palabras, captó el rumor de su sangre absorta?

Pero acontece que los Arcángeles despiden música por la fimbria de sus alas. Y el que la oye —anamnesis, profecía— podría llegar también a la densidad de su pensamiento. Porque musical es el habla de los jefes alados y una verdad comunicable alienta en el sonido sutilísimo que trasunta el aire de sus imaginaciones.

Y he aquí, una noche cruzada de relámpagos que el trueno respunteaba de cóncavos retumbes, lo que vieron las altas criaturas en su ascenso vertical y sin fronteras. Porque observado de cualquier punto, ardía. Y a la distancia se miraba como una torre de cristal sin fin y sin principio.

Se acerca otro tiempo fabuloso: el hombre viajará por el Universo descubriendo mundos ignorados y remotos. Verá detrás de las estrellas. Entenderá el alfabeto del aire. Conocerá cosas, sucesos, jamás imaginados. Descompondrá la energía a su antojo y volverá a encapsularla en redomas sutiles a su servicio. Aventajará a la naturaleza en el campo biológico, en la ordenación geográfica, en elaborar productos sintéticos.

Los técnicos inventarán mecanismos, aparatos, sistemas tan ingeniosos que reducirán al mínimo el trabajo manual rindiendo más placentera la vida física. Los laboratorios empujarán el horizonte científico hacia la plenitud inmensurable.

Pasarán los viejos fácilmente su centenario y los jóvenes serán cada día más despiertos y ambiciosos.

La política ilógica y la desconcertante economía acabarán por rendir su secreto: la sociedad humana se juzgará perfecta en estructura y funcionamiento.

El hombre dejará de ser el centro del cosmos para transformarse en fuerza radiante, viajera siempre, un punto ubicuo en el eterno espacio.

Desaparecerán el sabio individual, el humanista, el gran político y el supremo artista, pero las muchedumbres sabrán y podrán más por su poder de cohesión. Nadie podrá abarcar la infinita vastedad y complejidad de lo que acontezca, porque el mundo crecerá hacia arriba, hacia abajo, y por los flancos contrapuestos.

Antes de terminar sus planes los pueblos se verán acosados por circunstancias que los rebasarán sin tregua, pero las afrontarán sin vacilar y se volverán cada vez más fuertes y más hábiles.

Inmerso en un océano de máquinas, artefactos, y conexiones sutilísimas, el espíritu adquirirá un poder superior al de las divinidades abolidas: todo estará a su alcance, hasta modificar las leyes naturales, el mundo propio y los extraños, mudar las almas y los cuerpos.

No habrá límite para la expansión del ser humano en el universo. Encontrará estrellas habitadas, libraré guerras de exterminio, razas desconocidas aumentarán su poderío.

Buscará descifrar los arcanos de la materia, de la vida, de la muerte. Y aun siendo nada en un cosmos en expansión, cada vez más inabarcable y aterrador, lo podrá todo porque habrá encadenado las fuerzas.

Habitará en la haz de las aguas, en el corazón de la tierra, poblará los aires, hará simbiosis con el fuego.

La técnica revelará formas asombrosas de vida y las artes florecerán de novedad. Guerras, enfermedades, catástrofes se regularán como fenómenos periódicos. Las ciudades se multiplicarán multiplanas, los caminos como culebras sinuosas, y las gentes transcurrirán en incesante actividad: habrá poco tiempo para el sueño.

Agigantado el sistema nervioso por las incitaciones de un contorno febril, responderá a tensiones aumentativas de un mundo siempre móvil, tenso, exigente y rumoroso.

La música y el sueño signo menos. Pintura y voluntad signo más. El varón por el disco será in- visible, por la onda ubicuo, por la velocidad anulará tiempo y espacio.

Será el triunfador en grado jamás conocido por la memoria humana.

Y aparecerán masas, formas, volúmenes, inmensas construcciones, sutiles edificios que apagarán el esplendor de catedrales, rascacielos, fábricas y plantas mecánicas. Los palacios más famosos como niños frente a los puentes atrevidos que surcarán el globo. Surgirán ciudadelas extrañísimas, desprendidas del planeta. Mil veces crecerán las urbes y las provincias cien mil. Y no habrá donde reposar el alma porque la materia siempre en movimiento tendrá como aprisionadas las mentes.

Y la inteligencia, bombardeada por innumerables incitaciones, responderá, responderá... Y su poder re-creador como el Universo en expansión: siempre más allá.

Se inventarán nuevas palabras, enteros alfabetos, nacerán incógnitos idiomas. Grandeza y esplendor de las hablas, atrevimientos de un nuevo y poderoso expresar. Y en ese transcurrir acelerado el intelecto avanzará más ligero que la fantasía.

Como torbellinos del sol la chispa pensante. Como fuga de estrellas el poder creador y remodelador del hombre.

Anillos le nacerán al mundo y antenas colosales. Y todo será poblado, en movimiento.

Y el hombre universal, habitante de los espacios, conocerá el éxtasis de su espantable poderío.

Mas como toda grandeza lleva en sí misma el germen de su destrucción, esta ambición terrible, desapoderada, lo conducirá hasta el muro del vacío, allí donde sólo reinan el absoluto silencio y la despiadada soledad. Debilitado el sentimiento perderá su contacto con Dios. Ocupado, apresurado, envuelto en actividades, en el tormento de los ruidos, el hombre estará no obstante solo y vacío como la creación en el día primero.

Será desmesuradamente poderoso, infinitamente triste.

Piedad y esperanza no tendrán cabida en su reino prodigioso.

Seguirá solo en su prisión de hielo, frío, inexorable, avasallando a la materia, sometiéndola a su capricho, hundiéndose en los abismos sidéreos a la búsqueda de enigmas imposibles que nadie podrá alcanzar. Porque esa es la gloria y la escoria de la inteligencia: vivir en el misterio. Y quien quiera alcanzarlo todo, todo perderá.

Entonces un cataclismo inaudito —natural o artificial— destrozará el mundo: volará en fragmentos la civilización. Naciones enteras serán borradas del mapa, pueblos íntegros como devorados por el fuego y las aguas, como disueltos en la tierra y los aires. Unos se salvarán en la selva virgen, otros en montaña inaccesible. O poblarán planetas. Pero serán incontables los perdidos, pocos los sobrevivientes.

El mundo quedará vacío, desolado. Y el hombre que habrá perdido a Dios volverá a encontrarlo en su dolor después de expiar su grandeza y su soberbia.

Y el equilibrio volverá cuando el amor y el sentimiento compartan con la dura razón y la voluntad organizada el dominio de los seres y las cosas.

Porque está escrito: eres criatura, no creador.

Y el Dios desconocido que alzaré las almas del naufragio futuro, vendrá revestido de presencia nueva, distinta de las ya conocidas. Y su religión libre de fausto y poderío. Y la semilla caerá de muy alto para hundirse muy profundo. Y el camino de la humildad hará el milagro de la nueva fe, como el ascetismo del desierto y de los páramos fortifica los corazones.

Largo tiempo, siglos tal vez, el Maligno acechará desde el cóncavo Universo. En la infinita disociación de la materia. En la inteligencia pura que se recrea en la crueldad inútil de un insaciable poderío. En la riqueza que lo mancha todo. En la envidia, en la ingratitud, en el odio que todo lo envilecen.

Y nadie puede imaginar la espantosa desdicha ni la trémula alegría del tiempo que vendrá.

Porque sucederán días de oscuridad, de miseria, de terror. Noches fatídicas. Las almas, como torres caídas, se vendrán abajo. Los cuerpos maltrechos. Desesperarán los pueblos. Y los duelos sin fin.

Mas el retorno a la idea de Dios, tras un extenso período de disolución y de amargura, será la más noble aventura del hombre.

Porque el hombre y su destino son así: de lo más bajo a lo más alto. Luego la caída vertical. Siempre en camino; reposo no existe, término no hay. Se cae para volver a subir. Fuerza y humildad como dardos de fuego: acicatean. Ciencia y religión son formas del enigma. Confinan. Aunque nadie las conjugue en justa proporción.

Y el abismo entre amor y poder no fué colmado, acaso nunca lo sea. Porque el transcurso humano bascula entre dar y recibir.

Como enseña la escritura: quien crea salvarse, se perderá. Y el extraviado será redimido.

Y esos toros alados, esos leones rugientes de que hablan los libros antiguos, nada son ante las flechas con colas de fuego que surcan los cielos. O frente a los increíbles artefactos con que los sabios se proponen poblar el espacio.

Y acontecerán prodigios mil, hechos fabulosos, que si se pudieran contemplar de una sola mirada, deslumbrarían. Porque la grandeza del hombre-técnico será vertiginosa: siempre en ascenso.

Pero cuando más fuerte y soberbio domine, será precipitado.

Y sólo el temblor de una pequeña voz, una dulce ternura, lo levantarán de su error y su caída.

Y Dios volverá a su criatura como el día sigue a la noche. Porque está escrito: aunque yerres serás perdonado si el arrepentimiento toca tu corazón. Y después del espanto vendrá el sosiego.

Y no es la hora del absurdo, del vacío, de la náusea, de la desesperanza porque sí. Más tiempo de vigilia y sufrimiento que ennoblece. Porque la confianza vuelve al pesaroso y el equilibrio al tambaleante, cuando el meditar pone freno al juego ciego de las energías.

Porque mitad de vida se destina a edificar. Y la otra mitad a responder por la obra realizada.

Y quien tenga fe en la sabiduría de su Creador y en la dignidad de sus criaturas, puede esperar tranquilo el rayo de su cólera y el amanecer de su bondad.

Porque todo está bien, apesar del extravío y la tristeza. No obstante la caída y el resurgimiento. Por encima del duelo y la victoria.

Y estas cosas incomprensibles no sucedieron una sola vez, mas fueron muchas.

Porque es tarea de varón desplegar y replegar sobre el mundo. Y el universo aguarda, la vida tiente, y mil fauces llameantes cantan el delirio de la acción.

Y esos leones que muerden y desgarran son también las gacelas tempranas que en otro amanecer encantarán las horas.

Y altos son los caminos del Señor. Inexplicable su designio. Y cuanto más grande el hombre es más pequeño.

Amanecía. En rosa y en marfiles se descubría el paisaje. Y allá, en lo alto y a la distancia, se dibujaba el perfil vertiginoso de unas alas indecibles.

Altos, firmes, poderosos como árboles tranquilos, los Arcángeles se disolvían en la viva certidumbre matinal.

Y tras la cólera de su visión y de su habla, sólo quedó en el aire una zozobra de palomas y de águilas.

Porque el arcano es así.



Fot. E. Ritcher- Roma

“... la reina Giovanna pintada por Leonardo...”

### [EL MISTERIO DE LA REINA GIOVANNA](#)

EL visitante que recorre la Galería Doria en Roma —un viejo edificio donde los cuadros se apiñan en profusión y mezcla desagradables— se queda absorto frente a un retrato sin firma y sin leyenda que nada informa anecdóticamente al espectador. El guardián de la galería ignora al personaje y al pintor. Poco saben los romanos de hoy de este retrato maravilloso que parece representar a una gran dama del Renacimiento.

Es una mujer bellísima que al primer golpe de vista nos arponea. La mirada de encanto indecible fascina para siempre. Una sonrisa misteriosa forma leves hoyuelos en las mejillas. La cabellera de color castaño fluye con majestad, enmarca el óvalo perfecto de la cara, estucha el fino cuello, acaricia la morbidez de los hombros y se pierde entre las pieles y el fastuoso terciopelo guindado que se esparce como una onda espléndida por la mitad inferior del cuadro.

¿Quién es la dama misteriosa?

Este cuadro no figura en las modernas historias del arte. Los eruditos no alcanzan a identificarlo. En el "Viaje en Italia" del presidente De Brosses, realizado en los años 1739-1740, se menciona varios cuadros de Leonardo hoy desaparecidos u olvidados, como por ejemplo una "Judith" existente en el palacio Palestrina, en Roma, de la que ya nadie se acuerda. Sólo Stendhal, en su "Historia de la Pintura en Italia", publicada en 1817, capítulo LXI, da una referencia exacta cuando dice: "... ¿Quién ha visto Roma no recuerda con una dulce emoción, en la Galería Doria, aquel retrato pintado por Leonardo que se cree ser de la Reina Juana de Nápoles, la María Estuardo de Italia?..."

En el Louvre, en París, el visitante vuelve a encontrarse con el enigmático retrato, pero aquí el misterio se ahonda, pues si pictórica e históricamente el personaje parece el mismo —en el Louvre se sabe que se trata de la Reina Juana de Aragón, llamada en Italia la Reina Giovanna—

por mucho que la composición, el colorido, la postura del modelo y los detalles se parezcan asombrosamente, estética y psicológicamente se trata de dos caras, dos mujeres distintas. Pudo ser idéntico el modelo, pero cada artista la vió y la pintó a su manera transfigurando la realidad en dos versiones diferentes. En el Louvre nos mira una jovencita, en la Galería Doria nos embelesa la mujer. Ni los rasgos, ni la expresión, ni el rayo anímico las aproximan. Son dos caras, dos mujeres, dos almas diversas.

El catálogo de la Galería Doria —1958— manifiesta que el retrato de "Giovanna D'Aragona, Principessa Colonna, es una copia de Rafael Sanzio. Oleo sobre tela: 1,20 x 0.97".

El impresor E. Richter, de Roma, en postales en blanco y negro del retrato, afirma rotundamente: "100 —Roma. Leonardo da Vinci. Ritratto della Regina Giovanna. (Galería Doria)".

¿Cuál es la verdad? Los libros dicen muy poco, más bien ignoran este cuadro. Los eruditos y los profesores de arte le dan escasa importancia. Los historiadores ni siquiera pueden demostrar que es realmente la efigie de Juana de Aragón. Algunos piensan que salió del pincel de los discípulos de Leonardo; tal vez comenzado por el maestro, pudo ser terminado por Boltraffio, Luini, Solario, Credi, Salaino, Melzi, d'Oggiono, Cesto o Predis.

¿Pero es que son ciegos críticos y entendidos? ¿Es posible pensar que otra mano que la del insigne florentino haya creado esta figura enigmática? Ese fondo arquitectónico dibujado con "obstinado rigor"; ese tratamiento magistral de los paños que se desenvuelven como las formas enlazadas de la sinfonía; la morbidez de las sombras; la delicadeza del colorido; la majestad y dignidad de la figura que se apodera con grande señorío de su ambiente; y esa mirada serena, misteriosa, que recuerda la psicología dardeante de La Gioconda, del Baco, de la Leda, del San Juan ¿no proclaman la genealogía leonardesca?

Cuanto más se profundiza el encanto de esta cara maravillosa, con mayor certidumbre brota la certeza de su origen; sólo el Vinci pudo traducir en la suavidad del color y en la fineza de las formas, la presencia misteriosa de la belleza perfecta, sensual y espiritual a un tiempo mismo. La sonrisa dulce y singular, el mirar hermético y profundo, evocan el estilo magnético, aclarador, de Leonardo, aquel que mejor supo leer en las caras y reproducir el secreto de su drama interior.

Podemos pensar así, pero ello no supone que el enigma esté resuelto. Antes bien: aumenta y se complica.

De las muchas averiguaciones y estudios en torno al tema, surgen estas hipótesis: el cuadro es de Leonardo; de alguno de sus discípulos; de un pintor que sin pertenecer a la escuela leonardesca quiso imitar el estilo del florentino; no es de Leonardo. Antonina Vallentin sostiene que cuando el Vinci habitaba Cloux, huésped de Francisco I de Francia, ya existía el retrato de Juana de Aragón pintado por Rafael —hoy en el Louvre— y que fué obsequiado al rey por el cardenal Bibbiena. Esto da lugar a dos nuevas hipótesis: una que Leonardo, habiendo conocido a la reina Giovanna, quiso superar a su rival —es sabida la fuerte emulación que existió entre ambos artistas— y con solo el cuadro de Rafael frente a sus ojos dió forma a su obra posterior a la del Sanzio. ¿No dice un pensador hispano que "Monna lisa sólo fué como un maniquí para Leonardo, como un pretexto, como una pauta?" Análogamente el retrato rafaelesco, el modelo histórico de la "principessa" Colonna, sólo fueron el motivo impulsor, la materia dinámica, el acicate para que el artista genial creara un nuevo arquetipo de la belleza y la distinción femeninas. La otra tesis, más endeble, atribuye al propio Rafael el segundo cuadro, que sólo sería una nueva versión de su primera obra, cambiando la expresión del rostro. Hay, todavía, quienes piensan que ambos pintores famosos hicieron al mismo tiempo ambos retratos, en franca rivalidad, y que habiendo elegido el cardenal Bibbiena el de Rafael, Leonardo, herido en su orgullo, desechó su trabajo y no quiso saber más de él.

Hipótesis. Nada de esto se ha demostrado por la investigación erudita, por la historia, ni por la crítica documental. El retrato de la Galería Doria mantiene su secreto. Algunos creen que ni siquiera representa a la reina Giovanna.

¿Pero quién era Juana de Aragón, "principessa" Colonna a quien los italianos llamaron la Reina Giovanna y que para algunos entendidos y escritores sirvió de modelo a Leonardo y a Rafael?

Juana de Aragón, princesa italiana, nació en Nápoles. (1500-1577). Era hija natural del Rey Fernando el Católico. Fué esposa de Ascanio Colonna, Príncipe de Tagliacozzi. Mujer de gran hermosura y distinción, intervino activamente en las querellas de los Colonna con el Papa Paulo IV, demostrando tanta habilidad como entereza. Alcanzó gran celebridad, en su época, por su belleza y por sus virtudes. Esta dama irreprochable superaba a Monna Lisa por su cuna, por su innata aristocracia, por su elevado rango social; y en punto a personalidad y hechizo basta contemplar las dos obras de Leonardo para discernir supremacía.

¿Pasó la real modelo para los dos artistas en la misma estancia, en idéntica postura, con igual tocado? Ambos reprodujeron fielmente el ambiente exterior, la vestidura de la reina Juana de Aragón, los mínimos detalles que se repiten con pasmosa precisión en los dos cuadros. Mas al reproducir la impresión de esa cara que los miraba con los mismos ojos y les sonreía con igual sonrisa, se produjo el divorcio en los transcritores de la famosa beldad: Rafael ha visto una linda joven, adolescente casi, dulce en su placidez inalterable; Leonardo contempló una mujer fascinadora y enigmática, henchida de un soplo dramático que parece encarnar el misterio de la femineidad.

A corta observación, la reina Juana de Rafael ha dicho todo: es una joven lindísima, de cándido mirar y recogida dulzura. Su alma diáfana brilla en los ojos puros. Pero la Giovanna de Leonardo no se entrega; antes bien: defiende y acrecienta tenazmente los arcanos de su personalidad. Mira con ojos malignos, entre curiosa y perpleja; quiere enseñar, busca aprender al mismo tiempo; da y pide comunicación. Sugiere, siempre, más de lo que ofrece. Rafael ha hecho un buen retrato, Leonardo una obra maestra.

Un antecedente. No hay recuerdo de que el Vinci hubiera copiado al de Urbino, más sí a la inversa. "La Mujer Grávida" pintada por Rafael en 1505, hoy en la Galería Pitti de Florencia, es casi una copia fiel de la más interesante "La Monja de Leonardo" pintada en 1503 por pintor desconocido según un modelo de Leonardo, y que se encuentra en los Uffizi.

Nada hay que agregar sobre el cuadro de Rafael. Intentemos, más bien, desarrollar un paralelo con variaciones entre La Gioconda y la Reina Giovanna pintadas por Leonardo.

¿Es lícito afirmar que ambas son hermanas en el pincel y en el espíritu?

Parece atrevimiento o irreverencia comparar el retrato más célebre del mundo que tanto ingenio y saber ha suscitado, con otro desconocido casi del cual nada se ha dicho. ¿Mas no decía Leonardo que quien no se atreve a buscar nunca encuentra a la verdad, potencia enmascarada que eriza de dificultades el camino que lleva a su recinto?

Monna Lisa Gherardini, tercera esposa de Micer Francesco del Giocondo, mujer bella, culta y refinada, fué el modelo vivo de La Gioconda, hoy en el Louvre. Juana de Aragón, "principessa" Colonna, conocida también por la Reina Giovanna, es el personaje histórico representado en el cuadro de Leonardo que guarda la Galería Doria. Si Monna Lisa ha pasado de la historia a la estética transfigurada en La Gioconda; ¿por qué la Reina Giovanna no podría transfundirse análogamente en La Leonarda, una vez que el arquetipo estético cubre a la persona histórica, siendo espiritualmente más Leonardo que Juana, más la contracifra psicológica del pintor que la realidad somática del modelo vivo?

Para no desorientar al lector mantengamos el diálogo de las equivalencias entre La Gioconda y la Reina Giovanna.

El retrato de la Galería Doria es el misterio sin entrega: no se lo puede definir. Es esto, aquello... siempre algo más. Cuanto mejor se lo contempla fluye como agua de vida, eterna fluencia jamás cristalizada. Su embeleso equivale al tránsito permanente: pasa, regresa, vuelve a partir, retorna. Está viajando sin tregua, su magia dinámica acicatea el alma del observador sin descanso. Cadena sin fin. Prestigio indeclinable. Así debió destellar la manzana que Eva entregó al padre Adán: eternamente joven, prestigiosa, indescriptible, hermosamente redondeada, deseada sin fatiga. La Giovanna de Leonardo es un rostro inolvidable, cargado de dramaticidad y de sentido. Es la mujer en la plenitud de su enigma y de su hechizo. No se ha dado pictóricamente belleza tan seductora en señorío tan recatado y tan altivo. Aquí la beldad invita, incita, frena y rechaza al



mismo tiempo. Es el desafío de la femineidad en la más alta jerarquía de lo erótico. No en vano dice Ludwig que Correggio y Leonardo son los dos eroticistas más delicados del Mediodía.

La Gioconda es la belleza nocturna, envuelta en brumas y vagas lejanías del paisaje, en los tintes sepías y oscuros de la vestidura, en la hondura psicológica del rostro ensimismado. Una atmósfera entre grisácea, verde pálido y sepia obscureciente lo difuma todo en tomo a ella. Walter Pater ha dado, acaso, la síntesis más apretada de interpretación: "Esta figura como bañada por una pálida luz submarina, de sonrisa inescrutable y vagamente siniestra. La expresión sutil del *rostro* encierra un misterio suave y refinado. Belleza creada desde el interior, en la que penetra el alma con todas sus inquietudes. Es viejísima y joven a un tiempo. Monna Lisa es la encarnación del sueño antiguo y el símbolo de la idea moderna".

La Giovanna, en contraste, es la hermosura diurna, a plena luz, la más difícil de fijar porque la luz solar dibuja todo en lineal perfección, aun lo feo y desagradable. Nada perdona. Pero aun así, sorprendida en la rica certidumbre de lo evidente, la belleza matinal rivaliza con la beldad crepuscular. Y hay más carga de misterio y de relámpago en la fascinadora Giovanna, mensajera de vida y claridad, pura, virginal como el día primero, que tiene de azucena y de pantera, que en la nocturna Gioconda, semiescondida, taciturna, envuelta en un claroscuro alucinante.

El misterio de la luz es más hondo que el enigma de las sombras.

Si se pudiera comparar los dos retratos —La Gioconda y la Giovanna— en plano de igualdad, probablemente el balance resultaría favorable al segundo. ¿Pero quién podría prescindir de la espesa capa de literatura y exégesis que acumularon cuatro siglos en torno al primero? El punto de partida será siempre desigual para cualquier análisis de apreciación: la Gioconda es una obra maestra consagrada por muchas generaciones y millares de entendidos; la Giovanna una estrella ignorada, que ninguna pluma famosa exaltó.

Es posible que contemplado en conjunto sea más alucinante el cuadro de Monna Lisa, pero de acuerdo a los cánones tradicionales, al poder de sugestión de la imagen, a la pura idealidad de la belleza física, Juana de Aragón es más hermosa y atrayente. En ambas tuvo Leonardo el pretexto individual para expresar su ciencia de la vida, su sapiencia de la mujer. Examínese detenidamente, sin prejuicios, sin considerar antecedentes críticos y literarios, ambos retratos, y se comprobará que la Reina Giovanna aventaja a la Gioconda rasgo por rasgo: la nariz más fina, la boca más breve y sensual, más imán en el mirar, más fresca la lindura de la tez, el óvalo del rostro más perfecto, más mórbida la estremecida sensibilidad de la cabellera. Acaso la sonrisa de La Gioconda esconde secreto más remoto, pero esta sola ventaja se neutraliza con la ligerísima hinchazón de los carrillos que deforma levemente la cara.

Monna Lisa, como el sueño, se desvanece en encantadas lejanías: intriga, desconcierta. Juana de Aragón, como la vida, se despliega sin tregua en dimensión de hechizo y de potencia espiritual: deslumbra, permanece radiante y perfectísima. Aquella sombría, reservada, mira en cierto modo a la Muerte. La otra clarificadora, estimulante, canta a la Vida. Si se pudiera superponer, aproximar, unimismar ambas caras magistrales, tal vez levantaríamos el velo del secreto leonardesco en el retrato.

La Gioconda es la "imperturbabilidad majestuosa". La Reina Giovanna la que busca y puede perturbarnos. Nuestra Señora del Descontento llamó a la primera un pensador hispano. Y la segunda ¿no sería el Hada de la Vida Dichosa? Madonna y Medusa ve a Monna Lisa, Schuré." Gran señora y amante vemos nosotros en la retratada Juana de Aragón. Y es éste uno de los aciertos profundos de Leonardo: haber entrevisto emboscada detrás de la altísima señora, la cortesana en potencia; poder dar la sensación sutilísima de la manceba adormecida en la quieta majestad de la gran dama. La Gioconda plegó las manos desmayadas, concentrada en sí misma, La Giovanna está dispuesta a tomarnos en sus brazos, toda ella atracción y simpatía. Una puede simbolizar la Madre, en el tierno recato de la espera. La otra es la imagen vívida de la Amante, con el poder tentacular de una sensualidad siempre despierta.

¿Es la forma el símbolo de una realidad intelectual superior como apunta el filósofo? ¿Una imagen cualquiera no es acaso un comienzo de nosotros mismos al decir valeryano? Y estas dos mujeres insignes ¿no fueron por ventura para el maestro genial, música de su pensamiento, matemática de su voluntad?

"Monna Lisa, criatura satánica, hermana de la serpiente, operada en forma de tentación" —manifiesta Ortega. En cambio a Reina Giovanna la vemos límpida, desembozada, en su libre palpitación emotiva: nada tiene que esconder. Es misteriosa porque es mujer, acaso a pesar suyo. Es la imagen misma de la vida que promete y se entrega en la eterna primavera de lo bello.

El sentimiento trágico de la existencia que fluye de la casta Gioconda, en la Reina Giovanna se resuelve en puro juego epicúreo de los sentidos. Esta hermosísima mujer no es pura ni impura; es simplemente natural, sensual, accesible en su exterior hechizo. Verdadera. Si Monna Lisa es más presencia espiritual que hechura plástica, Juana de Aragón, a plena luz, se apoya con mayor evidencia en los valores pictóricos que en la sugestión intelectual. Pero cuidado con la contradicción, reino interior del maestro florentino! Una vez que se absorbe la perfección visual del retrato, cuando creemos dominar el territorio de la certidumbre y de la claridad, el espíritu comienza a desenvolverse, a indagar por qué esta obra soberbia, hija de la luz, del equilibrio de las formas en el espacio, de la armonía de tonos y colores, conduce al cabo a oscuras cavilaciones, al laberinto de un meditar que se interroga sin colmarse porque la suma belleza, la mucha claridad, la gozosa certidumbre de las evidencias transportan la inquietud al otro polo del sentir: ¿de dónde nace esta perfección, qué significa, y cómo se transparenta su cálido mensaje?

El retrato de la Reina Giovanna carece de máscara. No embosca como el cuadro de La Gioconda el misterio de la Vida ni el presentimiento de la Muerte. Es el vivir, hace olvidar el perecer. Monna Lisa, crepuscular, mira con ojos lánguidos, entristecidos. Juana de Aragón, presencia matinal, nos contempla con pupilas abiertas, ávidas, despiertas, que se apoderan del espectador al primer contacto. Una es la Noche que acicatea, la otra el Día que encadena.

La magnificencia fantástica de La Gioconda parecería oscurecer el esplendor poético de Reina Giovanna; pero no es así. Esta figura sólida, evidente, delicada y fina a la vez, que brota de la vigorosa realidad, termina por emprender vuelo a la más alta fantasía. Transborda la realidad, la supera y la sublima. Demuestra, una vez más, que el mundo conocido y la criatura viva encierran portentos ideales que no sospecha la más encendida imaginación ni el sueño más osado.

¿Cuál es la magia de Leonardo en el retrato? Animar en el lienzo seres prodigiosamente vivos como el ser vivo. Figuras que jamás se olvidan, que subyugan el gusto y cautivan el juicio, que agarran para siempre, que trascienden lo visible y sugieren lo invisible. Que hablan con lengua misteriosa que si no todos recogen, sospechan todos en su tensión dinámica escondida. Como resume Jaspers: "es la corporización de lo espiritual, y la espiritualización de lo corpóreo".

También se ha dicho que Monna Lisa es el sereno distanciamiento del alma, que Leonardo quiso honrar en ella la dignidad de la mujer, dejando postergado el sentido sexual. "Peccato" —como profieren los italianos. La mujer entra por los sentidos y despojada de los arcanos del sexo, descorporizada en parte, pierde su atractivo mejor, ese poder de animalidad que ningún idealista ni mirar transparente pueden desconocer sin desvirtuar las esencias reales del ser vivo. Juana de Aragón, contrariamente, es la inminencia del cuerpo y del espíritu, en gozoso equilibrio. En el orden puramente visual, es lo sexual, lo sensual transfigurado en gracia femenina. Gioconda es el ensueño, Giovanna es la mujer. "El enigma del universo es el enigma de Monna Lisa" —anota Merejkowsky. Pero el misterio de la mujer es el misterio de Juana de Aragón.

Por invisibles puentes la Reina Giovanna asciende al sitial más preclaro de la hermosura y la aristocracia femenina. Basta mirarlas.

Marcel Brion ha dado otra síntesis profunda de La Gioconda. "Mujer indescifrable, alma oculta que poco a poco se revela. Es la superfemineidad soñada. Figura poderosa y estática, de soberana impassibilidad, es la última gran pintura religiosa que haya sido ejecutada. ¿Una diosa? Sí, por la gravedad solemne, hierática, santa del rostro. La incomparable personalidad de Monna Lisa se ha transformado —por obra de Leonardo— en la enigmática e inaccesible Gioconda".

No olvidar que este juicio tiene el respaldo significativo y esclarecedor de cuatro siglos y millares de páginas exegéticas.

La joven, la virginal Reina Giovanna ¿qué puede oponer a la torrencial literatura vertida en torno a su rival?

Valerosa, atrevida, sólo cuenta consigo misma. El retrato que pintó Leonardo es lanza y escudo a la vez. No tiene amigos. Carece de auxilios artísticos y de soportes intelectuales. Su reino confina en los estrechos límites de un pequeño cuadro. De su verdad, de su belleza, de su destino en la historia y en el arte, sólo ella puede dar cuenta. Linda, solitaria, desamparada ¿no sería la imagen de la juventud intrépida que debe conquistar el mundo por su solo esfuerzo?

Acerquémonos al retrato insigne.

La hermosísima figura pintada por Leonardo se asienta con amplia majestad sobre un fondo de terciopelos opulentos, mangas abullonadas, pieles suavísimas, gasas ondulantes. El ambiente está trascrito con tal propiedad y fausto que evoca la pompa señorial del Renacimiento italiano. Juana de Aragón, espléndidamente ataviada, irradia tan gozosa certidumbre de su belleza y seducción, que invita inmediatamente a la amistad, al amor, a la plenitud comunicativa, al regocijo espiritual. Su imagen aleja el sufrimiento, despierta a la alegría. Nos llama, nos espera. Nos hace dichosos con el esplendor que la circunda, con su belleza cálida, con su mirada misteriosa y burlona, con su sonrisa sutil y singular. El ojo derecho aparentemente inmutable en el fondo espía; el izquierdo contempla entre curioso y burlón. La mirada que fluye de ambos es pura y esfíngica a la vez; no revela el alma de la mujer estupenda, más bien la dilata y multiplica. Buscando su cifra recóndita vacilamos entre la admiración y el temor, el éxtasis célico y la desconfianza. Presentimos que esta dulce y altiva figura es el arquetipo de la belleza y la ternura femeninas; pero sospechamos que detrás del encendido mirar y de la tierna sonrisa, subyace una fría inteligencia, un alma sagaz, que se apodera y no se entrega, dura como el diamante, capaz de frustrar el más íntimo ensueño.

Al fondo, hacia la izquierda, una breve figura de espaldas, se diría un símbolo de la inescrutabilidad del personaje central. Es de admirar la ciencia arquitectónica, el sentido del espacio y los volúmenes con que el pintor ha reproducido el ambiente interior del palacio donde mora la beldad. A la derecha dos leones asoman sus fauces abiertas. Tal vez la soberbia, la avidez; acaso el refinamiento, la lujuria. Fieras domadas que el artista adivinaba bajo la quieta apariencia de la dama virtuosa. Fué Juana de Aragón dama honestísima: la historia lo confirma. Mas la mirada transparente del artista ¿no enlaza vida y potencia, lo real y lo posible, lo visible y lo que no se alcanza a vislumbrar?

En el rico terciopelo, en los pliegues de curva audaz y opulenta, que Leonardo ha tratado con mayor majestad y maestría que Rafael; por entre la piel delicada que ciñe el cuello, asentado en los hombros altaneros se anuncia el escote fascinador, voluptuoso, que apenas si deja adivinar el nacimiento de los senos, más sugeridos que expuestos. Es un busto maravillosamente redondeado, purísimo, táctil, y sin embargo de sensualidad contenida. Sensuales son asimismo las manos, de un constante, largo y reptante sensualismo, un tanto gordezuelas en la muñeca y en el dorso, como de mujer prieta y olorosa de carnes. Manos que parecen acariciar y aferrar con los dedos finos, ahusados, prensiles, que tienen de tentáculos, de octópodo, de materia elemental, acuática y voraz.

Si el bajo granate de las vestiduras tiene una vida de reflejos palpitantes —jamás el terciopelo tuvo incendios más vívidos en las aristas de los pliegues ni curvas más enfáticas en el despliegue de sus ritmos— el sombrero de la dama es un primor de precisión reproductiva: se siente la calidad de los paños, el fino roce de la trenza circular, la fría dureza de las perlas. Una medalla pendiente de un hilo de oro pone la nota de inocencia en la fastuosidad del suceso. Una arqueta se pierde hacia el ángulo inferior derecho. Y es todavía de mencionarse el primor miniaturista con que están trabajadas las mangas de la reina, sin perder un detalle ni un matiz en las finas venas de la tela y del dibujo.

Pero si el valor y el poder magnético de un retrato se miden por el encantamiento de conjunto que emana de la figura y del ambiente que la circunda, el de Juana de Aragón no tiene par. Esa cara suave y sugestiva, sensual y apasionada a un tiempo mismo; esa figura altanera y familiar, que esconde la llama ardiente del espíritu en el fausto de un recinto señorial y en la natural

compostura de continente, fijan para siempre el poderío, el esplendor, la belleza irradiante de la mujer y de la sociedad en el victorioso siglo XVI.

Si valieran las transposiciones estéticas, se diría que La Gioconda ha brotado de un hondo meditar, como el que mana del melancólico "largo" del Concierto para Violoncello y Cuerdas de Tartini; en tanto que la Reina Giovanna surge del alado y ternuroso discurrir que fluye del "adagio" del Concierto en Sol Menor para Violín y Orquesta de Vivaldi. ¿No trasciende, el uno, todo el drama del pensamiento; no exalta, el otro, la entera embriaguez de los sentidos?

En cierto modo podría afirmarse que Monna Lisa viene de oscuras y terribles profundidades. Costó hacerla, fué largamente padecida. Reina Giovanna en cambio, proviene de la copa zafírea de un lago tranquilo que refleja inmutable la serena belleza del mundo y de sus seres. Brotó espontánea, límpida y radiosa.

Una es el conocimiento, otra la intuición imaginante.

Y una última leyenda. Cuenta un investigador moderno que Giuliano de Médici amaba locamente a una hermosa y encumbrada señora inaccesible por su virtud. Hizo que Leonardo la pintara y éste la representó con tal maestría, exaltando su blandura sensual y delicada, que parecía viva. Giuliano sintió acrecer su locura frente al retrato maravilloso, al extremo que su salud se resintió. Entonces la familia, atemorizada, hizo desaparecer o destruir el cuadro, y así se perdió otra obra maestra del artista florentino.

¿Era Juana de Aragón la amada imposible de Giuliano de Médici?

"Todo gran retrato —sostiene Papini— es una revelación". Pero lo que revela la Reina Giovanna no lo sabemos. En la Galería Doria, de Roma, tres sellos guardan su castidad y su secreto, y tres esfinges invisibles rondan por el aire sutil que la rodea: la Vida, el Amor y la Hermosura.

En lo pictórico, en lo estético, en lo psicológico, no se ha pintado un retrato femenino de mayor hondura humana ni más elevada vida emotiva. Un espíritu llameante en un rostro extático. Con tal dignidad de porte y seducción, que encarna la eterna promesa incapturable de la femineidad siempre despierta.

Una mujer. Nada más que una mujer. Nada menos que toda una mujer.

Giovanna, la Reina Giovanna pintada por Leonardo. Exquisita y adorable, reina entre todas. El retrato más espléndido del Renacimiento italiano con perdón de los "giocondistas".

Ni filosofías ni literaturas aditivas. Juana de Aragón no requiere estructuras intelectuales para afirmar su encanto. Criatura solar, basta verla y admirarla. Es en sí misma: la mujer en la plenitud victoriosa de su hermosura y su prestigio. Lo que no digan la sabiduría cromática, la composición, el rayo anímico, lo agregan el ojo y la mano de Leonardo, dominador de caras que es como decir ladrón de almas.

Y éste es el misterio de la Reina Giovanna: que nadie lo ha revelado todavía.



Grabado de Víctor Delhez

“... el mundo mental que no cesa de indagar...”

### ESA ANDADURA PARALELA Y SILENCIOSA

EL hombre crea artefactos mecánicos que proyecta fuera del mundo, a distancia prodigiosa, y le permiten penetrar los secretos del espacio. Pero al mismo tiempo, por un proceso dialéctico de acción recíproca, sucede como si la mente humana fuera penetrándose a sí misma y fabricara los elementos de su propia elaboración inteligente.

La armadura intelectual del espíritu, por la cual dominamos el mundo, se proyecta en lo interno aun- que trabaje para afuera.

Nuestras representaciones ordenadoras del cosmos, son pasos afirmativos de un otro orden misterioso, casi inaccesible, que se desenvuelve sin coerción posible.

O sea que existe una estrecha relación de potencia equivalente —en extensión y en profundidad— entre el mundo físico que se va descubriendo y organizando, y el mundo mental que no cesa de indagar y perfeccionar su virtualidad creadora.

Cuanto más complicada se vuelve la técnica científica que explora el universo, más estupenda y compleja se constituye la inteligencia que la mueve a superar sus descubrimientos.

Pensamiento y universo se corresponden, se ordenan paralelos. Clave y contra-clave; no se entenderían separados.

Realidad y abstracción son dos operaciones que abrevan del mismo manantial. Vida y pensamiento confabulan recíprocos.

Existe un punto en la conciencia que nos revela ligados, confundidos con tal inmensidad de cosas y sucesos como si fuésemos una estrella perdida en el insondable mar de la galaxia.

El hombre no es, pues, uno y solitario, sino infinitamente múltiple, vinculado a todo cuanto vive.

Y aun se ha de añadir la memoria que relaciona mundos extinguidos por nacientes percepciones. Pesadumbre aterradora: la vastedad del universo se muele y se fragmenta para llegar a la pequeña comprensión de la mente humana.

Tal vez el místico tuvo razón: hacia adentro mira el camino misterioso. Pero la portentosa ingeniería está ahí, en el exterior; o más allá del ojo y de la mano. Materia que espolea. Y nos fué dado el pensamiento para intuir su grandeza inabarcable.

No se sabe quien miró más lejos y más hondo: si el astrónomo que explora el espacio, el físico que descompone el átomo, o el pensador que busca a Dios detrás de la materia y de las almas.

Esta andadura paralela y silenciosa es como el diálogo del cosmos con el ser. A veces los dos portentos se reconocen, se escuchan a la manera de dos relojerías preclaras que ignoran su origen, su finalidad, pero se sienten seguras y gozosas de su persistencia matemática.

Porque universo y mente, al cabo, se transfunden y unimisman. Todo existe, se explica todo. Sólo es preciso que lo diminuto y lo desmesurado, por una geometría fabulosa, se reduzcan de claves disímiles a medidas asequibles. ¿Cómo? Templando las dos cuerdas fundamentales del espíritu: crear y comprender.

De Aristóteles, padre de la lógica, a Einstein inventor del cosmos cuatridimensional, la mente hizo un camino espantable que pocos pueden recorrer. Todo parece haber surgido a una nueva luz, y sin embargo el fondo abisal del pensar es cada vez más oscuro, indescifrable.

Aunque el universo se hace cada día más complicado y la mente más enigmática, un rayo de esperanza toca el corazón del hombre. Es cuando nos parece oír la voz del Creador que dice: te voy revelando la grandiosidad del cosmos, para que te hagas cada día más inteligente; y te hago cada día más inteligente para que aprendas a moverte en la grandiosidad en expansión del universo.

La mente humana avanza, simultáneamente, en dos direcciones: para adentro y hacia afuera. Y cuanto más rápido y más lejos se proyecta en ambos sentidos, descubre que más asombrosamente se asemejan la organización del mundo y la estructura de la inteligencia.

Movimiento, pensamiento: culebras sacras.

Este juego contrabalanceado —en el fondo clave del ser, cifra del universo— conduce a la plenitud metafísica del misterio que no tiene explicación más sí sentido. Podemos acercarnos, adivinar casi, mas no abarcar ni menos entender la tremenda multiplicidad de esa marea creciente que nos rodea y nos sustenta y nos desmaya.

Todo fuga, se acrecienta todo. ¿Cómo entender un tiempo sin término y sin pausa?

Interrogando, trabajando siempre. Porque desvelarse es el más alto modo de honrar la condición humana. Y no importa llegar a la meta soñada, mas hacer el camino que la aproxima y la enaltece.

Espanta decirlo: el hombre explora con osadía estupenda mundo y alma, tierra y cielos. Pero cuanto más progresa, más distante se sorprende de la verdad ansiada. Porque la verdad, como la inteligencia, como el universo, crece con ambos. Y no es menor arcano que quien busca ser ala, permanece en la quietud del árbol. Y en la inmovilidad se aduermen fantasmas de la acción.

¡Oh fábrica de enigmas! Hombre perecedero, inmortal a un tiempo mismo, que haces del universo, mentes; de la mente, universos.

Ya no es posible el juego maravilloso, razonado del antiguo: el mundo, ahí, para que tu lo disfrutes y lo señorees a la medida armoniosa del poder humano.

Ahora es el tiempo que desborda las visiones del hombre de Patmos. Apocalíptico el contorno, se ahondará abisal la conciencia. No mandas ya; te arrastra el torbellino.

Pero aun así, asediado, acosado, confinado a los estrechos límites de su decreciente magnitud individual, el hombre piensa que universo y mente fueron hechos para su señorío y regocijo.

Hijo del cosmos, padre de la inteligencia, rechaza la ceniza y ama el centelleo del diamante.

Y éstas son su gloria y su miseria: nada hay más grande ni más fútil que el encuentro de creación y criatura.



Grabado de Víctor Delhez

“... detrás del muro sonante una catedral...”

## BEETHOVEN Y SU INTÉRPRETE

### I

#### CÓMO se manifiesta el numen de la música?

¿Brotaba de la inspiración melódica, o por la difícil construcción de armonía y contrapunto? Nace del sentimiento que lo penetra todo —alejan unos. De la fría inteligencia que todo lo desmonta y recompone— replican otros. Su núcleo genesiaco es el contraste; claridad y penumbra, eufonía y disonancia, sonido y silencio, pausas y encadenamiento de notas. Puede llevar a la gracia perfecta como en Mozart, o al disparate, al puro juego impresionista de Hindemith. ¿Lógica o sorpresa? ¿La voz humana o el sonido que escapa del instrumento? ¿El solista, la música de cámara, la orquesta, los coros arrebatadores, o el fraseo misterioso de una melodía que atraviesa el corazón?

¿Qué es el numen de la música, existe de verdad?

Técnicos, soñadores y melómanos andan encontrados en punto a definir su presencia. Nadie sabe cuál es la esencia del discurso musical. No hay puentes estables entre la operación del intelecto y la encendida emoción inspirativa. Voluntad y sentimiento corren parejos: sin frontera. Intuición, técnica se contraponen. Todo es lícito, incomprensible todo, hasta llegar a la perspicacia del filósofo que sorprende en la sinfonía beethoveniana "la mayor confusión asentada en el orden más perfecto".

Quien piensa que Bach fue sólo un frío razonador, el geómetra que organiza sus pautas con la certeza inexorable del arquitecto, ignora la inmensa ternura subyacente que mueve sus fábricas grandiosas. Quien atribuye a Beethoven solo pasión y arrebatos románticos, fiebres del



sentir, desconoce la disciplina férrea que el gran sordo se impuso para dominar con la ciencia de la composición su anhelo de infinito.

Puede revestir innumerables formas la más general y difícil de las artes, porque carece de representación permanente en el espacio, es inasible, y solo se presencializa cuando el hombre solicita su retorno. En cierto modo, la música es todo sin ser nada.

## II

Supongamos que una de las manifestaciones perceptibles de lo musical sea la perfección. Digamos, mejor, que la perfección es el numen de la música.

De sólo enunciarlo el caso ya se evade. Porque la perfección —como en cierto modo la música— no es un hecho en sí, la concreta evidencia determinada, sino algo abstracto, metafísico, el ideal lejano, inalcanzable o casi inaccesible a la criatura humana. Música y perfección, como hermanas gemelas, avanzan lado a lado. Quisieran ser lo mismo. Y podría suceder, ciertamente, que para expresarse en la órbita radiante del encantamiento auditivo, el numen de la música exija ese requisito previo de perfectibilidad que ya el griego genial buscaba en el sonido inaudible de los mármoles de Paros.

Para ciertos críticos alucinados, una interpretación estupenda llevaría del sonido al estado puro. Majadería: no existe el estado puro. Menos para el hombre que todo lo contamina y relaciona a su propio señorío. El piano —por ejemplo— ofrece sonoridad mecanizada; la habilidad del buen intérprete consiste en reducirla a la forma primaria de evento espiritual y el mecanismo a límpida fuente que sugiera una armonía inmaterial. En toda técnica pianística permanece un residuo de materia, esto es de energía mecánica; el buen ejecutante tiende a reducir ese residuo casi a cero. El sonido así obtenido, fruto de una elaboración capilar, tiene personalidad de lenguaje. Se pretende disolver el hielo de la máquina en virtud del toque espiritualizado; y es éste el secreto del arte pianístico: que el juego manual ennoblezca y como purifique el artefacto.

De esa iluminación sonora, una obra musical surge restituida a sus valores originales. Página viva de la historia de una personalidad viva, cuyo carácter inefable, aprisionado en el sonido, rechaza ser captado por la palabra.

Por esto más que al encuentro de un precioso juego pianístico, el buen aficionado va a la búsqueda del genio creador y su mensaje. Interesa por igual lo que se comunica y cómo se comunica.

Un concierto de piano y orquesta es siempre la revelación de un mundo nuevo.

"Todo Ángel es terrible" —dice Rilke. Esta idea puede analizarse desde infinitos ángulos de apreciación. Uno de ellos es que la terribilidad del ser celeste se funda en su misma perfección. Porque en el virtuosismo perfecto reside un como genio ctónico que roza los lindes del vacío. Si se oye largamente una composición musical, si se profundiza su mensaje psíquico, si se sorprende a través de la tempestad plástica la unidad esencial de la fuerza que la anima, a poco más se descubre la zona de sufrimiento y de crueldad que constituye el fondo entrañable de toda grande creación artística.

Hemos escuchado cien versiones del Concierto "Emperador" de Beethoven y podríamos oír mil más sin agotar la gama significativa de esta fantasía osada, poderosa, vertical, original que remonta el vuelo con ímpetu de cóndor.

Pero al Quinto Concierto se va, siempre, con cierto recelo, porque no todos sus intérpretes suelen comprender esta "summa" musical, donde lo épico, lo lírico, lo romántico y lo dramático conjugan voluntades.

¿Que se tocó ya muchas veces, que es de buen tono o de esnobismo negar la obra famosa por demasiado conocida?

Grandeza y miseria del pensamiento que desconoce a la montaña.

### III

En el "auditórium" de la Radio-Televisión Italiana, en el Foro Itálico, dos mil personas esperan ansiosas al artista.

Un hombre joven, alto, ligeramente inclinado, que raya entre los 35 o 40 años, aparece por la izquierda y es saludado por una tempestad de aplausos.

—¿Es el mejor pianista italiano? —pregunta una bellísima pelirroja de grandes ojos relampagueantes.

Y un anciano de barba blanca responde sentencioso:

—El mejor del mundo.

Estamos cerca del pianista. Podemos ver su silueta elegante, las manos blancas, la cabeza pálida recogida hacia el pecho. Pocos segundos antes que la orquesta ataque los primeros acordes del Quinto Concierto, el intérprete se concentra: medita. Pero esos breves instantes, que sirven al conocedor para medir la personalidad del pianista, ahora no bastan. El artista se ha reconcentrado con tal energía y al mismo tiempo con elegancia tanta, que es como si hubiera interpuesto una pared de cristal entre el público y su persona.

Es el próximo inolado que va a consumir el terrible sacrificio de la entrega absoluta. Un silencio místico, una calma angustiosa preceden a la melancólica figura. Porque es lo extraño: todo gran intérprete —grande actor, gran farsante o hipersensible emotivo— da una sensación de fuerza, de orgullo, de altivez sabiamente utilizada. Pero Michelangelo, en su severa dignidad, en su recogido porte, en su discreta altanería, sugiere más bien la imagen del atormentado que se sumerge en su tragedia interior.

Es el sufriente inmenso que ha de oficiar en el Tabor del arte.

Y antes de que se inicie el concierto, comienza ya la curiosa mímica manual. Generalmente el italiano representa demasiado, este pianista sólo lo necesario y parece hacerla únicamente como necesidad interna, no para el público. Tiene la manía, ejecuta el motivo repetido del pañuelo; un blanco pañuelo de batista que pasa incesantemente de las manos, al teclado, a la cara, a la frente, otra vez a las manos, y así sucesivamente. El gesto se repetirá sin tregua, más adelante, durante todas las pausas en que sólo tocará la orquesta. ¿Se trata de un accionar espontáneo, sencillo, o de un efecto cuidadosamente estudiado? Nadie podría decirlo. El hombre transpira, quiere librarse del fino sudor que se esparce por su cara, por sus manos, por su frente, por las notas; y el "leitmotiv" del albo pañuelo es el primer alarde de elegancia con que el artista impresiona al público. Podría ser un recurso teatral, como también la válvula de escape para la poderosa tensión del atormentado. O el descanso inevitable que exige la serenidad inalterable de una ejecución sin mácula, aflojando el sistema nervioso mediante ese pequeño y fastidioso juego muscular que a ratos se combina con algo más: un ligero tirón a los puños dentro de los cuales las muñecas giran vertiginosamente, inquietas, como corceles ansiosos de volver a la carrera.

El gesto repetido del pañuelo es de una suprema elegancia porque brota con extrema naturalidad.

Se inicia el Quinto Concierto. Piano y pianista se aproximan, se unen, se funden en una sola voluntad de entendimiento. Las notas se enlazan dócilmente, con una tal frescura de movimiento, que se diría el nacimiento del ritmo. En los estallidos de la orquesta, en las cóleras del piano, cruza el genio que mejor dominó las transiciones de lo fuerte hacia lo suave. ¿No era el secreto de Beethoven pasar de la arrebatada explosión de los "crescendos" a la tenuidad sutil de escalas y notas inefables? Sí: es todo lo que estamos acostumbrados a oír. El "Emperador" de los conciertos pianísticos. Pero es, también, muy algo más.

De pronto la vieja y hermosa música familiar comienza a cobrar una fisonomía diferente. Los acordes como nuevos, las notas como recién brotadas, una distinta manera de sonar el

instrumento. Al tremendo impulso aleteante de estas manos mágicas, dijérase escuchar por primera vez la obra grandiosa.

Y esto es lo extraño y lo patético: reconocer y desconocer, en alternancias rápidas, el mundo sonoro del Quinto Concierto, ese canto épico a la gloria y a la desventura de los hombres. Es el mismo y es otro inédito. Absorbemos fácilmente lo sentido, sabemos lo que seguirá, pero siempre nos sorprende un matiz desconocido, el toque magistral, las sonoridades imprevistas que parecen surgir de una intimidad desconocida. Este es el verdadero Beethoven, enérgico, viril, límpido y sereno al mismo tiempo. No el de los aporreadores desenfrenados, ni el de los virtuosistas acrobáticos. Esta nueva interpretación del Concierto "Emperador" comienza con tan armoniosa sencillez, discurre tan espontánea y dócilmente, que restituye toda su dignidad al instrumento: el piano desata su fuerza hercúlea, demonial, por el prodigio de una técnica sapiente que transmite la sensación de la energía sagazmente conducida. Nada sobra, nada falta.

Es como si asistiéramos al nacimiento de la Op.73.

#### IV

¿Cómo se enfrentan piano y pianista? He aquí el primer enigma, casi se diría la clave del duelo que se ha iniciado.

Benedetto Michelangelo inclina ligeramente el torso, la cabeza un poco más, buscando aproximación amorosa para la confidencia, la comunión simbólica con el instrumento. Aunque todo el cuerpo y alma entera trabajan de consuno, en las manos desemboca el torrente interpretativo.

En esos escasos segundos, a veces en la fracción de segundo antes que los dedos ágiles se descarguen sobre el teclado, se adivina la grandeza de la lucha. La posición de las manos: parece que no fuera nada y lo es todo. Cuando ellas sugieren la idea de dos aves de presa, prestas a dar el zarpazo definitivo, mala escuela: la de quienes aporream el piano. Si en cambio se posan en el aire como palomas extáticas, ardientes, atentísimas, fina escuela: la de aquellos que conocen que en el arte es mejor palpar que golpear, y que muchas veces un roce puede extraer matices que jamás alcanzaría el toque brusco y fuerte de unos dedos imperiosos y brutales.

Este artista tiene un toque mágico, patético, triunfal y celestial.

No se sabe bien si es la manera de pulsar el teclado, el recogimiento místico que lo ciñe al instrumento, su maravilloso sentido del ritmo y la cesura, la fluidez conque desgrana las escalas y los trémolos, la precisión conque guía a la orquesta. Porque Michelangelo no sigue, conduce al conjunto instrumental. Su técnica impecable asoma revestida con el ropaje de una asombrosa naturalidad. Nada de efectismos. La frialdad aparente de la ejecución —si se recoge la didáctica recóndita de esta digitación de maravilla— esconde un dominio profundo de la gama expresiva. Es así y solamente así debe ser.

Con mano ágil y suelta el pianista da vida palpitante al diálogo melódico y armónico. Perfil nítidamente el fraseo distinto de las notas altas y las bajas. Y como si fueran estatuas purísimas en una avenida fabulosa, se ve asomar la esbeltez rítmica, el modular plástico, el imaginativo juego de las cadencias, el rápido galope de los "crescendos" victoriosos, la fina intimidad de los pasajes descendentes: la orquesta —y el piano sobre todo— han descubierto un ejército en movimiento.

Michelangelo acaricia las teclas. O las bate con exacta firmeza. Posee un toque preciso, contenido, por el cual la energía mecánica del golpe se transforma en encantamiento espiritual. Pulsa sabiamente el instrumento, le extrae sus más ocultas sonoridades, juega con alada acrobacia táctil, entre las dos galerías contrapuestas de los blancos y los negros del teclado. Tal vez solo el insigne Schnabel —el grande intérprete beethoveniano— alcanzó tal maestría expresiva y sugeridora. ¡Qué sentido del ritmo, qué oído inverosímil para establecer el valor de figura entre un acorde y otro! Cada nota, cada son se desprenden —o se desgranar— maduros, con madurez exacta, insustituible. Así es, no podría ser de otra manera. Toque de pureza indescriptible, caricia, sueño... Un diálogo terso, nítido, de sostenida limpidez entre los dedos ágiles y las teclas dóciles.

Las manos del intérprete, en su marcha alterna entre la fuga vertiginosa y el lento compás adormecido, fingen un poema visual. ¡Qué delicia verlas volar, plegarse, poner distancia entre ambas, apiñarse, cabalgar apareadas el teclado, devorando la total longitud del instrumento en la

carrera loca de las escalas en eslabón! Es como si cada cual trabajara independiente, en su propia órbita de acción, aislada de la otra, criatura libre y resuelta atendida a su sola decisión; pero de súbito ambas se juntan, colaboran, se funden y confunden en acto armonioso. Geniecillos, seres vivos y palpitantes, ánimas insignes que el movimiento peralta y ennoblece. Seres aéreos y telúricos simultáneamente, porque del aire tienen ligereza y fugacidad, de la tierra solidez, figura visible, materialidad conspicua. Parece que sólo hubieran sido creadas para pulsar el piano, que no podrían hacer otra cosa. Evocan las manos misteriosas —rostripetalas, alongadas, desfallecientes— que pintaba El Greco. Las trémulas, excitadas, desmayadas manos del doliente y ternuroso Chopin. O aquellas otras indecibles, sugestivas, enigmáticas, las divinas y crueles manos que dibujó Messer Leonardo da Vinci buscando la explicación del arte y de la vida en las tintas penumbrosas de su pintura crepuscular: las manos sutiles y fatales de Juana de Aragón.

## V

Del Concierto en Mi Bemol brota el mensaje de un alma oceánica. A través de un relampagueo de sonidos y emociones, se cree vislumbrar las ocultas lindes del infinito. Es un ejército victorioso que desfila cantando la gloria de sus triunfos, la pesadumbre de sus pasados quebrantos. "Espléndida protesta de la inteligencia y del valor" —señala Herriot.

Escuchándolo por centésima vez, nos parece asistir al nacimiento de la tragedia. Un pianista italiano, que posee a un tiempo la gravedad, la profundidad, el vuelo metafísico del alma nórdica, y la claridad, ligereza y sutileza de los númenes latinos, abre con dedos mágicos las puertas del misterio. Es el combate del hombre con el mundo —el piano, apasionado protagonista, la orquesta sagaz antagonista— en el más brillante desenvolvimiento lírico. Como la palabra en el discurso, aquí el sonido lo ilumina y lo revela todo. El dolor y la fuerza, el júbilo y la ternura se disputan el corazón palmo a palmo. Del ámbito marcial se pasa prontamente a la penumbra religiosa. Y al cabo la obra grandiosa abruma por la épica imponencia de sus formas sonoras.

Vasto y libre preludiar del piano, búsqueda gigantesca de la orquesta, virtuosismo trascendental.

En la solemne majestad de esa catedral renonante ¿qué puede significar el minúsculo solista, juguete de los hados?

## VI

Ignoramos la historia, la vida de este artista. Pero él la descubre sordamente con su figura pálida, triste, con sus ademanes reiterativos, con su enérgica concentración interior, con la melancólica dignidad de un arte interpretativo que se macera de su propio dolor creador.

Este hombre sufre, sufre intensamente al tocar el piano. Soporta una carga que parece superior a su resistencia física: estalla y se desgarr. Ha de proseguir, empero, la batalla con la vocación, que es también la gimnasia contra el destino.

La natural compostura del intérprete, su perfecto dominio del mecanismo expresivo apenas dejan entrever, fugazmente, el tumulto interior. El más mínimo error, un ligerísimo retardo, la impaciencia más pequeña de los dedos vigilantes y sería catastrófico: el pianista impecable se derrumbaría entero. Un celo mordiente, una total entrega a la tarea, una sumersión aterradora en el abismo matemático, inexorable de la música no admiten vacilación ni aflojamiento.

Nadie sabe los millares de horas, los años sin tiempo, las agonías, muertes y resurrecciones de estas manos que un hombre solo y una sola voluntad condujeron al centro del santuario de Isis, que levantaron la punta del velo de la Diosa, que tocaron el rostro fabuloso, pero que no pueden describirlo porque el drama y el secreto del artista son así: secreto drama.

Benedetto Michelangelo toca el piano como si cada segundo de su interpretación se le fuera llevando la vida. Y en verdad se le está yendo para no tornar jamás.

Y nadie sabrá nunca las simas de humanidad, el dolor hondísimo, la angustiada desesperación, el rebasado sentimiento de frustración, las humillaciones y torturas que fueron necesarios para que estas manos demiúrgicas, re-creadoras y re-bautizadoras, siembren en las almas el mensaje vivo, comunicativo, del sacro concierto en Si Bemol.

## VII

Quien no escuchó a este genial artista italiano, desconoce el piano en su genial amplitud arquitectónica, en su maravilloso colorido tonal. Después de oírle, todos los demás pianistas, por grandes y hábiles que sean, resultan como pálidos, desdibujados, fríos. ¿Los vence la mecánica del instrumento? En cambio este italiano transmuta la mecanicidad del cordaje en efusión espiritual. Hablan, a veces, los sonidos como si fueran voces. Ríen o lloran las notas como almas inquietas. Y los genios de la belleza, los dioses de la vida, los fantasmas de la muerte cruzan como relámpagos estremecidos por la magia de esta digitación impar que conoce todos los registros del tacto, todos los matices de la energía sabiamente administrada, de la fuerza, de la suavidad, del cromatismo sonoro.

Pensamos en Backhaus, en Cortot, en Rubinstein, en Kempff, en Malcuzyński, en Fisher, en Gieseking, en Badura-Skoda: estupendos pero son distintos al dueño de estas manos itálicas que trasuntan el dolor titánico y la pasmosa maestría de un alma solitaria. ¿Es que alguien podría aventajarlas en la ciencia de comprender y transmitir las sensaciones de la tempestad beethoveniana?

Beethoven mismo que no conoció la riqueza eufónica del "pianoforte" moderno ni la técnica depuradísima de los intérpretes actuales, acaso se habría satisfecho escuchando la versión impetuosa del grande Arthur Schnabel en sus sonatas inmortales, o este Concierto en Si Bemol que Benedetto Michelangelo transforma, como el templo griego, en un portento de línea y proporciones. Todo fuego, pasión el germano. Claro, conciso, perfectísimo el latino.

Observando la terrible energía encadenada del solista, se adivina que no lo ha detenido la frontera ambiciosa del virtuosismo técnico. Va más lejos. Quiere ser mensajero del ideal, no parecerse a ninguno, crear una propia y sola intransferible sensibilidad musical. Tiene la codicia demoníaca del cazador imposible: siempre más, siempre más, aunque el cuerpo se vaya consumiendo con tal de asombrar y esclavizar las almas.

En el arte —particularmente en el piano— toda grandeza se expía en un penar sin tregua.

Este hombre joven, pálido, melancólico, furiosamente concentrado en la versión inusitada y límpida del Concierto Emperador, es como un penitente atormentado que ha roto con el mundo.

Así como el místico sube o desciende a los planos metafísicos del ser, así el grande artista, por el dolor y el sacrificio, por la dura espuela del esfuerzo cotidiano, por la renunciación a los goces del vivir tranquilo, por el método y la disciplina que castigan sin descanso, entra penosamente a la zona vedada de la perfección. Cuando actúa nadie sospecha la carga de soledad y de angustia que lo abrumba. Al cesar la ejecución queda otra vez a solas con su alma y con su arte.

Tiene la trágica grandeza del héroe que se despidе de la vida.

## VII

Las manos de Benedetto Michelangelo caen con espontaneidad y precisión indecibles. Se precipitan sobre las teclas, se alejan, regresan; se ciernen aleteantes, vigilantes; pulsan con fina sagacidad el instrumento. ¿Se trata de un juego, de un puro juego alado? Aparentemente sí; en el fondo realizan una operación complicada, un prodigio de exactitud y de armonía que compromete la total potencialidad física y espiritual del ser. Casi se requeriría un cerebro electrónico para concertar y percibir en tiempo microscópico tantísimas y sutiles combinaciones de movimientos: ¡cómo trabajan los músculos del ojo, las fibras del oído, los cartílagos de la mano, las articulaciones de los brazos y las piernas, y cómo se entrelazan y conectan en las cien mil maniobras del organismo físico furiosamente actuante y en suspenso sucesivamente, los vastos sistemas comunicantes, las infinitas redcillas interiores!

El artista creador o el intérprete de una alta creación es la imagen del universo en movimiento.

Suprema elegancia de las manos que vuelan, planean, suben, descienden, vertiginosas, precisas como palomas palpitantes!

Aquí lo audible y lo visible conjugan maestría. Se oye cuanto se mira: todo maravilla. Oído en el disco, Michelangelo debe perder la mitad de su magia espectacular. Junto al piano, en la amplitud majestuosa del "auditorium" reina soberano: es Emperador indiscutido.

Sus manos mandan. Oídos, ojos y corazones, inteligencia y sensibilidad siguen el dibujo aéreo y sonoro de la vibración inverosímil.

No se organiza mejor el árbol innumerable de ramas y de hojas. El mar que avanza con paso de pantera. O el monte atónito de su propia solidez y poderío.

Y en su quietud atenta o en su movilidad pasmosa, es como si jugaran con las llaves que abren las puertas de la vida y de la muerte.

## IX

Del vórtice abismático al remanso serenísimo: así Beethoven, padre de toda fuerza, gobernador de recónditas ternuras.

Así este pianista italiano que lo vierte por toques imponderables que recorren con presteza y seguridad la gama eufónica, desde el "crescendo" viril, impetuoso, hasta la aterciopelada tenuidad de las notas lentas, solitarias, que se desvanecen como figuras fantasmales.

Arquitectura sonora. ¿No fué Goethe el primero en intuirlo? Este diálogo ajustado entre piano y orquesta; este lenguaje matemático, geométrico que se resuelve en ondas sonoras; esta sutil concertación de notas, escalas, y pausas que alternan con enérgicos acordes; esta grave precisión de movimientos que apenas deja lugar al despliegue de matices; este régimen severo de reglas inflexibles; este alado discurso musical ¿entregan o revelan? Certidumbre incomprensible: todo nace de la libertad y de la gracia, para desembocar en el cálculo riguroso. De la luz a la sombra, del esplendor de los sonidos al quieto silencio posterior.

El intérprete musical es el prisionero del instante.

Escuchando el Quinto Concierto que brota de la versión taumatúrgica de Benedetto Michelangelo, entre la masa orquestal poderosa y radiante y el encaje pianístico alado, delirante, sabio siempre de su propia austeridad, se ve, se siente, o se adivina surgir detrás del muro sonante una catedral portentosa que se remonta a las estrellas.

El espectador padece, goza, alternativamente, la perfecta ejecución del artista. Padece por la zozobra que provoca pensar en ese mecanismo de relojería de precisión cuya regularidad podría alterarse al más mínimo descuido; porque se atisba la suma de dolor, de sacrificio, la inmensa concentración de tiempo y de energía que exigió la cruel artesanía. Goza sumergido en la marejada seductora de los sonidos, en la onda pérfida que acaricia y luego parte, en la resplandeciente alegría de la materia acústica que embriaga el corazón inquieto de los hombres.

¿Fué abolido el mito o existió sólo en la imaginación del antiguo? ¿Sería verdad que la esfinge primitiva tuvo dos caras, y que la fuerza y la belleza expresaban a un tiempo mismo la realidad incoercible de una sola divinidad?

Podría ser. O no. Hoy es casi imposible hallar, en sólo una persona, la doble criatura de Apolo y de Dionisos. Tocante a pianistas: Fisher o Giesecking provenían del virtuosismo olímpico; Kempff y el gran Schnabel del arrebatado báquico. Unos tienen serenidad, pureza de genio tranquilo; otros ímpetu y estilo de titán. Pero es rarísimo encontrar —en el territorio del arte en general, en el plano pianístico en particular— el enlace sublime de lo grande y lo delicado, de lo que aterriza con lo que apacigua.

Cuando la varilla del brujo se mueve parece que fuego y luz, tierra y mar, huracanes y aire quieto, cúpulas abrumadoras y columnas esbeltísimas, ejércitos y soledades, todo se acordara en

un coral fantástico que narra la grandeza, la debilidad, la terrible alegría y el inmenso dolor del hombre.

Michelangelo es uno de esos elegidos: fuerza y belleza le pertenecen. Sabe combinarlas, dosificarlas a voluntad. Las señorea. Conforme avanza el concierto se afirma el intérprete estupendo, cada vez más seguro, desafiante.

Descubridor del mundo.

## X

Parcamente, con extrema soltura y elegancia, con un dominio de la escena y de sí mismo que pasma, el artista representa su papel. Todo se midió al milímetro: no podría ser mejor.

Este hombre esconde no sabemos qué recóndita tristeza, qué tórbida angustia. Pero el ejecutante trabaja con tal desenfado, con tan impávida certidumbre de su tarea excelente, que difícilmente el espectador puede distinguir detrás de la máscara impenetrable del intérprete la faz atormentada del protagonista.

¿Qué precio se paga por una rara perfección?

El Ángel y Luzbel rondan el piano. Reconocemos los viejos genios familiares. La fuerza demoníaca, la ambición espantable que atormentó al gran sordo; los corceles desbocados de las nueve sinfonías; la ternura melancólica de las sonatas y los tríos; las confesiones lacerantes de los últimos cuartetos; la vertiente armoniosa de la Fantasía Coral. Todo esto es como si se transparentara y acudiese a través del cristal de un toque límpido. El titán, domado, ruge y se apacigua, grita, canta, serena su inquietud bajo el conjuro de estos dedos sabios, flexibles, delgadísimos, como espiritados por el ejercicio manual.

El Beethoven de Benedetto Michelangelo es, acaso, el Beethoven arquetipo que rara vez podemos oír.

Escuchamos con el ánimo en suspenso, adivinando las notas y compases que vendrán. Pero llegan de otro modo al habitual, por un distinto camino, como si el artista buscara sonoridades nuevas, matices inoídos, una diversa y sorprendente vida fugaz para cada nota.

Entonces el pianista deviene el verdadero director de orquesta. Es él quien conduce: una máquina no sería de mayor exactitud. Se ve las manos anatómicamente configuradas para reinar en el teclado con sus dedos largos, finos, ahusados, de aristocrática distinción, correr, danzar, volar en el torbellino de los sonidos. ¿Quién sabe cómo crecieron, se formaron y perfeccionaron estos dedos, a través de qué insólitas maceraciones técnicas, de qué inauditos suplicios musculares, de qué fatigas reiteradas y agobiantes?

Manos que sufren, manos de santo, si no las estrujaran ambiciones y energías desatadas. Malignas manos de guerrero acometivo.

El artista, entero, está volcado, condensado, configurado en la vida libre, poderosamente organizada, de estas manos imperiales que por paradójica circunstancia son, al mismo tiempo, criaturas de reyecía y servidumbre.

El gran pianista, más que asombrar, quiere asombrarse. Va siempre en trance de conquista o descubrimiento.

Esta fuerza increíble que reduce el mundo al encantamiento de unas manos agitadas, no es fría, técnicamente deshuesada, impávida como piensan algunos teorizantes. Es más bien una corriente de electricidad psíquica, una carga sostenida de relámpagos, tensa, repetidísima, al extremo que no se distinguen sus pausas o intervalos: un ser, un estar, una llama traspasada de voluntad y sentimiento. El fenómeno estético se desarrolla con tal decoro y pureza de contorno, que acontece como si la interior ingeniería somática y anímica, se redujeran a un simple esfuerzo para ligar instrumento e instrumentista por los leves toques de unos dedos vibrátiles, que tienen la consistencia de las garras del águila y también la delicadeza de las alas del colibrí.

Suma ciencia de no parecer científico. Sencillez de la perfectibilidad. No se advierten los agujijones del deseo ni las tensiones del esfuerzo apasionado. Transcurre todo en una virginidad sutil.

El pianista pena y se despena en cada nota. Estas son su debilidad y su grandeza.

## XI

Dedos que se despliegan fusiformes como varillas de abanico, o se repliegan y contraen a la manera de arácnidos alardes.

Mayor maravilla, aún, el juego elegantísimo de las muñecas que disparan y colocan las manos con precisión fantástica.

Más allá del puro acrobatismo manual se sospecha el esfuerzo constante, la aguda vigilancia sobre los dedos liberadores del sonido y la belleza, que son, al mismo tiempo, los siervos encadenados de una ambición insaciable. Porque el perfecto sonador de piano —como el santo, el guerrero, el sabio o el patriota— consagra al ideal. Desde el día primero hasta el último día.

Y esa voluntad diamantina que culebrea por las manos extáticas o vibrátiles, es un milagro de fe, una proeza de constancia. La marcha implacable hacia una meta inalcanzable.

Después del "adagio" místico, grave y profundo, sucede la embriaguez del "rondo": dolor, duda, sombras se desvanecen para dar paso a la más enérgica y radiante afirmación de vida y de alegría. Es la victoria que brota de la dura pelea.

Piano y pianista se responden, se corresponden en el arrebató del diálogo sonoro. Suben parejos, unánimes, intrépidos, la escala de oro resplandeciente de lejanía y de misterio que Jacob vió descender del cielo en sueño memorable. Ya no podemos seguirlos.

Ultimas escalas, postreras explosiones de la orquesta. Dos acordes nítidos, triunfales. Y las manos quedan extáticas, agónicas, como suspendidas en el vacío que sigue cuando cesa el juego delirante del piano y de la orquesta.

Benedetto Michelangelo ha terminado el Quinto Concierto para piano de Ludwig van Beethoven.

El Ángel de la Música, invisible, silencioso, cruza el "auditorium". El roce de sus alas estremece los corazones. Y antes de que estalle el frenesí tempestuoso de los aplausos, hay un fugaz recogimiento de almas.

Espíritu soberbio, inclínate: el genio existe y el intérprete perfecto también.





Grabado de Víctor Delhez

“... vemos como más bellas las mujeres...”

### DE AMÉRICA, LA NUESTRA, Y SU DESTINO

"Por grande que sea para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, es más grande porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez".

*José Martí*

"En América las generaciones deben preparar la vida, como si un día el Viejo Mundo fuera a sumergirse en el océano y dejarnos solos en el planeta".

*Franz Tamayo*

**ANTES** de las dos Guerras Mundiales se pensaba que Europa era el centro del mundo.

Pero ahora que despiertan los pueblos, se inquietan los continentes, Y nadie desea permanecer desconocido, la antigua relación entre hombre y geografía es diferente.

Por su colosalismo técnico y científico, por su potencial económico, por su ilimitada fuerza destructiva, los Estados Unidos y las Rusias polarizan las energías del planeta. La presencia y la presión del Asia se reflejan en los rápidos progresos de la China, del Japón, de la India. El África lucha por su libertad, quiere ya gobernarse por sí misma. Europa sigue siendo uno de los núcleos inductores de la dinámica moderna. Sud y Centroamérica, más que una esperanza constituyen factor gravitante en economía y en política. Y hasta la remota Oceanía se apresta a remodelar su vida colectiva.

El mundo se transforma.

Más el centro del mundo, en rigor, no existe. Está en todas partes y en ninguna. Se trata, más bien, de múltiples centros de fuerza —política, económica, técnica, militar— que presionan y se contienen entre sí. Hoy se libra batalla por imperialismos y sistemas nacionales. Mañana será por el equilibrio entre continentes. Acaso en un futuro distante se trabaje por el planeta unificado y armonioso para enfrentar el misterio y los peligros de la aventura sideral.

¿Cuál es la relación de conocimiento entre el mundo y nuestra América?

Deslumbrado por el titanismo material de los Estados Unidos, el hombre medio europeo —y con mayor razón el asiático o el africano— creen que América es sólo Norteamérica, los rascacielos, fábricas y puentes vertiginosos, producción en masa, bancos, cinematógrafos, ciudades tumultuosas, en suma: el dólar.

En realidad no es así. Existen dos Américas bien diferenciadas. América del Norte que la forman los Estados Unidos y el Canadá; y América, la Nuestra, constituida por veinte naciones que se dispersan en las áreas geográficas que cubren Sudamérica, Centroamérica, México y las islas del Caribe.

¿Cómo denominar a esta América indo-hispana-mestiza-occidental, tan distinta de la América anglosajona?

Somos patria sin nombre cabal, o a la mitad del nombre, y sin embargo ya crecimos tanto que osamos alzarle el hombro al Norte para mirarnos pariguales, si no en la riqueza que ofusca en la dignidad que levanta.

Y de América, la Nuestra, la que no pertenece a los yanquis, a los rusos ni a los europeos, sino a todos los hijos de Dios que la pueblan y la entienden, se ha de hablar siempre con orgullosa fe, con recogido amor. Porque habrán naciones y ciudades más espléndidas, pero cuando invocamos la patria americana la boca se nos llena de música, vemos como más bellas las mujeres, los hombres como más nobles, suelo y cielo como salidos de la mano de Dios. Y es que no seremos los más grandes ni los más fuertes, mas en punto a varonía y señorío nada tenemos que envidiar: ni a los europeos, ni a los rusos ni a los yanquis.

## I

Nuestra América, la Bien Hallada de los descubridores, la Bien Amada de los poetas, constituye un vasto mundo geográfico y humano: 20.000.000 de Kms<sup>2</sup>. y cerca de 200.000.000 de almas. Veinte naciones que hablan español, portugués, e innumerables lenguas y dialectos autóctonos. Un mosaico de pueblos y costumbres; una pluralidad convivencial de modos y sistemas de vida. Este mundo compacto y multiforme, heterogéneo por su diversidad demográfica, coherente en su comunicación cultural, es muy poco conocido por el resto del planeta.

Europa vino a nosotros en son de conquista y avasallamiento. Tres siglos después, traduciendo el viejo espíritu feudal colonialista, dirá Hegel esta frase absurda: "América no es más que el eco del Viejo Mundo; su vida es el reflejo de una vida ajena".

Deformada sistemáticamente la visión de historiadores y sociólogos, los epígonos del hecho fundacional sólo quisieron ver espejos donde ya afloraban presencias creadoras, insustituibles. Se nos creía incapaces de inventiva y organización propias, pálidos discípulos de la ciencia y del arte occidentales.

En la segunda mitad del siglo XX las cosas no mejoraron mucho. Se nos acoge, se nos escucha, a título de solidaridad latina, pero lo cierto es que, para el europeo medio, existimos sólo en función de escándalo o de pintoresquismo. América es sinónimo de bosque virgen, de páramo hostil, de retraso y desorden sociales. Actitud generalizadora e injusta, porque el Nuevo Mundo posee sociedades capaces de competir con las más avanzadas de otros continentes, aunque sus recursos técnicos y su desarrollo científico sean menores.

El equívoco para juzgarnos proviene del planteo inicial: se nos mira como un apéndice de la civilización occidental, cuando somos en verdad un organismo entero y autónomo, capaz de gravitar con peso y presencia propios en el concierto de los continentes.

Pidamos a los habitantes del planeta que no nos juzguen como a secundones despojados de personalidad física y espiritual, sino como a pueblos en formación, en plena y consciente madurez de la mayoría biológica y cultural.

No somos ya los hermanos menores, semi-salvajes, desvalidos del pasado, ni los ignorados reductos que sólo interesaban al explorador y al arqueólogo.

América, la Nuestra, es un continente en marcha. Ya no se trata de conquistar comarcas desconocidas ni de redimir salvajes. Ahora hay que afrontar el impacto viril de veinte naciones que traen mensaje y aporte definidos al proceso de la humanidad en ascenso.

¿Por qué tanto mirar, inversiones cuántas, preocupación creciente por el Asia y por el África, si el futuro del mundo cristiano, libre, democrático, tiene su cauce natural en la vasta cavidad americana?

Estos inmensos territorios en su mayor parte despoblados; estas variadísimas riquezas naturales apenas explotadas; estas razas jóvenes aún en proceso de crecimiento y consolidación; estas tierras viejísimas por el mito y la prehistoria, nuevas para la economía y la técnica moderna; este matinal insurgir de fuerzas espirituales que parten de la norma cristiana y aspiran a rehacer la sociedad, todo esto es verdaderamente América, la nuestra, la de todos los hombres libres del planeta, porque acoge y no rechaza, absorbe y no deslinda el torrente de las razas que la invade.

"Pacha-Khantati" —dice el mito aimára: cuando el mundo amanece.

## II

Fuimos bautizados cinco veces. Se nos dice América Hispana, América India, América Mestiza, América Latina, o simplemente Pan-América.

Denominaciones provisionales, insuficientes, irreales porque ninguna abarca la total complejidad del cosmos continental.

¿Hispanoamérica? No existe una América hispana en rigor crítico, sino sólo una América donde se habla español y portugués, cosa distinta. Sin mengua del abolengo ibero, primero es la maternidad láctea de la ubre americana. Reconocemos la grandeza de la herencia castellana —lengua, religión, cultura— pero ello no presupone precedencia peninsular. Es justamente a la inversa: en la formación de nuestras sociedades nacionales cuentan en primer término el suelo, el poblador, el ser y el quehacer americanos; después el nódulo hispano que se transforma a su vez en presencia nueva por el choque entre los que llegan y los que acogen.

El mismo reparo formulamos al vocablo "Ibero-américa", que es sólo una variante introducida para incluir a 60.000.000 de brasileros que hablan portugués.

Basta ya de imperialismo sentimental, de dictadura lingüística, de patronato espiritual o literario.

Por hondos que sean nuestro afecto y gratitud a España progenitora, no aceptamos filiaciones de co-acción. Ni por la espada ni por la pluma.

Lo que se ganó por la espada por la espada se perdió. La América hispana comienza a derrumbarse bajo el brazo fuerte de Bolívar y agoniza ya en las manos suaves de Martí. No es cosa vana que el primero y el último de los Libertadores hubieran sido simultáneamente geniales pensadores. Almas de fuego, lenguas oceánicas, estilistas maravillosos. Y si se quiere saber por qué la América no vive ya de prestado, por qué dejó de llamarse "hispanica" para convertirse en "americana", por qué somos mundo libre y fuerza nueva, acúdase a la hoguera tumultuosa que arde todavía en las cartas vibrantes de Bolívar o al mar colérico de los ensayos de Martí

Allí se advierte que si somos iguales a los demás pueblos del mundo en la esencialidad biológica y humana, distintos crecemos de forma y contenido, radiantes de novedad paisaje y poblador.

Genialidad y beldad de América: ser ella misma, imagen de su propia intransferible autenticidad.

Con todo el cariño y la admiración que sentimos por España, reconozcamos que la tesis cultural hispanoamericana está superada.

¿Latinoamérica? Tampoco. La herencia mediterránea en suelo americano bebe nuevos jugos vitales, se satura de esencias indias y mestizas, entrecruza con sapiencias nórdicas, eslavas, afroasiáticas. Ni Grecia, ni Roma, ni España, ni Francia, Italia o el Portugal pueden aspirar al señorío del continente. Creadoras y fecundas influyeron en la formación de estas nacionalidades jóvenes, pero no conforman por sí solas ni definen la vigencia del acontecer americano.

El hombre de occidente, trasplantado a nuestra América, a poco andar ya no es el hombre de occidente. Transmuda.

Somos contemporáneos pero no coetáneos de la europeidad —como afirma Alberto Calvo. Nuestro estilo de vida está signado por distintas instancias, condicionado por diverso contenido, solicitado por no parecidas urgencias.

El legado latino es uno de fe, de claridad, de belleza. La instrumentación jurídica nos vino con él. Hay siempre algo de genial y de sutil en nuestras sociedades americanas que trasciende al mensaje universal de las viejas culturas mediterráneas; pero llamarnos primero "latinos" y después "americanos" sería invertir el orden lógico del proceso histórico y social en que nos movemos.

No somos "latinoamericanos" —aun reconociendo el antiguo ligamen espiritual con el Mediterráneo— porque los patrones culturales de la vieja Europa ya no son la medida regularizadora para nuestros afanes.

También la fórmula del Latinoamericanismo ha sido rebasada por el potente amanecer del hombre americano.

¿Indoamérica? No abarca todo el escenario histórico o geográfico. La estirpe autóctona no alcanza a cubrir el área inmensa de nuestros pueblos de aluvión, donde a veces lo transatlántico pesa más que lo nativo, donde lo criollo y lo mestizo alteran cada día la relación de fuerzas sociales y económicas.

La tesis de la América India se presta, además, a un enfoque equívoco, al servir de pretexto para suponer un retorno imposible a las extinguidas civilizaciones indígenas. Ningún pensamiento cuerdo cree en tal retorno, mas pocos son los que distinguen la realidad social del anhelo de transfiguración por el espíritu.

Para quienes pensamos con vocación de interioridad, proyectando el acontecer de América con impronta fidedigna, indios somos de origen y de estilo. Más no el indio fósil de las culturas extintas, sino un nuevo y otro indio que brota del cruce de las razas y empalma con el hombre universal del siglo XX.

Existe un indianismo estético, una como filosofía de lo indio y su sentido creador que brotando del claustro materno irradia por toda la extensión americana. Pero esto se ha de entender más en el espíritu que en lo étnico y social.

Cumplida su parábola histórica, la bandera del "indoamericanismo" —que lo fue de rebeldía y de combate contra el imperialismo del Norte— ha caído en desuso. En dimensión de futuro el concepto no colma la aspiración general de nuestros pueblos jóvenes. Y en constante ascenso.

¿América mestiza? Aunque el mestizaje sea estructuralmente lo más fuerte, orgánicamente lo que mejor se afirma dentro del posibilismo americano, la denominación resulta imperfecta porque los sociólogos novecentistas la utilizaron en función de crítica aminorante y despectiva. Vieron a las muchedumbres miserables, ignorantes, impotentes. Negáronles destino. Del mestizo sostuvieron que era un ser imposible, dividido y encontrado en la sangre y en el alma. Le cargaron los defectos todos, virtud ninguna. De esa falsa interpretación salió el mestizaje deformado, envilecido, cuando debió ser al contrario: porque de él nos vienen el impulso más poderoso y el peraltado acaecer.

La verdad es que el empuje mestizo transforma nuestra historia, conforma la economía y la política, hace su aparición en la novela y en el arte estallante de energía. Infelizmente, debido al descrédito inicial, que ciencia y literatura tomaron en sentido negativo, no es aplicable el término a la entera realidad continental.

El mestizaje, aun siendo lo más entrañable, vigoroso y fecundo de nuestras sociedades en formación, no puede rebautizar al hemisferio. La América mestiza trabaja para adentro. Tal vez en un futuro lejano, cuando se revalorice el vocablo y ya no disminuya, podremos reactualizar el tema.

¿Panamérica entonces? Mayor error. Porque se trata, aquí, de un sueño hegemónico del Norte que el Sur jamás aceptó. Por lo demás predomina ya en las relaciones entre ambos hemisferios el concepto de interamericanidad, que deja mal parado y caduco al pretense panamericanismo.

Hemos llegado al fin. ¿Cuál será la denominación común, la que mejor exprese a todos los pueblos de Nuestra América?

### III

Es hora ya de superar la controversia del epíteto, el desconcierto nominativo. Basta de precedencias históricas, de genealogías protectoras, de partículas aditivas. Seamos nosotros mismos.

Los hombres del Septentrión nos dieron ejemplo de autonomía por el intelecto. Para ellos no existió una cultura anglo-americana. Se llamaron orgullosamente los "norteamericanos" porque sintieron que la geografía inédita, nuevas formas de vida en la naturaleza y en la sociedad pedían nombre propio. Quisieron ser y fueron ellos mismos. La misma lengua que lactó su infancia pasó a ser hechura y transformación atrevida por obra de su voluntad creadora. Mídase la distancia psicológica entre un inglés de Oxford y un norteamericano de Harvard. La gloria de las gentes del Norte es que se negaron a continuar como hijos de familia para emprender la ruda aventura de su propio destino.

Otro tanto se puede afirmar de los brasileros, que no apelan a la sedicente civilización luso-brasilera, porque para ellos sólo hay una cultura y un estilo del Brasil.

Si un continente se define por el alma de sus pueblos y la voluntad hacedora de su genio político deberíamos llamarnos la América Bolivariana. Porque el Libertador es el Padre de la América del Sur; el Hijo de su desdicha y sus contradicciones enigmáticas; y el Espíritu Santo que nos devuelve al pueblo, a la libertad, a los valores morales y al sentido de la gloria, cada vez que castigamos a los déspotas que empañan nuestros blasones democráticos.

Desgraciadamente los nacionalismos estrechos y el regionalismo disolvente impiden la consagración al héroe.

No queda sino la idea fundamental. La que movió a los libertadores, la que animó a repúblicos y legisladores, la que arde en las sienas de pensadores y de artistas. La que sienten las muchedumbres como propia y el hombre americano en unívoco destino. La de Juárez, la de Martí, la de Sarmiento, la de Bolívar. La que aun violentando en cierto modo las fronteras y los límites geográficos, nos contiene a todos y a todos nos expresa porque de Europa nos distingue y al Norte nos contrapone. La verdad de veinte naciones en trance de autenticidad.

No debemos, no podemos llamamos otra cosa que América del Sur, más por la raza, por el habla, por la conformación política y social, por nuestros modos y costumbres, por el espíritu, que por la geografía.

América del Sur no es ya sucursal de las metrópolis del pensamiento occidental. Madrid, París, Roma, Londres, Ginebra, Berlín son centros de cultura, irradian hacia el mundo. Mas para conocernos a nosotros mismos, para dar al planeta la plenitud de nuestro quehacer material y de nuestro inmaterial acaecer anímico, debemos recoger con oído atento el hervor rumoroso que viene de México, La Habana, Río de Janeiro, Caracas, Bogotá, Buenos Aires, Lima, La Paz, Santiago o San José de Costa Rica.

Ni sombras, ni ecos, ni reflejos de nadie. Despojados de complejos para arriba o para abajo, los sudamericanos queremos ocupar nuestro puesto en el mundo con sencillez, con dignidad.

Madre América: de ti tomamos nombre, renombre y vocación de plenitud realizadora.

Somos la América del Sur.

Sin antes, sin después. Un duro presentismo llameante nos obliga a la libre aceptación del dramático destino que nos fué adjudicado. El Nuevo Mundo, en su segunda mitad representativa, se apresta a tomar posición de jerarquía.

El sudamericano es ya un tipo humano definido, redondeado, deseoso de intervenir con presencia y con voz propias en el coro de los continentes y las razas.

#### IV

Sería absurdo negar que de cierta manera pertenecemos a la cultura occidental por el espíritu y por la técnica. De España y Portugal vinieron lengua, religión, formas jurídicas. Y los Estados Unidos, debido a su poder económico, industrial, gravitan en el desarrollo de la sociedad sudamericana con tanta o mayor presión que en otros continentes.

Pero el alma de los pueblos jóvenes no vibra solo al contacto con las viejas civilizaciones. No somos únicamente receptores, sino creadores y dadores de vida. Podemos comprender al Asia subjetiva y fatalista. A Europa matemática y dinámica. A Norteamérica colosal y deportiva. A todos los países del mundo. Podemos, todavía, absorber a sus hijos cuando ponen la planta en nuestro suelo y transformarlos en distintas criaturas que marcharán con ritmo diferente, ajustándose a un nuevo estilo de vida, por influjo del medio circundante, de hechos psicológicos inéditos.

La fórmula generosa, liberal, del argentino Sáenz Peña —"América para la humanidad"— no cuaja en estos tiempos de turbión. Hoy aceptaremos en el mundo nuevo a quienes traigan consigo su aporte de fe, de trabajo, de acción constante y responsable. A los que vengán a confundirse con el dolor, con la miseria, con las dificultades y problemas de nuestros pueblos en ascenso. A los que crean, amen y procreen en el bendito suelo americano, haciendo de sus pechos escudo y de su voluntad lanzas para dominar la naturaleza.

Aceptaremos al buen inmigrante, al que viene a fundar hogar, a levantar patria, a mover riqueza con su trabajo, a compartir penas, sudores y alegrías con los viejos moradores del lugar.

Y llamaremos hermano y amigo en Sudamérica, a todo aquel que habite, ame, luche y fructifique en sus tierras inmensas, respondiendo con ánimo generoso y corazón confiado a las múltiples incitaciones de la nueva vida que brinda el Novimundo.

¿Por qué no pueden entenderse, por qué no se conocen bien Europa y Sudamérica?

Porque manejan registros diferentes, por la evidente desproporción en la forma cómo ambas se aproximan. El sudamericano, en general, sabe más de Europa que el europeo de Sudamérica. Nosotros queremos saber y conocer: en extensión, en profundidad. Todo lo que

proviene de Occidente nos apasiona. Ellos se limitan a informarse, casi siempre por necesidad y por encima. Nuestros abuelos, nuestros padres tuvieron por clave normativa al Viejo Mundo. Los progenitores del actual varón europeo dieron en cambio escasa importancia a una América del Sur dormida, retrasada. No hubo, pues, inteligencia, comercio recíproco de ideas y de bienes materiales, sino sobre-valoración y subestimación. El desajuste persiste todavía.

Descontada la pequeña acción oficial de los Gobiernos, Universidades y entidades de cultura, casi nada es lo que se difunde en los países europeos del acontecer sudamericano. En 1961, los europeos saben más del Asia y de los pueblos africanos que de la ignorada América del Sur. Humboldt y D'Orbigny no han tenido discípulos.

Lo racional no quiere entender a lo emocional. El pensamiento sistemático rechaza el desorden aparente, las posibilidades inéditas del transcurrir sudamericano. El espíritu analítico y sintético del europeo, no alcanza a desentrañar los móviles misteriosos y recónditos del alma sudamericana perpleja de su propio júbilo vital. La razón da espaldas al sentimiento. Hay una "atlantidad cultural" que se niega a reconocer el despertar de los continentes. El metro occidental no quiere medir lo que no se sujeta a sus cánones rígidos y tradicionales.

¿Por qué ese empeño en medirnos en función de lo europeo?

Los tres ingredientes necesarios de la sociología americana son: lo indígena como lugar del arraigo y del afincamiento; lo ibérico en tensión de universalidad; y el mestizaje integrador que vitaliza y unimisma esa doble y conjugada herencia de ambas vertientes históricas. No son pues únicamente el europeo inmigrante ni el indio estancado, sino principalmente las multitudes mestizas, acometivas y ambiciosas, las que conforman el mundo americano.

El mestizaje étnico, el cruce espiritual de las razas, son lo más fuerte de la América del Sur. Estúdiense nuestro pasado, el proceso político, el desarrollo económico, o el lento ascenso de las artes y las letras; aparece siempre un rasgo general, un hecho insoslayable, una corriente direccional inevitable: es el mestizo quien impulsa y configura el acontecer continental.

El Nuevo Mundo lo es, ante todo, en el espíritu. Y no al racionalismo crítico y geométrico de los europeos, sino a la libre y tumultuosa emotividad de las razas oriundas debemos preguntar qué es, cómo se forma, y hacia dónde miran las energías creadoras de estas veinte naciones en proceso de crecimiento y ordenación.

Ya la intuición relampagueante de Bolívar lo estableció: "no somos europeos ni somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles".

Esa especie media que el Libertador profetizaba en 1815, podría ser, ahora, la "raza cósmica" a que aludió el maestro mexicano Vasconcelos. Y quien quiera conocer la vertebral realidad de nuestro hemisferio, o iniciar cualquier planteo de indagación valorativa, deberá acudir, necesariamente, a las fuentes, al estudio del mestizaje, del hombre medio sudamericano, que da ímpetu conformador a todo el comercio civil del continente.

No es lo más grave que se ignoren nuestra geografía, nuestra organización política, nuestra diversidad económica. Lo peor consiste en la incapacidad del europeo para entender al hombre original de la América del Sur, la única grande patria fraterna donde la humanidad se mira y se reconoce igual; porque todos valen lo mismo, gozan de idénticos derechos y oportunidades, y piel y sangre son accidentes biológicos. En la América Meridional cuentan exactamente igual el blanco, el indio, el negro, el mestizo, el asiático, el gringo, el europeo, el africano.

Somos el continente de la fraternidad activa.

Y esto es lo que debieran aprender los europeos.

## V

Los seis mil años de historia que bajan del bóreas impetuoso y de la cuenca mediterránea, no se pueden negar. Europa está presente en el pensar y en el quehacer sudamericanos, pero lo está sólo en parcial intensidad, sin que ello suponga sometimiento ni absorción. Aunque menos explorados, hay también seis mil años de ancestro autóctono que suben del austro arrebatado y

corren coléricos por el gran espinazo andino. También ellos gravitan fuertemente en el vivir continental. Y si el canon clásico, la técnica científica, la novedad del uso o de la moda siguen bajando de occidente, es hora ya de pensar con seriedad, con generosa comprensión, en la verdad fidedigna de nuestras naciones mestizas, que aun manejando los instrumentos que les fueron donados, ensayan melodías de su propia creación. Porque son inventoras, no imitadoras. Y aunque el planeta tienda a mecanizar y uniformar la actividad moderna, siempre existirán un aire, un color, una presencia característica que son como el alma visible de los pueblos, su inconfundible, intransferible personalidad. Y cada nación, cualesquier continente gozan de ellas, por ellas se manifiestan y perduran. Saber mirarlas.

¿Conocéis la "chirimoya", esa fruta riquísima de Bolivia, los Perúes y otros trópicos de América? Un sabio europeo dijo que era la fruta de las reinas y la reina de las frutas. Es de apariencia tosca, áspera de corteza, un verde oscuro redondea sus formas. No tiene el atractivo de la manzana, el fulgor llameante de la naranja, ni el mágico temblor de las uvas. Cuando se la ve perdida en el apiñamiento cromático de las frutas, sólo el conocedor sabe su precio. Pero si el extraño coge una "chirimoya", la parte en dos, hinca el diente en su pulpa fresca, blanquísima y comienza a saborear el exquisito manjar, comprobará que es un regalo de la deidad telúrica: nada se le iguala. La corteza es blanda, verde olivácea, de superficie protuberante. Adentro la pulpa viene sembrada de grandes pepas negras. Hay que rasgar la corteza y arrojar las pepas, sólo la pulpa cuenta. Una como carne suavísima, sutil, que tiene la blancura deslumbrante de las nieves, el tibio frescor puro de la leche apenas exprimida, un aroma de lirios y jacintos. Para el buen "gourmet", es la sorpresa encantada: todos los placeres y refinamientos del gusto se concentran en la fruta maravillosa.

Así es la América del Sur: hay que rasgar su envoltura, abrirla en dos, expulsar todo ornamento residual, y tomar sólo el manjar de su pulpa entrañable, para gozar la delicia de sus encantamientos sensuales.

América, la Bien Hallada, sigue siendo, en cierto modo, la escondida y misteriosa América. Preguntad a la "chirimoya" por qué la suma exquisitez se embosca detrás de lo tosco y lo sencillo.

Porque nos ven niños de edad, desordenados en la acción, muchos niegan que exista una cultura sud-americana. Se alega que no tuvimos edad media ni renacimiento. Menos tiempo clásico. El filósofo pide un sistema de ideas: no lo encuentra. El investigador reclama un estilo de vida definido, definitorio; no es capaz de hallarlo. Lo que en occidente se resuelve en concentración y potenciamiento aparece en nosotros como dispersión, morosidad. Aunque no se haya sistematizado todavía en una grande ingeniería del intelecto; por mucho que no podamos oponerla aun a las milenarias organizaciones del espíritu en el Asia o en Europa, la cultura sudamericana se va ya definiendo por las circunstancias operantes, por las apetencias psicológicas, por las irradiaciones substantivas de un pensar ansioso de órbita propia.

Creemos en la existencia de una cultura sudamericana, porque creemos en el hombre sudamericano. Por el modo típico cómo éste se inserta en el cosmos, por la posición que asume frente al mundo y a la vida, por la manera particular cómo adquiere una inteligencia de su medio y una responsabilidad ante el destino.

El sud o el centroamericano son criaturas social y culturalmente distintas de las de otros continentes. ¿Mejores, peores? Nada de esto; porque no son la economía, la política, la técnica las que definen al hombre, sino sólo el espíritu, la voluntad, la conducta social e individual, y en este plano todo ser humano es potencialmente igual a los demás.

El hombre europeo que en un sentido general en nada cree ni nada espera, como no sea en un inmediato vivir trascordado de toda certidumbre, es muy distinto del hombre sudamericano situado en la seguridad y en la confianza, que vive todavía en holgura física y virginidad espiritual.

Las juventudes "quemadas", "exhaustas", "rabiosas" de Europa y de los Estados Unidos del Norte, aun siendo minoría social traducen la angustia, el descontento, la confusión. Escritores, músicos, artistas se inspiran en ellas. Son las generaciones que brotan de la Segunda Guerra Mundial, de la Era Atómica, de la Astronáutica, del mundo automatizado y materializado en exceso. Padecen cansancio prematuro, erotismo equívoco, tedio, soledad desesperada. Dijérase una especie de frustración deliberada, un morbo de sufrimiento porque sí. No tienen salida.



Sudamérica nada tiene que ver con ellas. El materialismo político, el existencialismo filosófico no han contaminado a las juventudes sudamericanas. Aquí, más bien, la plenitud vital, el ímpetu romántico, el ansia de pelea y de superación. Nadie se queda quieto ni se siente vencido. Indios, mestizos, blancos, todos hacen su propia labranza. Nuestro continente no alcanza, tal vez, el sonido elaborado, esa equilibrada vivacidad razonadora de occidente. No somos tan sabios ni tan inclinados al análisis introspectivo, pero nos salva una fe interior, una voluntad indeclinable en pugna con el mundo y con sus cosas. De nuestro quehacer desordenado, libre, aunque aparezca en retardo con relación al vértigo moderno, brota un himno de amor a la vida, el fragor del combate de los días. Ni ansioso ni atemorizado, el sudamericano transcurre reconciliado con su medio y con su alma.

Somos, todavía, hijos de Dios, criaturas del espíritu.

Es imposible regresar a las civilizaciones indígenas. E inadmisibles que nos amoldemos solamente al mensaje transatlántico. Ni regresión ni esnobismo. Y si se nos pregunta ¿hacia dónde van las muchedumbres sudamericanas? —responderemos: al encuentro de sí mismas. Es una toma de conciencia: se miden las naturales limitaciones, se calibra el íntimo valer. De cada cultura, de todo pueblo, de cualquiera civilización lo que convenga; del propio estilo de vida lo esencial. Porque no es lo más importante el mecanismo técnico y mental que nos viene del Viejo Mundo, sino el hombre interior, entero, armonioso que se va formando en el Nuevo.

Los pueblos sudamericanos se buscan ávidamente en el temblor de sus vasos de greda, en la música dolorida de sus zampoñas ternurosas, en las danzas pánicas, en los ritos agrarios, en sus mitos inmemoriales, en la tierra todoparidora: lo indio. Se buscan asimismo en las artes y costumbres populares, en la tensión desbordante de sus masas trabajadoras ansiosas de mejoramiento, en la urgencia de reordenación colectiva y justicia social que agita escuelas, fábricas, campos; en el sentimiento nacionalista que pone valla a ideologías y métodos importados: lo mestizo. Se buscan, finalmente, en la tormenta de sociedades en formación, en el vértigo industrial y mercantil, en la marea crítica de un pensamiento que no se contenta jamás, en el humanismo clásico y en la técnica científica: lo universal. Y es del encuentro, de la simbiosis de estas fuerzas madres, que surge y se fortifica el varón continental.

¿Se ha visto cuánto significa el hombre sudamericano, limpio todavía de morbos de codicia o de estrechez, en medio a la general confusión de la sociedad moderna?

Cierto que nos asedian la ambición fáustica, el ansia de mudanza, los peligros de un quehacer vertiginoso; pero tenemos, para contrapesarlos, el modo lento y seguro del ancestro, una larga paciencia, el profundo y amoroso sentimiento comarcano. Cosmópolis y autoctonía no se contraponen: se confunden.

¿Cuál es el perfil del mundo contemporáneo? Nihilismo en las ideas, espíritu de dominio, racionalismo utilitario, la vida sometida al imperio de la técnica. Mas en el continente americano —en el nuestro— lo ético y lo religioso frenan la voluntad rapaz, lo emocional suaviza las duras avidedeces de la inteligencia, hay un despertar de aurora contra el retraso y el desorden multitudinarios. Queremos mejorar como hombres sin caer en el autómatas.

Fausto y Don Quijote. El que todo lo puede y el que lo idealiza todo. ¿No son como los símbolos del choque de dos mundos?

Si la América del Norte representa la fuerza organizada, la carga dinámica mayor de ciencia y de riqueza que el hombre ha conocido, la América del Sur revela espíritu, ética, belleza. En suma: la Gracia.

No desconocemos la tradición europea ni la influencia yanqui. Aceptamos la herencia cultural que cruzó los mares. En el mundo moderno, complejo, comunicable, recíproco y sostenido por todas sus partes, las sociedades nacionales se edifican con elementos oriundos y foráneos. Pero el espíritu, en cuanto supone libertad, virginidad, rozando tal vez los límites de una nueva religiosidad; el espíritu como ser creador, regulador de la actividad humana; el espíritu en función de perfeccionamiento, criatura del hado y a la vez padre de toda acción, norte, guía, mensajero

fidedigno por una humanidad mejor, es ya la América del Sur en la plenitud de su vocación realizadora.

No somos los mejores ni los peores. Simplemente nosotros mismos.

Cuando Keyserling sostiene que la tristeza sudamericana entraña más alto valor que el optimismo norteamericano y que todo el idealismo de la Europa moderna, toca la clave del problema.

## VI

No es verdad que nos consideramos superiores a los demás. Tampoco lo contrario: los complejos de inferioridad caducaron. Lo que sucede es que no podemos regular la vida y el pensar sudamericanos ritmo transatlántico.

¿Es que lo harán, lo significarán todo las naciones superpobladas, las urbes presurosas, la tecnología y las máquinas, el progreso dosificado?

América del Sur pone aun su concepción del mundo y de la vida bajo el signo de Dios. Coloca la persona antes que el Estado. Aunque el dinero ha socavado en parte la estabilidad social, no es todavía motor de almas. El Caballero de la Mancha, loco y desamparado, podría habitar en comarcas de nuestro hemisferio, porque para nosotros la fraternidad no es una palabra. Ni la piedad cristiana. Ni la generosidad. O la hidalguía. Y suele ocurrir que las últimas formas sobrevivientes del grande señorío, de la cortesía, de la nobleza humana, van a refugiarse en nuestras tierras interiores, en pequeñas ciudades o aldeas hundidas en la artesa de los montes.

Pero si el varón sudamericano es interesante y revelador como individuo, lo es más en función de multitud. Bien mirado, sin que ello suponga menosprecio o desconocimiento de las élites rectoras, América del Sur es la muchedumbre en marcha.

Esas grandes mayorías trabajadoras que se afirman por la revolución nacional, porque están tomando conciencia de su destino histórico y de su responsabilidad social; ese impulso mestizo que desborda la frontera geográfica y aspira a transformar política, economía, cultura; esos motines y disturbios incesantes que reflejan la urgencia de reordenación que nos conmueve; esas multitudes que se cohesionan detrás de una idea o de un caudillo, encumbrando y descabezando líderes en ímpetu romántico; ese hacer de hombres que es rehacer de pueblos; esto es, verdaderamente, Nuestra América, patria del esfuerzo y la esperanza, donde cada día se ha de ganar la libertad para que cada noche otorgue la confianza.

El buen criollo, el buen mestizo, el buen sudamericano, es abierto y altivo a un tiempo mismo. Se arriesga a todo y no se apura mucho según como le mande el genio. Es presentista, desprendido: sabio entendedor de mundo y vida. Respeta la tradición mas no lo amarra. Espera del futuro sin zozobra. Ama el progreso mas no le vende su alma al diablo. Sólo al duro presente le hace pelea, le sorbe los goces del bien pasar, porque sabe que varón completo es quien entrega al trabajo energías y al placer o al descanso le roba acicates.

Parecerá absurdo, pero si bien se mira y en un sentido de plenitud biológica el sudamericano cuando se eleva a la esfera espiritual, vive mejor que el europeo medio, porque no lo acosan las apetencias desapoderadas, la ocupación febril, la especialización que limita, ni el ritmo vertiginoso de las mutaciones cotidianas. La sabiduría remansada, el transcurrir sereno, equilibrado, repartiendo tiempo y fuerzas son hoy patrimonio del Nuevo Mundo.

Más tentaciones, más entretenimientos, más comodidades brinda el Viejo, pero a qué precio! Allá las gentes se esclavizan, son presa de tentaciones desmedidas, se desviven literalmente para alcanzar un pasar decoroso y vario; aquí tenemos menos compensaciones desde el punto de vista hedonístico, pero se vive en más fácil armonía con el medio y con los demás.

Estamos más cerca de Dios, más próximos a la naturaleza.

## VII

Hay un humanismo clásico, grecoromano, que nos viene de fuera: a veces perfecto, riguroso, como lo quería Valéry, a veces enciclopédico, sibarítico como lo prefieren los esnobs. Otro más próximo al corazón que a la inteligencia, que constituye la respuesta del continente joven a las sociedades caducas.

Es el Humanismo de la Necesidad. Arranca del prístino cristianismo ya casi olvidado por las naciones, apunta a lo mejor del alma y su destino terrestre. Manda que todos tengan lo suficiente. Que se concilie la dignidad del individuo con las premuras de la sociedad planificada. Que todos respondan por todos. Que la educación de las masas es tan importante como la alta cultura de cada individuo. Que la economía y la técnica están al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la técnica y la economía. Primero lo necesario para un pasar digno, después los primores de un saber excesivo. Así marchan la filosofía política y la tensión cultural en el novimundo.

Tenemos deberes imperiosos, ineludibles, con las multitudes indias, mestizas, criollas que la civilización olvidó durante 400 años. Queremos que se incorporen a una democracia efectiva, a la ciudadanía real, haciéndolas partícipes de todas las modalidades y ventajas del acontecer nacional.

Que cada grupo social o regional crezca libre, desenvuelto, como vara de azucena, porque no se trata de aprisionar y uniformar muchedumbres imponiéndoles privaciones o servicios que ordenan unos desde arriba, sino de ensayar con amplitud el juego democrático para que la voluntad consentida de los más oriente y respalde la acción de los menos. En Sud y Centroamérica, el pueblo manda y configura la vida política y social. Y aunque no tenemos el tremendo poderío material de los Estados Unidos, el genio organizador de Rusia, o el dinamismo sistematizado de las naciones europeas, preferimos nuestro sobrio modo sudamericano: lento y seguro a su fin, inmune a las presiones exteriores. Cada cual señor de sí mismo, contribuyendo voluntario en la marcha colectiva que se regula desde la conciencia. Todos igualmente responsables por el proceso general. Las dictaduras pasajeras, no representan sino crisis de crecimiento. Pasan. Y sólo queda, predomina al cabo, el espíritu republicano, la esencia democrática, la siempre viva insurgencia popular que son como la norma auténtica y la conducta reguladora de veinte pueblos en formación.

El sudamericano vive abierto a los contactos universales: recibimos y absorbemos. Algo más: agradecemos por lo recibido. Somos permeables a la comprensión, a la simpatía recíproca. Pero nuestro camino verdadero es interior: con lo nuestro, con los nuestros, para devolver al mundo patrias y gentes fidedignas, capaces de afirmar lo propio sin desmedro de lo ajeno. Nacionalistas rabiosos como los que ha dado Europa, no. Nacionalistas de estirpe cristiana, sí: por imperativo vital, ansiosos de elevarse al nivel de los más desarrollados, defendiendo celosamente sus riquezas naturales y sus vivencias humanas. Sin odio, sin ambición desapoderada, sin metas imperialistas.

## VII

¿Qué es la América del Sur?

Es la juventud del mundo. Un haz de pueblos en trance de autenticidad y personería. Ni más ni menos que las otras naciones desparramadas por el planeta. Si nos decimos diversos de los demás no es por afán de diferenciación, mas por necesidad interna de atestiguar línea y verdad. ¿Y cuál será la verdad de un continente sino aquella en que vive y se mueve el habitante que lo puebla? Y el hombre sudamericano ¿no se distingue por una cierta conformación antropológica, por sutiles matices espirituales, por la urdimbre de vivencias nativas y tradiciones características que lo tipifican en rasgos genuinos y geniales?

Lo acepten o lo nieguen los sociólogos de gabinete, el varón sudamericano es un tipo continental definido. No tiene par.

En los extensos territorios que cubren nuestras veinte naciones, está naciendo una nueva concepción del mundo y de la vida. Se trata de un general irrumpir de fuerzas bárbaras, en cuanto el vocablo entraña temeridad creadora, transformación saludable. Este nuevo mundo psicológico y social aspira a reconciliar espíritu y materia: pretendemos una sociedad humana más justa, más equilibrada, un humanismo casi heroico que fundado en la necesidad de todos apunte al perfeccionamiento gradual de cada uno.

Del mucho cielo y del poco cemento salimos a los reinos del amor y la justicia. Si el campesino es aún hilozoísta, cree en los dioses abolidos, en la magia, y en las supersticiones, el hombre de las ciudades sigue a Jesucristo, se siente solidario con los hombres y acude al arbitraje o al sistema internacional para resolver sus problemas entre países.

Hay quienes piensan que la América del Sur es un continente por colonizar; sólo nos miden por nuestras vastísimas áreas despobladas, por las ingentes materias primas, por las riquezas naturales e industriales en vía de potenciamiento. ¿Siempre rascacielos, fábricas siempre, caminos, automóviles, usinas como signos de progreso? Nosotros pensamos que lo fundamental es el alma del habitante de las nuevas tierras. La concebimos en pos de una moral internacional que se oponga al poderío destructor de la fisión nuclear y prepare el advenimiento pacífico de la era sideral. Para todos los pueblos del mundo pedimos el derecho de autodeterminación; igualdad jurídica, libertad política, interdependencia económica; que las pequeñas naciones sean escuchadas y atendidas con el mismo derecho que las grandes.

Esta filosofía de verdad, de amor, de justicia se condensa admirablemente en un enunciado de la Declaración Americana de Derechos y Deberes del Hombre que manda:

"Es deber del hombre servir al espíritu con todas sus potencias y recursos, porque el espíritu es la finalidad suprema de la existencia humana y su máxima categoría".

Encarnamos una como rebelión idealista contra el automatismo de las máquinas y contra el abuso del poder y la riqueza.

Es posible que los estrategas financieros y militares de Washington o de Moscú nos miren sólo como territorio disponible en planes ambiciosos de extensión económica. Nosotros, aunque aceptamos los aportes de la técnica que producen bienestar material y comodidad, con los cuales se puede perfeccionar los valores espirituales, no creemos que nuestro continente sea un mero problema de organización económica.

Pensamos que la selva mecánica no debe seguir siendo la prisión monstruosa del hombre. Brasilia es una respuesta audaz del genio sudamericano al congestionamiento, al "feísmo" desesperante de las modernas babilonias industriales.

El espacio libre, la inventiva desenvuelta, un ritmo lento y tranquilo como el curso majestuoso de la naturaleza: he aquí el camino feliz que los sudamericanos debemos preservar.

América del Sur es el reino de la libertad y la esperanza.

## VIII

Si la metafísica oriental es panteísta, y la europea racionalista, la metafísica sudamericana será amorosa. Léanse los escritos del Águila de la Iglesia: tenemos un mensaje agustiniano, renovado, actualizado a la realidad presente, para devolverlo a la humanidad. Dios y el problema del alma. De aquí el carácter espiritualístico, esencialmente cristiano, de nuestra cultura, cuyo itinerario de amor y comprensión es tan distinto del logicismo abstracto y del racionalismo crítico occidentales.

Más no se confunda religiosidad con clericalismo. Somos creyentes, no fanáticos. Dios manda en la conducta, el Estado en la vida social.

No es que busquemos terminar en frailes. Es que necesitamos algo del santo y del asceta para restituir su dignidad natural al varón enloquecido del siglo XX.

Desde la interioridad del hombre partimos hacia una nueva conquista de la verdad: plenitud, integridad. Contra el autómatas moderno, la doble acción armoniosa del ser sensual y espiritual. Quisiéramos ver a todos los pueblos del planeta felices, recíprocos de amistad y entendimiento. Porque para entendernos venimos al mundo y la comunicación solidaria nos ennoblece. Y si hubo —o las hay— civilizaciones más orgullosas de su esplendor material, ninguna será más digna de la condición humana que aquella que soñamos para nuestra América: afincada en el reino del espíritu, proyectada hacia el amor, la paz, la moral que ilumina y regula el convivir de las gentes y los pueblos.

Porque el Cristo sigue siendo —a despecho de clericales y de ateos— el supremo arquetipo de un vivir consciente y responsable.

Y el Sueño Sudamericano es uno de atrevimiento y mansedumbre a un tiempo mismo: quisiéramos detener la disolución racionalista de la época moderna, por un nuevo impulso de fe, de capacidad ordenadora, que restituya la concordia entre hombre y cosmos. Donde nadie se sienta extraviado, siervo ciego, criatura de angustia y desesperación, sino sereno y estoico servidor de un ideal de armonía universal. Que el Creador y la Creación trabajen de consuno. Y que todo orden futuro mire al bienestar del hombre.

Y éstas son la fe perdida, la confianza recuperada que al mundo devolvemos.

## IX

Nuestra América —la de indios, mestizos, iberos y latinos— es un orbe vivo en proceso de ascensión.

No obstante su diversidad apariencial, estas veinte naciones jóvenes constituyen en conjunto, en su plural estructura y acontecer, un todo inmenso y coherente. Si la vida actual se configura por el tipismo continental o regional, somos uno de los grandes sistemas políticos, geográficos y económicos del mundo. Pero en lo particular, cada una de nuestras naciones sudamericanas es un núcleo vivo, un centro de energía, una poza de sugerencias espirituales.

¿Qué es Europa? —ha preguntado Paul Hazard. Y ha respondido: un pensamiento que no se contenta jamás.

¿Qué es la América del Sur? —podemos interrogar y darnos la respuesta: el sentimiento que lo puede todo.

Repudiamos todo exceso de poder, toda forma de colonialismo o explotación inconsiderada. Para nosotros, sudamericanos, lo emocional tiene más carga de relámpago que lo intelectual. Queremos a las razas humanas iguales todas, y a los hombres con la frente alzada y el corazón abierto: que nadie viva en temor ni en servidumbre indigna. Si el alma la tenemos a flor de labios, porque nada hay que ocultar, la voluntad rebelde, siempre dispuesta a dispararse por una causa justa. Pensamos, calculamos menos; pero sentimos y absorbemos mejor la maravilla del ser vivo. El éxito no siempre es nuestra meta, mas el ansia de ser, de hacer, de rehacer y reemprender la lucha con el mundo. Antes que la técnica del banquero o del comerciante, tenemos el estilo del aventurero y del jugador: todo a una sola carta y que salga lo que Dios o la suerte quieran. Pero siempre nos queda "un refugio supremo: la sonrisa" como blasón de señorío.

No somos los más constantes, los mejor organizados, ni los más prácticos, sino aquella extraña criatura que entrevió el filósofo genial: la que funde el mundo exterior y el interior en una pura armonía, fiesta del alma que hace grata la vida.

En el mejor sentido antropológico, aspiramos a restauradores de salud y de cordura, si por ambas se entiende el recto camino para encontrar feliz adecuación entre hombre y mundo.

No nos satisfacen principios dogmáticos estrechos ni sistemas cerrados. Liberalismo económico absoluto y planificación total son igualmente negadores del orden natural. América del Sur busca una distinta instrumentación política, que bascule entre las ventajas de la libre empresa y los rigores de la economía dirigida, pero de acuerdo a las modalidades nacionales, a cada realidad circundante, al grado de desarrollo político y social que hayan alcanzado los países sudamericanos. Los viejos parlamentos maniobreros y charlatanes no sirven ya. Los códigos vetustos que arrastran litigios por generaciones, tampoco. Acaso comercio e industria deben buscar una forma de asociación compartida entre empleados y empleadores, para terminar con los abusos del sindicalismo demagógico. La educación ha de ser de tipo horizontal: que a todos llegue. Y esas literaturas morbosas de frustración y angustia, esas artes disolventes que envenenan a la sociedad moderna, no entrarán en nuestra América porque les cerraremos la puerta.

El Nuevo Mundo requiere nuevas instituciones jurídicas, o al menos remodelar las actuales, adaptándolas a la época que muda incesantemente.

Necesitamos otra política. Otra economía. Otra cultura. Por esto las revoluciones, la transformación social, la inquietud permanente que conmueve a nuestros países.

No sería extraño que en un pueblo-cóndor perdido en las montañas de los Andes, o en una aldea virgiliana del Amazonas o del Plata, germine la redentora ideología que abra una senda de esperanza a la humanidad desconcertada.

"Calle el pedante vencido —decía Martí— que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo, que en nuestras dolorosas repúblicas sud-americanas".

Así las queremos: libres en la pobreza antes que ricas por el sometimiento.

Y es lícito afirmar que, cualesquiera que sean la simpatía o preferencia de las gentes de Sud y Centroamérica por los colosos que hoy se disputan el dominio del mundo —los Estados Unidos y Rusia— ni los yanquis ni los rusos mandarían en nuestra América.

A las grandes unidades políticas, económicas y culturales del planeta que se nombran Estados Unidos, Rusia, Europa, China, India, Japón, hay que agregar una más: América del Sur, comprendiendo las naciones sud y centroamericanas, México y las islas del Caribe. No obstante lo mucho que pueden ofrecer el Asia milenaria o el África auroral y descontenta, nosotros pensamos que América, la Nuestra, es tierra prometida para todos los hombres del globo, porque entre nosotros religión, raza, política economía, cultura no separan: aproximan.

Si Europa es el saber de dominio, el ansia de expansión, América del Sur es un saber de alumbramiento, un anhelo de paz y ordenación.

¿Y cuál será el estilo sudamericano? Uno de verdad, fraternidad; de tolerancia y comprensión. No importa que aún vivamos en confusión y en indolencia: superado será el desorden civil, las conciencias sabrán afinarse. Al escritor lo queremos responsable, no comprometido. Que se hable a pulmón pleno, que a ceñido rendir cuentas sea el obrar. Primitividad y violencia fueron necesarias, mas ahora conciliación y disciplina. Debemos prepararnos para entrar al torrente vertiginoso del progreso contemporáneo.

América del Sur es la juventud del mundo. Su estilo de vida lento, digno, señorial, a pesar de los reveses transitorios y los temporales equívocos, viene cargado de humanidad y de sentido. Tenemos un destino por cumplir.

No renegamos de la Europa hermosa y arquetípica. No renegamos, pero somos diferentes. Nuestros problemas diversos, el modo de afrontarlos distinto. El espacio en que nos movemos como más ancho y difícil de organizar. Tiempo y ritmo vital como de explosión retardada: esperamos. Pero de nosotros mismos más que de la exterior ayuda. El feudalismo llegó retrasado al continente sur y ahora pagamos las consecuencias de la demora. Estamos despertando.

No hemos madurado lo suficiente para alcanzar el sol de Shakespeare, las palingenias de Goethe, los crepúsculos del Dante o la ironía sapiente de Cervantes. Pero nos bastan y nos colman el verbo inflamado de Bolívar, la herida sangrante en que mojaba su pluma el caballero José Martí, las tormentas solares de Sarmiento, o el águila armoniosa que alza el vuelo de los versos de Daño, el indio chorotega.

Y aún tenemos a Franz Tamayo y a Pablo Neruda, poetas altísimos, cuyo pensamiento profundo, cuyo vuelo lírico y estilístico admiten comparación con lo más logrado del arte occidental.

Ni falsos mesianismos ni servidumbres arcaizantes. De todos recibimos y a todos queremos juntarnos en el amor que acerca y universaliza. Y no por creerla mejor, más por fresca y fidedigna, ansiamos que de la propia entraña, del suelo mismo, del habitante natural, de su inquietud y su pelea y fantasía, fluya el verbo orientador que nos eleve y nos redima. Porque es el nuestro.

## X

Tocante al futuro continental. Se acerca ya la hora del encuentro decisivo del Norte con el Sur. La fuerza que se opone a la armonía. Porque si del Septentrión viene todo en forma de voluntad organizada, de genialidad mercantil, de ímpetu deportivo y codicioso, del Austro nacen las tensiones desinteresadas del espíritu, el puro juego moral y emocional que nos anima. Del impacto de la eficacia con la pureza ¿saldrá mañana la sociedad continental que se anhela, generosa y práctica, romántica y bien organizada, idealista y positiva a un tiempo mismo?

Cuidado: no nos descuidemos! La crisis cubana más que un síntoma es un aviso que llama a prudencia y reflexión. Si no marcha resueltamente a la unidad, el hemisferio Sur podría despedazarse en segregaciones paulatinas y peligrosas del sistema americano.

Se ha dicho tanto ya de subdesarrollo, bajos niveles de vida, analfabetismo, despoblamiento, necesidad de estabilizar los precios de las materias básicas, desarrollo industrial, normalización del intercambio comercial. Se pide una sola constitución política, una sola moneda, un solo sistema económico. Que no haya fronteras dentro del vasto espacio sudamericano. Que estas veinte naciones jóvenes trabajen por un desenvolvimiento interno parejo y hacia un mismo fin: gravitar como un "pueblo-continente" —según la frase feliz de Antenor Orrega— en la pugna de los grandes bloques regionales del planeta.

Desde los tiempos heroicos de Bolívar y San Martín, hasta los recientes esfuerzos de Kubitschek y Frondizi por una "operación panamericana", todo grita, todo manda que nos unamos y concertemos una acción común.

Debemos adquirir la mayoría continental rebasando los estrechos límites de cada uno de nuestros recintos nacionales. Ni a Rusia ni a los Estados Unidos les conviene esa superior cohesión de veinte naciones: prefieren cogernos divididos, debilitados, porque la pieza aislada se toma con mayor facilidad suelta y separada del tropel de pueblos.

Las ayudas económicas de Estados Unidos y de Rusia —siempre en pequeña escala en relación a la magnitud de nuestros problemas— son más peligrosas que positivas. Debemos manejar nuestros asuntos con espíritu y voluntad continentales, actuando como un solo Estado poderoso, cohesionado; y desde México, Río de Janeiro, Buenos Aires, Caracas o Bogotá. Pensando en unidad de miras, en fusión de intereses, en recíproca defensa de la general necesidad de nuestros veinte pueblos ascendentes.

Ya no pedir: imponer soluciones políticas y económicas respaldadas por 200.000.000 de almas.

¿Qué esperan los estadistas, los políticos, los técnicos, los líderes y las muchedumbres del hemisferio meridional?

Necesitamos —y muy de mucha urgencia— constituir los Estados Unidos de la América del Sur. Todo lo demás es secundario.

El mundo marcha a los grandes bloques geográficos y humanos. La nueva generación de conductores civiles no podrá rehuir esta grave responsabilidad histórica: por la unidad de pueblos y naciones al engrandecimiento continental.

Basta ya de soledad y desamparo. Nadie tiene la culpa de nuestra soledad, retraso y desamparo sino los propios sudamericanos. En tanto no se vaya a la unidad política, al entendimiento dinámico, a la acción homogénea y positiva de nuestros veinte Estados Nacionales, nada bueno podemos esperar.

Si el nuevo Bolívar no aparece en el horizonte ¡pues a inventarlo! Con nuestra fe, con nuestra paciencia, con nuestra constancia, con nuestro irresistible anhelo de unidad, de ascenso armonioso de masas y de líderes en pos de un mejoramiento general.

La solución adecuada, la que verdaderamente requerimos, amplia de intención y contenido, no ha de bajar de Washington ni de Moscú: debe ser, inevitablemente, sudamericana, brotada de nuestra propia realidad, de nuestra necesidad congénita, del esfuerzo conjunto y concertado de nuestras economías nacionales, del espíritu de inventiva, del valor inquebrantable, de la capacidad que tengamos para organizarnos y sobrevivir en la gigantesca colisión de intereses que la Era Atómica ha puesto en movimiento.

Queremos una América del Sur libre y compacta en el juego coherente de sus células constitutivas.

Todo lo hecho hasta hoy suena a estéril y disperso: tiempo perdido. Basta de engaños pueriles.

Sólo un camino verdadero y útil nos queda para afrontar el presente y asegurar el porvenir: los Estados Unidos de la América del Sur.

Amigos de todos, pero para actuar en el plano internacional un solo Estado, una sola familia, una sola economía, un mismo espíritu creador y organizador.

Hay que tirar abajo fronteras, aduanas, sistemas, símbolos y chauvinismos nacionales para levantar un nuevo mundo unificado en el espíritu y en las técnicas de trabajo.

Hay que salir al encuentro del tiempo nuevo. "¡Osad, perseverad!" —como enseñaba nuestro Tamayo. Y que nadie —pueblo, hombre, nación— se sienta aislado, extraviado, desligado de la elevada responsabilidad de servir a la gran causa común de la unidad de nuestro hemisferio.

Campanas sacras y solemnes anuncian ya la resurrección de la América del Sur.

Y aunque no lleguemos a ser los más sapientes ni los más poderosos en el mundo futuro, aceptemos un serenísimo destino: defender la conciencia moral de la humanidad, restituir al hombre la dignidad del ser vivo, buscar el justo equilibrio entre bienestar material y responsabilidad espiritual, para que seamos criaturas de Dios, no siervos de la técnica y las máquinas.

Que la América del Sur sea posada de paz y de alegría para todos.

Y ésta es la palabra de amor y de esperanza que entrega el Continente. La que brotó del dolor de los corazones, del júbilo de los pueblos. Como hecha con música de estrellas.

¡Luz del Mundo!

La que abre sus puertas de oro a todas las gentes del planeta, porque tiene destino solar: y todo aquel que la escucha o se aproxima a ella se enciende en la beldad de su llama y de su genio. Se vence y se supera. Puede amar y prosperar confiado. Ha sido tocado por la Gracia.

"Pacha-Khantati": mientras el mundo amanece, brota una verde primavera en el corazón del hombre. Y la meta ideal brilla lejana pero no imposible. Y es dulce pensar que en el planeta existe una comarca donde nadie quiere destruir, porque amar, edificar, aproximar es el destino del continente que despierta.

En el nombre de la América del Sur, la Bien Hallada. Así sea.





Grabado de Víctor Delhez

“... consigna de descubridor y navegante...”

### MARE NOSTRUM, MARE SACRUM

Meditaciones sobre el Mar: la gran herida de Bolivia

#### I

NO es una palabra: es un sentimiento. No es sólo un elemento de la naturaleza: es la esencia misma de nuestra vida espiritual. No es un sueño: es la verdad. No es únicamente la verdad: abarca el sueño. Más que el pasado que acosa o el futuro anhelado, es puro presente: la espada fría del minuto, el venablo ardiente del segundo. No es la meta lejana: es el deber irrenunciable de cada día. No es el patrimonio que no supimos conservar: es la heredad que sigue siendo nuestra por la sangre de los abuelos, por el padecimiento de los padres, por el viril resurgimiento de los hijos. No es ilusión, no es bandera electoral, no es delirio quijotesco: es una realidad inexorable. No es el destierro que anonada: es el reino prometido. No es el pequeño dolor de cada uno: es la suma angustia de todos. No es la quietud cobarde que duerme: es la espera fecunda, vigilante, titánica y dinámica que muere.

¡El Mar!

La gran herida de Bolivia y a un tiempo mismo la suprema alegría de una época mejor que nos espera.

¡El Mar!

Es el amigo invisible con quien dialogamos sin descanso. El único que ignora de ingratitudes y traiciones.

¡El Mar!

Estrella de la infancia. Música de la adolescencia. Hoguera para la juventud. Sierpe en la madurez.

¡El Mar!

Exalta, acicatea. Hostiga y quema. Da vida y mata. Resucita. Sabe el secreto de las transfiguraciones. Modela dioses, pueblos, hazañas y naciones. Es el gran taumaturgo inmemorial. Padre de las ondas, abuelo de las horas. Sus manos líquidas empujan a la energía y al progreso. Su extensión misteriosa trasciende a poesía y maravilla.

En el principio era el Mar...

El hombre de los palafitos lo adoraba. El cazador y el nómada lo temieron. Para el oscuro egipcio era el camino acuoso que conduce a la perennidad. ¡No puedo describirte, juventud inmortal creadora de sí misma! —canta el poeta antiguo. El fenicio lo convierte en vehículo de riqueza. Para sumerios, persas, y helenos es fuente de vida, camino de expansión y poderío. Cuando el griego genial quiere expresar sus ansias de perfección y de belleza, se sumerge en el mar azul de las islas y regresa con la imagen de Afrodita Anadiomena, dea del amor y la hermosura. Y el hombre del Renacimiento, precursor y fundador de la civilización moderna, descubre el mundo, lo redondea, lo señorea y organiza por los anchos caminos de la mar: navegar fue su divisa.

Para nosotros, los americanos del sur, el mar es atributo vector de soberanía. Sin litoral marítimo no hay nación perdurable. Desde la lejanía cosmogónica dicta el océano sus pautas legendarias. Dicen que los "antis" —raza sutil— lo dominaron hasta posarse en los corales de la distante Polinesia. Dicen que el "kolla" lo habitó. Dicen que el "inca" lo temía. La "colonia" lo utiliza diestramente. Las fogatas de la independencia arden en sus playas. Dicen que el último deseo de Bolívar era hundirse con su delirio inmenso de libertad y de gloria, en sus orillas mágicas. Y es que el mar es dado, el mar pertenece a nuestras jóvenes repúblicas por la geografía, por la historia, por el nuevo Derecho Americano que imponen los pueblos y el legislador consagra.

Nuestra política internacional debe girar en torno a un eje inconvencible: la reintegración marítima a corto o largo plazo. ¿Doctrina jurídica? Es poco decir. ¿Atributo territorial? No colma el caso. ¿Exigencia de vida y paz social? Algo más, todavía: consigna permanente de nacionalidad, porque no hay patria digna con las órbitas huecas y los brazos amputados. Y ciego y manco es el organismo nacional que carece de salida al océano.

Postulemos, pues, desde ahora —y para siempre!— que todos los países americanos tienen derecho a libre acceso al comercio terrestre, aéreo, marítimo y fluvial. Que no habrá pueblos mediterráneos en América. Que Bolivia proclama la urgencia biológica de su reintegración marítima, como un problema continental que rebasa los límites del caso nacional.

"Mare nostrum, Mare Sacrum": la gran herida de Bolivia sigue abierta.

## II

Si bien se mira, si se piensa hondo, el mar está presente en la vida, en la historia, en la leyenda, en la continuidad insoslayable del suelo y de la raza.

Si la montaña es como el esqueleto primordial, hueso, nervio, sangre y músculo del boliviano, el mar aparece y reaparece en nosotros a la manera de un espíritu familiar que vela por los suyos.

"Anima animans".

Buscad, rastread la huella del tiempo mítico, o seguid la línea airada de la ingeniería telúrica: el Mar acude, omnipresente, y cubre todas las solicitudes de la memoria y la imaginación.

El mar está en la cosmogonía primitiva cuando las aguas y las tierras empastan de limo el continente. Señorea el área diluvial que aniquila dos veces Tiahuanaku. Se dispersa en las copas

azules de los lagos que esmaltan la capa de armiño de la gran Cordillera. Permanece en el milagro líquido del Titikaka, el que quiso subsistir entre montañas para eternizar la gesta remotísima.

¿Y qué fueron Tupac-Amaru, los Katari, Murillo el cholo intrépido, Huallparimachi, sino manifestaciones submarinas del alma nacional cuando la Paria no existía?

En la guerra sublime de las republiquetas, mientras pueblos y hombres con fragilidad de espuma luchan por la libertad ¿qué representan los guerrilleros, qué significa la coronela Juana Azurduy de Padilla, varona insigne, sino golpes de mar contra el colonialismo decadente?

Si seguimos la línea hirsuta de la República, se oye también un galope de olas que envuelve a los héroes, a los conductores, a los adalides, a todo aquel que surge o cae con Bolivia. Tienen la virtud vivífica del agua, vastedad marina, plenitud lacustre. Fuerza de marejada o maremoto. Se dilatan en el tiempo como el horizonte marítimo. Relucen al sol de la gloria como la piel de pantera de los mares que tatúan los vientos y los soles. Vendabal en el océano, náuticas proezas, cuando pensamos en sus hechos y en sus vidas, nos bañan, nos lavan, nos redimen de la basura y del engaño.

Y son Bolívar, el héroe impetuoso que lleva tras su capa voladora la emoción del continente. Sucre, el fundador sin mácula. Santa Cruz, estadista visionario. José Ballivián, militar y político. Linares, el reformador. Campero, el hombre del deber. Frías, íntegro, solitario, magnánimo. Baptista, el orador. Pando, explorador y geógrafo. Montes, el constructor. Saavedra, el kolla dinámico. Busch, el patriota malogrado. Y Villarroel, el generoso, que da su juventud, su talento y al fin su sangre misma por Bolivia.

¿No enseñaron violentar al destino Abaroa en el Topater, el corneta Mamani en San Francisco, Paredes en el Acre, Jordán en Kilómetro Siete? Ellos y otros como ellos renacen a la manera de héroes mitológicos saturados de yodo, de sal, de aguas y de espuma, para recordarnos que más vale vida corta que duranza indigna.

En la prosa estupenda y tierna de Nataniel Aguirre, mansedumbre del mar.

En los versos tempestuosos y armoniosos de Franz Tamayo, furias del mar.

En los lienzos coléricos de Cecilio Guzmán de Rojas, raptos, tintas y colores del mar.

En la música ternurosa de Roncal, de Vargas o de Caba, aires y nostalgias del mar.

En la escultura vigorosa y atrevida de Marina Núñez del Prado, curvas, ritmos, goces, plástica hermosura del mar.

En los estudios científicos de Aspiazú, de Villamil de Rada, de Posnansky o de Martín Cárdenas, vastedad y persistencia del mar.

En la ruta penosa y abnegada de Campos, de Vaca Díez, de Armentia, de Suárez, celos y desvelos por el mar.

En la historia atormentada de Moreno y de Arguedas, venablos y venenos del mar.

En el violín mágico de Jaime Laredo júbilos y delirios del mar.

Y en el llanto del mitayo, en la hosquedad del minero, en la melancolía del campesino, o en la rebeldía del estudiante, en los cuerpos que esperan y en las almas que desesperan, un dolor y un sabor de mar que nos transvierten y nos espolean: nunca cesarán!

Cuando Tamayo dijo: "Osad, perseverad!" quiso agregar: tened la osadía del mar y la resistencia de la montaña. Porque osadía y resistencia son las dos grandes líneas fundamentales que arquitecturan las naciones. ¡Osad, perseverad! Como el monte, que nunca se desmedra. Como la líquida llanura, que jamás detiene su mover acompasado y majestuoso.

### III

Que no se espanten derrotistas ni timoratos: la guerra no es la solución para volver al océano. En la era atómica, cuando la fuerza destructiva está controlada por dos potencias, un conflicto armado entre dos países pequeños, inorgánicos, desprovistos de grandes recursos técnicos y económicos, sería absurdo.

El puerto volverá a Bolivia por gravitación, por ley natural, por obra del tiempo y por esfuerzo propio.

La prédica incesante, la divulgación de nuestro derecho, el fortalecimiento paralelo de la fe nacional y del engrandecimiento colectivo. Por la unidad geográfica y humana. Por la paz política y social. Por el sano desarrollo económico. Por la moralidad pública y privada. He aquí los caminos para llegar al mar.

Cuando superemos el desorden y la debilidad actuales por un sereno esfuerzo de conjunto. Cuando seamos oídos y atendidos en el concierto de naciones por nuestro propio mérito. Cuando nos fortalezcamos en la disciplina que duplica y en el orden interno que acrecienta, podremos instaurar la demanda restitutoria.

No por la violencia, mas por el amor que trabaja y edifica, el mar volverá a nosotros. Y no las bayonetas, sino la palabra que anuncia, el brazo que se esfuerza, la inteligencia tenaz, el corazón inquebrantable nos llevarán al litoral perdido.

Y si en un mañana próximo, unificados y organizados por dentro, pedimos nuestra reintegración marítima, y no somos escuchados ni atendidos por el mundo y por América, anatema para el mundo y para América.

Ni guerristas ni revanchistas. El odio al usurpador no cabe en la nobleza boliviana. Pero a los chilenos diremos —siempre!— ya la América y al mundo, que Bolivia jamás renunciará al litoral que le fué arrebatado en una guerra injusta, y segregado después bajo la ficción jurídica de un tratado impuesto por la doble amenaza de las armas y del dogal aduanero.

Cualquiera que sea la solución futura, debemos pedir la restitución de lo usurpado. Nada de callejones, puertecillos ni caletas que equivalen a limosna de mendigo. Un vasto litoral con puertos amplios y seguros: lo que tuvimos en 1825.

Y no importan plazo, fatigas, sufrimiento. Pero el mar ha de volver a la montaña. Porque está escrito: Bolivia, la prisionera, no es para siempre. Y el mar, el desterrado, está volviendo ya.

### IV

Thales, sabio entre sabios, atribuía la vida al agua sacrosanta, desde el origen hasta la subsistencia del universo y sus fenómenos.

La poesía primitiva, los mitos y las fábulas, la leyenda dorada de los dioses y los héroes surgen de la marea azul y de la espuma nacarina, de las caracolas legendarias, de las islas bienaventuradas, del arcano acuático sondable pero incontenible.

Y en las playas que se pierden en remotas lejanías ¿no nacieron, no fueron a morir las mayores hazañas de la historia?

¡Mare Nostrum, Mare Sacrum!

Que sería de los hombres sin el genio protector de tus mareas. ¡Y guay del pueblo que se atreva a vivir de espaldas al océano! Irá contra la especie y contra el hado.

En Bolivia, aunque ausente, invisible, el mar subsiste y persiste inmutable. Perennidad indeclinable: raíz y ala. Deidad omnipresente lo colma todo.

En el indio que soporta el impacto violento de la reforma agraria, que exige mejoría: un ondular de mar.

En el obrero y en las clases medias que ascienden con ritmo arrollador: tumbales resonancias de la mar.

En el intelectual, en el técnico, en el conductor que luchan y padecen por la patria que se remodela, un amor responsable que manda levantarse con ella o con ella aniquilarse. Como la ola en el mar.

Toda la cavidad andina, el ámbito valluno, y el área de los llanos están como sedientos de músicas marinas.

Y nuestro suelo es duro porque no tiene la trémula humedad de las finísimas arenas.

Y nuestras gentes como herméticas, hurañas, porque habitan lejos del verde tierno y del azul cerúleo de las aguas sin frontera.

Y dicen que la belleza alucinante del "Illimani", la augusta majestad de las cimas del "Illampu", y el cono vertiginoso del "Wayna-Potosí" esconden la historia increíble de una hidrografía mítica. Tierras que fueron mares. Mares, montañas.

Y el altiplano andino es un mar petrificado que tiende a juntarse con el otro mar en movimiento que baña la tierra prometida.

## V

El gran tema para la bolivianidad. La consigna unificante. Lo que nos salvará como nación y como pueblo: el regreso al mar. Lo engloba todo: imperativo biológico, reparación histórica, necesidad geográfica, atributo económico, objetivo espiritual.

Sólo un alto ideal patriótico puede unirnos y llevamos a un camino de superación que nos aleje de la violencia y el desorden en que nos vamos consumiendo. La salida oceánica.

Una conciencia nacional indeclinable de reintegración marítima. Un esfuerzo homogéneo y solidario de todos para todos. Una norma permanente de responsabilidad frente al enclaustramiento, deberán conducirnos a la meta libremente elegida: la restitución de nuestro litoral en el Pacífico.

Necesitamos un otro estilo nacional —de verdad, de constancia, de altivez— y una diplomacia nueva por encima de discursos y banquetes, para que la voz de Bolivia suene fuerte y clara en las reuniones internacionales. No imploramos: exigimos.

Como lo hizo cien veces en sus libros, en la cátedra, en polémicas de prensa, en notas diplomáticas y en conferencias internacionales don Eduardo Díez de Medina, denodado y gallardo defensor de los derechos de Bolivia en el Pacífico y en sus cinco fronteras terrestres.

¿Qué son, para nosotros, bolivianos, la solidaridad continental, el pan-americanismo, la fraternidad del sistema americano, la democracia para la libertad y la justicia? Palabras vanas. Mientras subsista cautiva, olvidada en sus montañas, una de las veintiuna repúblicas de América, las otras veinte deberían prender un crespón funéreo en sus banderas.

Vergüenza para el Continente de la Esperanza que la desdicha de una hermana deje indiferentes a las demás. Y oprobio para los países del llamado Mundo Libre: Bolivia mutilada es un baldón para el derecho internacional, ley de naciones.

Estamos como anclados en la tierra. Somos un pueblo inmóvil, rodeado de montañas, de llanuras. Nuestros grandes ríos, inertes, apenas si son navegables. El hombre de los bosques ignora el valle; el valluno poco sabe del montañés; el montañés no abandona su refugio encumbrado. La geografía boliviana, que es una desarticulación natural, se agrava por la desinteligencia humana. Nadie quiere moverse, raro es quien se arriesga. Dormimos.

Cuando Bolivia requiere, precisamente, destino de caminante y navegante.

El mar y la marcha hacia el mar, vienen a ser como el método fisiológico para un despertar nacional.

## VI

El viajero que rueda por el mundo difícilmente escogería entre tantísimos el mar ideal.

Se piensa en el Mediterráneo luminoso, en el calmo Adriático, en el Jónico fosforescente y terso. En los mares lejanos de la China y del Japón. En la costa azul y en la costa brava. En las riberas miríficas de Hawai y las Bermudas. En las dos cintas angulares que la tierra itálica extiende sobre el mar de Liguria. En las playas distantes que baña el Indico enigmático. En la costa amalfitana, o en el golfo de Nápoles, serenos y lumíneos. En el Caribe misterioso. En los mares boreales de lunática hermosura. En el Caspio, en el Negro, en el de Baffin, desconocido casi.

Son tantos y tan bellos... Playas de maravilla, cielo zafíreo, un sol de oro deslumbrante. Las arenas finísimas y trémulas. A veces, el agua verdemar deja entrever como a través de mágicos cristales, un fondo de rocas, de algas y de peces. Las piedras se redondean en curvas voluptuosas. Una vela se pierde en el horizonte. El oleaje acaricia el ojo y el oído. Una vez en la bahía de Santos me pareció escuchar la palabra de Dios que discurría por la playa sin término y sin pausa.

Para nosotros, bolivianos, el más excelso de los mares —porque era el nuestro— es el que corre al filo del extenso litoral que nos arrebató el Tratado de 1904: Cobija, Mejillones, Antofagasta. En cualquier punto de los 400 kilómetros de costa marítima que tuvimos sobre el Pacífico anchuroso —amplias bahías, caletas quietas, ensenadas dilatadas— podemos situar la reconstituída heredad marina.

Dicen que el océano, allí, mira a la costa abrupta, al seco desierto, porque es rudo, afila los acantilados, se agarra a dentelladas con el suelo. No importa: así semi-salvaje lo queremos, áspero en el abrazo, duro al contacto. Que nos llame a la fatiga y al esfuerzo. Y ese es el mar ideal para nosotros, educador de la voluntad, maestro de carácter, antes que paisaje idílico o portento de belleza.

No un mar de sueño para románticos y fantasistas, mas un mar viril, febril, pleno de vida tumultuosa, capaz de contener, como un polígono increíble, todos los disparos ambiciosos del alma colectiva.

Un mar tan vasto y anchuroso que expanda el área boliviana. Donde el minero encuentre refugio cuando las vetas se agoten. Donde el campesino halle horizonte más activo. Donde el obrero se ejercite como más dinámico en el acercamiento a la civilización y a sus técnicas portuarias. Donde el estudiante sienta mejor el pulso del mundo y el escritor y los expertos como más viva la respiración de la sociedad humana.

Un mar tan rico de oportunidad y de sentido, que hará imposible el desangre y el odio entre bolivianos. Porque habrá tanto que hacer y construir en sus riberas, que esa sangre que se ha visto correr fratricida en Catavi y en Huanuni, en La Paz y en Santa Cruz, entre ucureños y cliceños, ya no volverá a vertirse estérilmente, porque estará ocupada en ansias marineras.

Y es que el mar ha de ser símbolo de unión y de concordia, para un pueblo devastado por el divisionismo y la fractura.

No pensemos ya en destruirnos, sino en acercarnos y comprendernos, en una superior inteligencia de Bolivia y sus problemas, porque la problemática nacional comienza en el hombre boliviano: no habrá futuro mejor sin superación individual. Y hemos de corregir los errores actuales para merecer el sosiego que vendrá.

## VII

Indiecito que avanzas por el páramo: ¿conoces el aire salino de las playas?

Obrero que te agotas en las minas y en las fábricas. ¿respiraron tus pulmones la pura brisa marina?

Estudiante que fatigas tu inteligencia en la aridez de los libros ¿sabes que al otro lado del muro de los Andes te aguarda el océano, puerta soberbia abierta a todos los horizontes del mundo?

Político, intelectual, técnico, empleado o empleador, sacerdote, militar, profesional, artista ¿no sientes tu vida incompleta porque la voz del mar no acaricia tus oídos?

Campesino que te curvas sobre el surco ¿no se mecen las espigas como un rodar de olas que estremece tus íntimos afanes?

Hombre duro del Ande, hombre tierno del valle, hombre pánico del bosque y de los llanos ¿no os brota de lo hondo la canción de la espuma y del oleaje que las bisabuelas pusieron en vuestra sangre?

Mujeres bolivianas, las más bellas, las más finas, las mejores y más santas, por sufridas, abnegadas, silenciosas ¿no estalla un deseo de haber mar en vuestras venas?

Patricios de sienas nevadas, jóvenes de corazón intrépido, no sentís la palabra del destino que manda inexorable:

¡No olvidéis el Mar!

## VIII

Necesitamos puertas y ventanas que se abran sobre el planeta, pero llaves y pestillos en nuestras manos. Porque el aire que lo aproxima todo, es todavía, por el alto costo de transporte, menos que el océano que todo lo comunica y acrecienta.

—Para aumentar la velocidad nacional —única forma posible de progreso— requerimos una cura de acicates marinos: tráfico oceánico, dinámica de puertos —y de muelles, vastedad del mar ante los ojos, la circulación humana en las playas que acelera el proceso demográfico. Esto nos haría como más ágiles, nos volvería como más responsables. Tendríamos una mejor percepción del mundo y sus problemas, una mayor capacidad para la acción y sus conflictos.

Porque el boliviano de hoy no vive en 1960: cincuenta años de lastre en las ideas y en los hábitos le impiden alzar vuelo. Y el enclaustramiento marítimo es causa principal de ese retardo que nos circunda.

El espíritu de pendencia, de molicie, proclive a la anarquía, proviene de que hacemos el diálogo y la fricción de intereses sólo entre bolivianos, como si no existieran las demás gentes del planeta. Diálogo y fricción de prisioneros, encerrados, fastidiados con su destino, que carecen de medidas de relación con pueblos cercanos o distantes.

¿Por qué el comercio se asfixia, la industria languidece, la tarea agraria acusa un retraso de mil años? Porque estamos lejos, todavía, de las grandes rutas marítimas, del natural dominio de nuestra economía nacional. Porque la producción y el tráfico de las materias básicas, o todo aquello que traemos de fuera, sale o llega al impulso de ajenas voluntades. Supeditados a la eficacia extraña, tenemos que pedir permiso para subsistir. Y esto es contra naturaleza, contra derecho, contra equidad.

Necesitamos del mar para probanza de varonilidad. Para poder hombrearnos con todos los pueblos del globo. Para demostrar que somos señores de nuestra propia heredad. Para terminar con la servidumbre geográfica que vulnera nuestra existencia nacional.

En el siglo del átomo y de la astronáutica, es irrisorio que sigamos confinados entre el paredón andino y las grandes llanuras que corren al Amazonas y hacia el Plata.

Hay que mover la barca boliviana sobre invisibles ruedas, arrojarla por valles y mesetas, cubrir el llano, hendir la cordillera, y conocido ya el interior perímetro, echarla al fin sobre el Pacífico tranquilo, a la búsqueda de la Patria Perdida. La que fuimos, la que volveremos a ser. Señora y dueña de su casa, de su puerta, de su destino.

He aquí: consigna de descubridores y navegantes requerimos. Descubrir la realidad interior, conocer y pesarnos a nosotros mismos, para navegar después hacia la plenitud histórica. No mirar tanto el pasado cuanto enfrentar lo que viene y seguirá. La siesta y el carnaval deben terminar. Nos aguardan duros trabajos, contrariedades, riesgos y sacrificio.

Tenemos algo de insular. Vivimos como encapsulados dentro de nuestra propia sequedad terrestre: ostras humanas. Asimilamos de la rudeza mesetil y del páramo altiplánico. Pedimos poco y producimos menos. Desvinculados del vértigo dinámico de nuestra época, transcurrimos en "tempo" lento, moroso. Vivimos demorados. Una tristura ancestral nos devuelve hacia adentro. Subjetivizamos en exceso. La voluntad se sustrae al impacto de la incitación moderna.

En cierto modo corremos peligro de perder la circunstancia presente y comprometer el porvenir. Podríamos quedar anclados en un tiempo de inacción y desórdenes, que gran parte del planeta ha vencido ya.

Estos males y estas fallas deben superarse. Nada hay que no pueda alcanzar una voluntad nacional enérgica y constante.

Criaturas del mar somos y de la tierra. La mitad de esencia náutica, la mitad cosa telúrica. ¿Cómo podríamos renunciar a cualquiera de ambos si nos son connaturales, irrenunciables por ley natural y por derecho humano?

Una hermosa cara ¿no tiene la movilidad del mar? Un cuerpo que se mueve armonioso ¿no evoca la plasticidad del oleaje? Un alma grande ¿no es como el abismo oceánico sin fondo y misterioso siempre?

Es que todo el enigma humano y su sentido trascienden en cierta forma al líquido elemento.

Y para ser bolivianos de verdad, hombres enteros, tenemos que tender al Mar lejano, inmenso, fuente de sabiduría, copa incolmable de riqueza.

Que el idealismo marítimo sea como un baño de honestidad y de frescura que vigorice los cuerpos y lave las almas.

Porque está escrito: la victoria acude al empeñoso, no al dormido. Y toda hazaña humana peralta su transcurso cuando el hombre se agiganta en su tarea, violenta al destino, y deja una huella tumultuosa en la memoria de las generaciones.

¡Oh pueblo boliviano! No te desangres ni extenúes en lamentable contienda fratricida. Elevate a un alto ideal nacional que te una y engrandezca como agiganta al mar el galope y el estruendo de sus olas!

## IX

Una perspectiva de actualidad. ¿Qué debemos hacer si se presentan manos que vienen en ayuda de Bolivia para volvernos al océano? Si la ayuda para resolver la cuestión portuaria viene de los E.E.U.U., aceptada. Si llega de Rusia, aceptada también. Si proviene del Brasil o de Argentina, mejor todavía. Los pueblos deben ser realistas y egoístas cuando se trata de sus grandes fines nacionales.



Y si la ayuda no viene de parte alguna, como es probable, porque el horizonte externo se cierra y se oscurece para el débil, entonces a fiar de nosotros mismos, extrayendo fuerza, impulso, prestigio del propio recinto boliviano.

Regresaremos al mar por el consenso americano o sin él.

Tocante al Lago Titikaka, que Tamayo con frase feliz designó como el corazón de Bolivia. Hombres de estado, jurisperitos, publicistas han explicado con amplitud el criterio nacional en torno a la soberanía, dominio, condominio y aprovechamiento de sus aguas. Aquí sólo cabe subrayar que si ellas van a servir para realizar grandes proyectos hidroeléctricos de trascendencia continental, el Lago Sagrado es el as de triunfo de los bolivianos.

Desde ahora y para siempre postulamos que toda tratativa para utilizar la energía industrial del Titikaka, debe consultar simultáneamente una salida al mar para Bolivia.

Y ésta es la línea inmovible hacia la que deben convergir la fuerza y el potencial de fuerza del país. El estaño declinante, el hierro del Mutún surgente, el petróleo y los oleoductos, las posibilidades futuras de la agricultura y la ganadería en el este y el noroeste, el dragado de los grandes ríos benianos, la naciente industria cruceña, el resurgimiento de la producción de minerales, la política vial y de transportes, la enseñanza pública y la tecnificación de las fuerzas armadas, la incorporación del campesinado a la ciudadanía responsable; todo cuanto signifique incremento de la producción, tráfico organizado de riqueza, progreso nacional, finalidad espiritual, debe concentrarse y potenciarse en un solo anhelo poderoso, irresistible de reintegración marítima.

No bastan la revolución social ni la planificación económica para conmover a un pueblo y lanzarlo a más alto destino. Es un ideal colectivo que contenga a todos y a todos cohesionen por encima de ideologías y rencillas. Es el espíritu, dador de vida. Es la fe, paridora de milagros. Es el sentimiento de nación que manda empujar la línea móvil del horizonte, cuando el horizonte se estrecha y lanza a hermanos contra hermanos.

No hay fatalismo histórico. No hay pueblos desdichados o perennemente a la zaga. Hay solamente sociedades nacionales en ascenso y sociedades nacionales que decaen. Demostremos que pertenecemos a las primeras, superando la discordia y el desorden, imponiendo la norma jurídica sobre el caciquismo y los disturbios, organizando la economía, frenando los abusos de poder, restituyendo a todos los bolivianos el pleno goce de sus libertades esenciales, para que cada cual se desenvuelva tranquilamente al amparo de la Patria y de sus leyes.

Entonces estaremos capacitados para responder al reto de la naturaleza y del destino, unidos y fortalecidos por la idea grandiosa que acerca y enaltece a los bolivianos sin exclusión alguna:

¡Enclaustrados, no. Libres y navegantes, sí!

## X

Sé de dos libros que el Estado debería reimprimir y distribuir gratuitamente, para que los bolivianos conozcan su historia y su derecho al mar. Son, en verdad, la biblia en la cuestión portuaria: lo analizan y plantean todo. Uno se nombra "Bolivia, su estructura y sus derechos en el Pacífico" por Daniel Sánchez Bustamante. Otro "El Problema Continental" publicado bajo el pseudónimo de "Prescott" por Eduardo Díez de Medina. Son de 1920 y 1923 respectivamente y no han perdido actualidad.

Cuarenta años atrás, Sánchez Bustamante planteaba como factor positivo para volver al mar, esta doble fórmula sagaz: interesar al yanqui, atraer al europeo. El yanqui está interesado en Bolivia, el europeo habita entre nosotros pero ninguno de ambos podría resolver por sí la cuestión marítima.

El mundo ha cambiado en forma prodigiosa, la vida internacional es más compleja y delicada. El derecho inalienable de los pueblos se mide, hoy, por el mirar de largo alcance de sus estadistas, por la dinámica positiva de su política, de su diplomacia, de su expansión económica y

comercial. Por la firmeza con que se sustentan los objetivos nacionales y por la habilidad en difundirlos.

Desde Grocio los "horizontes jurídicos del mar libre", abierto para todos, son una conquista de la humanidad. Ha llegado el momento de hacer saber al mundo que Bolivia mantiene su derecho inmanente a ese patrimonio sagrado.

Sin gimoteos. Sin mendigar. Porque ya no existen cenicientas en la América del Sur. Con voz clara y fuerte, con serena decisión. Interesemos no sólo al yanqui y al europeo, sino también al ruso, al japonés, al hindú. Toquemos las puertas del Asia: tal vez la China nos entienda mejor. Busquemos en el corazón del África, el continente que despierta, los principios de justicia que parece haber olvidado el occidente supercivilizado. Busquemos la amistad de todos, pactemos con cualquiera si ese entendimiento con las naciones ha de acortar nuestro retorno al océano.

Nuestra política internacional no debe ser pasiva y quieta, sino activa, ultradinámica. Inquietemos al mundo, provoquemos el juego de las Cancillerías, despertemos la conciencia moral de pueblos y naciones para que termine el injusto cautiverio.

¡Bolivia no puede subsistir aislada del Mar!

La economía, la ciencia, y la técnica, han cambiado los términos de relación en la vida internacional. La fuerza y el tamaño no lo pueden todo. En el mundo de hoy, que se transforma y se remodela, sujeto a tensiones múltiples y encontradas, donde el hombre ha sido interiormente conmovido y alterado, vemos cosas que parecían imposibles. La Cuba de Fidel Castro tiene en un brete a los Estados Unidos. Argelia trae tambaleante a la grande Francia. Y el pequeño Ecuador desconoce un tratado que considera injusto frente a un Perú cuatro veces mayor.

No es que se trate de incendiar el mundo ni de promover discordia en el ámbito sudamericano. Nada de ello. Pero Bolivia tiene derecho —derecho irrenunciable— a proclamar la verdad de su causa y la justicia de su acción. La Revisión del Tratado de 1904 y la salida al mar son como el eje de nuestra política internacional. Que ella sea activa, vigilante, que con serena firmeza ponga freno a las ambiciones del Brasil, y recuerde a Chile la necesidad de restituir lo que usurpó.

En suma: que en materia internacional Bolivia no aparezca como una barca a remolque de la navegación continental, sino como el joven navío valeroso que abra ruta nueva a la América del Sur.

## XI

Ni árbol. Ni piedra. Ni monte. Ni sosiego. ¡Navegante! Realicemos un doble crucero hacia la propia realidad y hacia el exterior descubrimiento. La tierra sola, por anchurosa y noble que sea, no devuelve completa nuestra fisonomía nacional; tenemos que asomarnos nuevamente a la orilla oceánica y ella reflejará la entera imagen redondeada de un pueblo infortunado pero no vencido!

Ya el Génesis, con palabra profética y simbólica, enseña al hombre: "...henchid la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces de la mar..."

Es el destino de los pueblos: caminar, navegar, moverse libremente por las grandes rutas terrestres y marítimas. Porque la vida es el movimiento y pueblo ni hombre será digno de sí mismo si se traba su desarrollo y se entorpece el ritmo de su andar.

¿Cómo y cuándo se abrirá la ruta que nos lleve del Titikaka alucinante al Pacífico sonoro?

Tal vez el adalid futuro es un niño que el aula mece con manos maternas. Acaso no ha nacido todavía. Pero llegará. Tendrá el mirar condoril, garra de puma. Será estadista, conductor civil, político y visionario. Como Thunupa, el de la leyenda kolla, cosiendo montes, devorando planos, uniendo el Titikaka y el Poopó, acaso para señalarnos el misterio cósmico de los Lípez, de los salares de Uyuni y de Coipasa, donde una inmensa riqueza y una felicidad futura aguardan a las generaciones que sepan labrar en la pelea de los días su propia grandeza creadora.

Ya el arúspice andino lo ha entrevistado en su verso metálico y lumínico:

"Como vuelven las hojas  
en el deshoje,  
y un sol que sobrecoge  
tras las congojas,  
vuelve un amauta  
en mí que ya fué antes  
un argonauta!"

Este es el destino de Bolivia: irremediable, inexorable, nítido: el Mar ha de volver a la Montaña, o la Montaña se moverá hacia el Mar!

Una como mística portuaria debe encender las voluntades y conmover los corazones.

Y esto no es farolería romántica ni chauvinismo banderizo. Es un deber inevitable. Es conciencia de responsabilidad frente al destino adverso. Es consigna de nación, fuego de patria.

## XII

La gran herida de Bolivia debe cerrarse un día. Acerquémonos a sus bordes sangrantes que manan fuerza, coraje, constancia, los tres rubíes encendidos para toda masculina dignidad.

Consagremos a la Patria, más amada cuanto más desventurada.

Que la melancolía cese, la inercia termine, y la quejumbre se desvanezca. Necesitamos una pedagogía viril y matinal que nos devuelva a la interior confianza y al respeto ajeno.

Bolivia sabe lo que busca y cuánto puede. Una serena espera creadora, fundada en el trabajo, en el orden, en la superior conciencia de nuestros deberes nacionales, hará el milagro de acortar el camino de regreso al mar.

"Mare nostrum, mare sacrum". Que ésta sea la primera plegaria y la postrera para el labio andino.

Mar nuestro, mar sagrado. Hay un rodar de olas y de espuma en la muchedumbre boliviana. Conducéla.

Porque está escrito: nadie puede ser el carcelero de su hermano.

Y si existe, verdaderamente, una familia americana de naciones, sea roto el cautiverio de Bolivia para honra de una América sustentada en el Derecho y afirmada en la Justicia!



Grabado de Víctor Delhez

“... y el combate no cesa jamás...”

### UNAMUNO, REBELDE IMPENITENTE

SINGULAR destino para un americano del sur llegar a España materna y magnánima. Como los hombres de las islas, del Egipto, del Asia Menor se aproximaban al propíleo ateniense en busca del saber iluminado de los griegos, la gente americana vive enamorada del milagro hispánico, sueña con sus victorias y su desventura, y nadie quisiera cerrar los ojos sin haber puesto antes la planta en la tierra ibérica todoparidora de hazañas y naciones.

A España la llevamos nosotros adentro, muy en lo hondo. Religión, cultura de ella nos vienen. La pesadumbre de su historia la hacemos nuestra. El esplendor de sus catedrales, palacios, y fábricas de cultura nimba el despertar del continente. Porque sin la proeza fundacional, sin la Colonia, sin la lengua inmortal, prieta de varonías, que Cervantes manejó fina y ceñida como la capa voladora del torero, no habría, hoy, una América pujante de habla española que tiene en Ignacio, Luises, Teresas, Lopes, Migueles, Calderones, Gracianes, Cides, Quijotes y Bolívares, la sal y el sol de la raza, toda ella de fuego y de relámpago. Como salida de la boca de Dios o en trance de profeta. Porque su carga de humanidad y de sentido empuja el horizonte histórico. Y al cabo el castellano sigue siendo arquetipo del gran señor, del varón cabal, dueño de su alma y de su hacienda, que casi no los hay ya en la sociedad moderna.

No hablaré de las grandezas de España: son excesivas. Ni es necesario hacerlo: las saben todos. El otro día me referí a Bolivia, mi patria. Ahora quiero hacerlo de España, la vuestra. Y para hablar de un pueblo ¿qué cosa mejor que proyectarlo a través de una de sus figuras representativas?

Elegí a don Miguel de Unamuno porque el gran vasco es el español universal, el que más hondamente hirió el corazón de los sudamericanos. Todos le conocemos y le amamos, aunque no todos puedan abarcar la vastedad de su pensamiento filosófico. Porque es gloria de España y de

América. Porque fue uno que creaba, creándose. Y el gran hombre debe ser evocado por su pueblo y por los otros.

Y no lo haré en conferencia académica, ostentosa, porque carezco de los recursos sinfónicos del orador sapiente. Permitidme entonces, que sea a la manera sencilla de las fantasías dóricas del caballero don Luys de Milán, cuya música de vihuela no buscaba el asombro, sino la comunicación espiritual.

Y a los hombres de España, verticales como árboles o espadas, y a sus mujeres dos veces famosas por su hermosura y su decoro, digo con labio fraterno.

—He aquí: un hermano del lejano sur viene a vosotros. No se cura de encomios ni desdenes: sólo pide ser oído. Porque la amistad, para ser verdadera exige diálogo cristalino. Y el diálogo cristalino es lo que viene faltando entre España y las Américas.

Y ahora hablemos de. Unamuno.

El escritor es un fenómeno cósmico, síntesis del mundo y del hombre. La función radial de la inteligencia lo desplaza incesantemente del centro a la periferia: todo lo atrae, nada le es ajeno. Su quehacer humano puede ser múltiple y diverso. Su ocupación literaria se compone de avances, retrocesos, microscópicos procesos fragmentarios, dudas sin fin, y al cabo desemboca en teoremas de luz que nadie sabe qué sombras, qué crepúsculos de sangre precedieron.

Como el teólogo en busca de Dios. Como el filósofo detrás de la verdad. Como el artista en persecución de la belleza. Como el guerrero siempre en pos de pelea. Como el técnico ensayando pacientemente sus mecanismos de perfeccionamiento. Como el político midiendo la estrategia de sus actos, el escritor, que muchos miran en aire de maestro, es en el fondo el eterno aprendiz, el caminante sin retorno.

El escritor lanza su reto al misterio. Pregunta sin descanso a los hombres y a las cosas. ¿Encuentra una respuesta? Nuevos enigmas le cierran el paso. ¿Termina un libro? Exhausto y melancólico deberá iniciar otro. Pero nada es la lucha con el mundo y con las gentes si se sondea el drama interior de la conciencia: allí se temple el alma que piensa, en medio a fuegos devorantes y abismos vertiginosos que suelen derivar en locura o frustración.

Él es su propio contendor.

Hermético, esotérico en la carga intencional de sus planteos, puede ser diáfano y sutil en la forma que se expresa. A unos parecerá el Arcángel, a otros Belcebú. Proteico y mudable como la naturaleza misma es comprensible tomado en una de sus manifestaciones aisladas, pero en realidad inasible en la vastedad de su obra integral. ¿Quién puede jactarse de conocer al hombre-Cervantes, por sólo haber leído todo lo que compuso Cervantes-escritor? No obstante lo mucho —y lo bello— que se ha escrito sobre el hombre del "Persiles", cuanto más lo releo y lo interrogo, sigo creyendo que don Miguel de Cervantes Saavedra, esa poza de sabiduría y de humanidad que engendra al insigne Don Quijote, es el mayor enigma vivo de la literatura española. Podemos admirar lo, comprenderlo a veces; pero nos faltan su inspiración angélica, su inteligencia penetrante, su poderosa voluntad creadora, el "pathos" subjetivo que lo inflamó, esa extraña combustión en que ardieron santo y guerrero, filósofo y aventurero, poeta y burgués, artista y soñador; nos falta, todavía, el mucho padecer, el contrastado vivir, el meditar hondísimo y tantas cualidades y circunstancias contingentes sin las cuales jamás se redondea la maravilla del genio personal.

¿Por qué cuando leemos una nueva biografía de Goethe —aunque conozcamos muchas— nos parece el personaje siempre novedoso y la materia seductora siempre?

Porque Goethe, como todo gran escritor, era también hombre insigne; y aunque muchos de sus iguales transcurren en silencio o en penumbra su quehacer individual, él tuvo la destreza de confundir vida y poesía hermanando la obra y el artista.

¿Pero quién es el necio que dirá que abarca y entiende al incommensurable Goethe?

Se puede presentir al escritor genial, abocetear con rápidos trazos su personalidad humana, aproximarse a las áreas más accesibles de su obra según el poder de captación de cada cual. Mas entender o señorear el conjunto fascinador de grande hombre y literatura insigne, creo que por lo menos requiere la dedicación de una vida. Lo demás es necedad, atrevimiento.

Vienen estas reflexiones a propósito de don Miguel de Unamuno.

Se ha escrito mucho sobre Unamuno en España y fuera de España. Famosas diatribas o encendidas apologías, pocas veces crítica de calibre. Libros de tendencia revisionista, artículos efímeros de revista y de periódico, ensayos volanderos. Salvando las naturales excepciones, gran parte de esos juicios se resienten de ligereza y malignidad. El genio polémico del Rector de Salamanca sigue librando batallas desde el sepulcro. Se le discute; se le niega más de cuanto se le admira; y a título del célebre espíritu de objetividad —morbo de nuestra época técnica y materialista— se pretende valorizar una de las más nobles y ricas aventuras del pensamiento en nuestro siglo, sometiéndola a la disección geométrica del lenguaje y del estilo.

Las ideas y los libros de don Miguel tienen vigencia actual, en España y en la América del Sur. El alto varón que vivió transido y despavorido por la inquietud de eternidad, el fogoso demoledor, el metafísico profundo, poeta, pensador y dramaturgo se han reducido —para muchos— a un simple tema literario, a un problema de composición. Como es azaroso hablar de su ideología, los zoilos se aproximan "neutrales y objetivos" al mecanismo idiomático y poético. Ya no se discute sus ideas, sino la forma cómo las expresó. Se ha llegado a decir que era un escritor incorrecto, ignorante de la sintaxis. Se le acusa como a Dostoiewski en su tiempo, como a Balzac en el suyo, de no saber escribir. Al hombre se le empequeñece exhibiendo la miseria de su vida cotidiana, como si no fuese mísera toda existencia humana.

Esta tendencia revisionista, injusta y superflua si las hay, nos ha indignado en Sud-América. Amamos y admiramos al maestro, con sus defectos y pequeñeces de hombre, con sus yerros y contradicciones de escritor. Y nos parece indigno de la gloria de España, que enanos enfurecidos se trepan a las barbas del gigante dormido para turbar su sueño y oscurecer una fama que los anega.

Pienso que no se puede encerrar el mundo unamunESCO en la redoma de una conferencia o de un ensayo. Pido pues disculpa por estas breves notas desordenadas, que no tienen otra pretensión que la de actualizar el caso Unamuno visto desde el ángulo sudamericano.

Sería interesante un estudio comparado de Unamuno y de Ortega. Unamuno es la vida, Ortega el arte. Este compone isócrono, perfectísimo como aparato de relojería; lógica y elegancia son sus armas. Tiene los claros ojos abiertos del griego. Aquel irrumpe desbordado, torrencial, rico de durezas y contradicciones, perplejo y dubitante como el hombre mismo en toda circunstancia de su quehacer esencial.

Se diría la clásica oposición del filósofo como artista y del pensador litigante.

Conozco y reconozco las arbitrariedades gramaticales, los desenfados técnicos y estilísticos de don Miguel. Pero aun así, indisciplinado y voluntarioso, soportando el doble embate del equívoco que aminora, de la exageración que desvía, prefiero este arquetipo del escritor directo y recio, polémico y pugnaz. El que no se ocupa de vencer ni teme a la derrota: el buen combatiente, cuyo oficio es esgrimir la pluma sin tregua, sin morosos deliquios, porque su sino es uno de verdad y de constancia.

Aunque no conociéramos al hombre que compuso sus libros, para entenderlos hay que intuir o adivinar qué personalidad potente y rara late detrás de esas ideas.

Bien mirado ¿qué es un escritor? Aunque sea vulgar la imagen, el espejo de un alma; pero en el azogue se proyecta asimismo, con la transparencia del alma, el horizonte abismático del mundo y de la vida. Por eso decía que el escritor, fenómeno cósmico, es un reductor de realidades y apariencias que transmuta en síntesis logradas al lector. Muchos no alcanzan a sorprender el cóncavo misterio del espejo en que se mira un alma, entretenidos en reproducir las formas del

marco que lo encuadra. De aquí el absurdo de pretender explicar a Unamuno por la gramática, la estilística, o la semántica. ¿Quién buscaría hoy las leyes de la prosa artística en el desgarrado Dostoiewski, que es sin embargo el mayor novelista del orbe eslavo?

Mal síntoma para una literatura y para una generación detenerse en la exterioridad formal de una obra intelectual, cuando no se absorbió la esencialidad creadora ni el mensaje normativo que la mueven.

Cierto que Azorín, Miró, Valle Inclán, maravillosos estilistas, deleitan el espíritu. Músicas encantadas. Pero Unamuno es el maestro de energía, el profesor de carácter, heredero del remoto Sócrates, nacido para indagar y atormentar a los demás, porque él mismo es un atormentado indagador; un "buscador" en el sentido profundo del vocablo, que se lacera, se destroza, se recompone y se vuelve a desgarrar en pos de esa quimérica unidad del ser y el quehacer. En esa discordia civil de la conciencia que ninguna alma verdaderamente libre —y grande— llega a superar.

El exagerado "yoísmo" de don Miguel, su ambición desapoderada, su personalidad desmedida, sus arranques repentinos, sus desplantes de torero en la plaza, son posturas y trucos de gran escritor, genialidades de varón osado, que se deben comprender aunque no se justifiquen; porque al cabo ¿no es todo espíritu superior un grande actor? Nadie alcanzó la suprema fusión de arte y vida como el olímpico de Weimar, con preciso concierto de los hombres, de los acontecimientos, del mundo y de la propia creación. Pero es que al gran vasco no le interesaba edificar su vida y su leyenda a regla y compás. Y éste es, a mi juicio, uno de los sabios aciertos del escritor español: no quiso ser perfecto sino fidedigno. Como su España eterna que nadie someterá tras de las rejas, porque tres leopardos bermejotes le guardan los pies: la verdad, la libertad y el coraje.

Acaso todo el error proviene de no haber comprendido que la clave de interpretación del mundo unamuniano, está en el dualismo indivisible de hombre y escritor. ¿El escritor-Unamuno? Estudiad también al hombre-Unamuno. Y sólo en esa doble percepción de alma inspirante y obra realizada se entenderá mejor el río turbulento en que navega el vasco hurraño.

Desde luego: objetivamente, con ese helado desinterés que hoy se reviste de cientifismo, no se puede; uno aproximar a Unamuno, escritor volcánico, todo llama y pasión, pura interioridad. Y es que el orbe del gran subjetivo no es accesible al frío desmontar del analítico impasible: Tan lejos ha llegado la incompreensión de los críticos, que se habla de la "Frialdad unamuniana", su "naturaleza positivista", su "conmoverosa ingenuidad" y otras lindezas. He leído crónicas en que se alude a su literatura falsificada, a su afán de exhibicionismo, a su incapacidad para componer dramas, poesías y novelas.

Los que así hablan son los enemigos del hombre- Unamuno, que por antipatía a la persona niegan toda excelencia al escritor. ¿Y quién será el aristarco que hoy se atreva a definir los géneros literarios en rigor crítico después de Pirandello, de Eliot, de Kafka?

Se le reprocha el famoso "estilo conversacional" tan grato al pensador vasco, porque carece —afirman— de la belleza y elegancia de una prosa artística, elaborada con todos los ingredientes y las reglas todas del bien decir. ¡Pero es que iba a reparar en preciosismos idiomáticos don Miguel, si la hermosura viva de su habla, la plasticidad de su estilo, el nervio y brío de su pluma son el ímpetu y la espontaneidad, corceles indomables!

Aquello de que fué "más emotivo que científico" a mucha honra. A la velocidad que se transforman, hoy, ciencia y técnica, el ensalzado dura poco y es rápidamente substituído por otros titeres fugaces. El hombre de sentimiento queda, si no para siempre, para muchas generaciones. Porque es más difícil sentir que saber. Y no es la precisión hermética del sabio; no es la mecánica segura del técnico; no son teoría, abstracción ni esquemas fríos y lógicos los que mueven el numen imponderable del escritor. Ciencia y técnica cuentan menos que religión, idealidad, fantasía, sentimiento y sensibilidad. Lo dijo San Pablo: suele ocurrir que la letra mata el espíritu. Y a veces el rigor de lo científico aniquila o deshumaniza al hombre; y entonces el que escribe, para sentir mejor y manifestar con acento ternísimo su íntima congoja, insurge contra su época, se vuelve arbitrario, descuidado, parece mal informado, contradictorio; y en medio de enigmas y puerilidades aparentes, aun paralógico y desenfadado, sugiere siempre más de lo que dice.

Bendito don Miguel de Unamuno que supo la ciencia fuerte de ligar las razones del corazón con las regulaciones de la inteligencia. Fué un gran emotivo, y ésta es una de sus mayores virtudes. Por eso no le aman ni lo entienden los partidarios del "horno theoreticus", del que sólo quiere conocer objetivamente el mundo; del que, como apunta Spranger, se consume como ser físico para alumbrar el puro mundo mental de una coherencia fundamentadora, pero que, por ese mismo exceso de intelectualismo, corre el riesgo de reducir el mundo a una simple abstracción, a un esqueleto de conceptos.

No: Unamuno nada tiene que ver con teóricos ni científicos.

Hay quienes piensan que la serenidad es la condición de toda cultura. Unamuno responderá que la vida es agonía, conflicto, lucha en suma y que conturbados, al empuje de encontradas olas, transcurren el hombre y su pensamiento. Porque la cultura no se petrifica, es cosa viva, en eterna fluctuación, desgarré y crecimiento. Y el hombre que la expresa tiene que ser también criatura de dolor, de dudas, de inquietud.

Afirmase que el Rector de Salamanca ignoró la armonía porque no gustaba de la música. Pero tiene Unamuno páginas, trozos bellísimos de recóndita musicalidad, de un como secreto dominio del ritmo. Esa alta virtud armónica ¿suena para todos? Seguramente, no. Unamuno que conoce las leyes del orden mágico del desorden, sabe asimismo los registros que llevan a la melodía y al contrapunto. Saberle escuchar! Y a los que dudan de la riqueza audible de su obra literaria —¡él que manejó la lengua de Castilla como nadie!— los remito al poema Aldebarán, áspero, frío, cortado en ángulos violentos como gema bien tallada; pero así como la gema, si se la mueve un poco, empieza a despedir chispas cromáticas, "Aldebarán" tan luego como se habitúa el oído —y ésta es condición general de la música clásica— va revelando su concierto melodioso de sonidos. Tiene la unidad interna, la belleza de proporciones, la clara y noble elegancia de una fuga de Bach.

¿Un compositor literario, un melodioso de la lengua, un estilista? El gran vasco ni lo fué ni quiso serlo. Mas en sus registros expresivos, en el vuelo de las imágenes, en tintas y matices de su prosa ardida, o en la dureza diamantina de sus versos, duermen músicas inauditas no por lejanas menos evidentes. Leed, releed a Unamuno, aprended a recoger la recóndita armonía de su estilo, y se sabrá cómo sin pasar por los primores del compositor instrumental o del operista, don Miguel supo captar y transmitir el espíritu alado de la música.

Es que en esto de juzgar o encuadrar el alma hay que ir con tacto. No se puede medir una personalidad desmedida, compleja, fabulosa como la de Unamuno con vara de tendero.

La prueba de su perdurancia está en que, veinte años después de su muerte, se le sigue leyendo y discutiendo en España y en América. Unamuno y Ortega siguen siendo los autores hispanos más leídos en Sud y Centroamérica como lo demuestran las constantes reimpresiones de sus obras.

Su modernidad es otra fase de perdurabilidad. Hoy se pide hechos, sobriedad, concreción. La economía expresiva. Unamuno que vivió desinteresado de primores literarios —aunque los tiene— anticipa la manera severa, directa de nuestro tiempo. El "estilo conversacional" que le placía, su modo seco y rudo de manifestar las ideas, ese su estilo descarnado y sintético, es justamente lo que anda en boga. Así don Miguel resulta de mayor actualidad que los preciosistas del 98. Porque transmite vida, fuerza, estímulos palpitantes que brotan de la sinceridad con que piensa y de la rapidez fulminante con que manifiesta sus ideas.

¿Qué es lo esencial: aprehender la metafísica del escritor o la psicología del hombre?

Este es el problema. Unamuno-pensador, Unamuno-escritor, no es un simple asunto de estilo; es el drama hondísimo, en cierto modo irreveleable, intuible sólo a quienes conciben la lucha del alma con su destino. Siempre sola aunque se esfuerce en vivir acompañada. Y aquí está la explicación de aquella soledad, de aquella tristeza irremediables —angustia de culpa en Kierkegaard, agonismo trágico en Unamuno— que no entienden los ligeros, porque imaginan que un hombre con diez hijos, hogar tranquilo, que busca el café, la cátedra, la calle, la conversación



sin tregua, ansioso de oír resonancia a sus ideas, tiene que ser, obligadamente, un ente sociable, comunicativo y expansivo. Porque don Miguel se pasó la vida conversando, discutiendo, escribiendo y polemizando, se le niega el derecho de ser un solitario. ¿Es que grandeza espiritual y sociabilidad se contraponen? ¿No admiten ciencia y experiencia que una persona puede contener dos, tres tipos humanos que coexisten simultáneamente en un mismo individuo? El hombre, cosa inmensa y ondeante ¿se ha de reconocer sólo a través de la minúscula malla de los pequeños hábitos cotidianos?

Unamuno hombre, ciudadano, padre de familia, amigo era una cosa. Unamuno-pensador y escritor otra muy distinta. Pocos divisan el drama del verdadero talento creador. Jacob lucha con el Ángel y el combate no termina jamás, porque cesa en el alba y se reanuda inexorable a la caída de la noche. El escritor lucha sin descanso con el dragón que lo devora cada día. Pocos, muy pocos salieron vencedores de esa lidia. Unamuno, en verdad, ha sido un perdedor ¡pero qué perdedor! Si la historia sólo se acuerda de los victoriosos, la literatura no olvida a los grandes infortunados del pensamiento.

En la obra inmensa y varia del Rector de Salamanca, aun así, trunca y dispersa, contradictoria y enigmática, apasionada o arbitraria, relampagueante siempre de humanidad y sentimiento se recoge la lección tenaz de los grandes desesperados: por la soberbia a la humildad, por el dolor a la alegría, por el combate a la quietud final. ¡Qué iba a ser positivista don Miguel si toda el alma se le fué en puro idealismo y proezas quijotescas!

Ha sido el último romántico del siglo XX.

Sólo cuando el frío postrero paralizó sus ojos de búho, pudo Unamuno comprender que la batalla estaba terminada. Porque ese fueron su destino y su legado trascendente: la vida es un combate y sólo merecen perdurar los que pelean sin temor a la derrota. Así Unamuno —hombre, artista, pensador y escritor— se condensa y se afirma finalmente en un tremendo luchador, capaz de negarse y rectificarse cien veces a sí mismo, con tal de sostener su vigorosa aptitud de indagación, su pasión por la duda, sus veleidades críticas, la búsqueda porfiada de la verdad que nunca encontrará.

Y es que en la lucha con el Ángel el vasco genial jamás vió la cara del adversario porque lidiaba en la profunda oscuridad.

Un escritor no es, tan sólo, un problema de construcción literaria, por mucho que la gramática, el estilo, giros idiomáticos e imágenes pertenezcan a la ingeniería secreta del que escribe. Hay que sondear también en el espíritu que mueve una pluma, en la voluntad ansiosa de conquista y comunicación, en el pensamiento desgarrado por la conciencia dubitante, en el modo particular cómo cada uno enfrenta el mundo y sus problemas, a través de su propia e intransferible transitoriedad.

El escritor es más una revelación del espíritu que un problema de estilo.

Pasemos a otro aspecto. Árbol que da mucha sombra ha de temer a la envidia. ¡Qué páginas compuso el maestro —en la novela y en el ensayo— sobre el primer pecado capital! Unamuno molestaba en España. Como Mariátegui en el Perú, Lugones en Argentina, Tamayo en Bolivia. La personalidad excesiva ofende y aminora a la inteligencia común. Y son éstos, los inteligentes normales, los que niegan a don Miguel; son sus negadores la España tradicional y oficial, el señor y el señoritingo, el crítico de pacotilla y el ensayista tonto-grave, el intelectualoide y el publicista ambicioso; todos cuantos no soportan el análisis despiadado, la palabra admonitoria, la búsqueda dolorida, el gesto rebelde, el pensamiento viril y desbordado del gran vasco que, fuerza es reconocerlo, fluye por una doble corriente de genialidad y teatralismo.

A la luz del sol Unamuno incomodaba a los liliputienses, que siempre querían verlo en tierra y amarrado. Desde las sombras del sepulcro su espectro se levanta y quita el sueño a los majaderos y a los dómines.

Se pudo admitir el talento de Unamuno, pero encima la estatura humana de Unamuno, era mucho espectáculo y carga por demás. Lo que no se perdonaba al hombre debió pagar el escritor. Lo que deslumbraba en el escritor se quiso rebajar con las flaquezas personales. Y es la triste

historia de toda eminencia: la grandeza se expía en el dolor, en la incompreensión, en la trágica soledad del resistido.

¿Quién sabe que en el fondo Unamuno era una isla?

Los libros que compuso el Rector de Salamanca quedarán —especialmente los filosóficos y los de ensayos— no por la vigencia de teorías, tesis o doctrinas que en verdad Unamuno se despreocupó de construir. Bien mirado, si se exceptúa a filósofos y estudiosos especializados en el tema ¿cuántos son los que podrían explicar el sistema de Kant o la ideología hegeliana? Los vastos sistemas filosóficos, como las grandes epopeyas literarias se leen, se discuten en círculos cada vez más reducidos. En cambio el ensayista, el pensador moderno, muchas veces trunco, disperso, fragmentario, contradictorio, influye con su dinamia mental en áreas cada vez mayores de lectores, precisamente por su poder de síntesis, por su ímpetu de incitación, por la rápida y precisa transmisión de sus ideaciones. ¿Pero es que el mundo de hoy —todo fuga y cambio y sustitución— puede reducirse a un esquema geométrico de conceptos? Si el acontecer humano fluye y se desborda en sociedades en expansión, que la ciencia y la técnica transforman cada día ¿de dónde los esquematismos perfectos, las fórmulas exactas, las supuestas filosofías que satisfagan el ansia de saber y de dominio del hombre?

La modernidad de Unamuno, el sentido de futuridad de sus escritos, consiste, justamente, en que abandonando el plano canónico y estricto de los géneros literarios, quiso hacer filosofía, ensayo, teatro, crítica, novela, poesía con desenfado, casi conversando. Con ese modo suyo inimitable que bascula entre confesión lírica, discurso didáctico, y literatura borboteante de vida y de color.

Tocante a sus libros. No creo que sea, éste, el momento de analizar el mensaje de cada cual. Sólo diré que "El Sentimiento Trágico de la Vida" y "Agonía del Cristianismo" —sus dos obras más densas— tienen la fuerza de choque para interesar al lector más indiferente. Su búsqueda de Dios, su angustia religiosa, su rebuscar en los textos sacros y en el racionalismo moderno, su ávida interrogación frente al destino y la finalidad del hombre, son la fuente viva, eterna, de toda sofía. Relámpago y abismo. Si el poeta se hunde en la espesura teológica como venablo ardiendo, el pensador saldrá rasgado y desazonado de preguntar al misterio. Porque está escrito: nadie conocerá a su Dios ni la verdad que lo trasciende. ¿Heterodoxo a la desesperada como afirma uno de sus biógrafos? No. Amenazado por la rigidez del dogma y la aridez del ateísmo científico, Unamuno que como buen español es buen creyente, buscó abrirse camino por sí solo. No es que quiso negar la ortodoxia ni aminorar la majestad de la Iglesia, en su profundidad esencial, sino que a tanto cargar el acento sobre lo humano descuidó el mensaje divino que las respalda. El pecado del intelecto —dice el místico— es el pecado satánico de querer comprenderlo todo y alcanzar las verdades más altas. ¿Pero no nacieron de grandes pecadores fuertes santos? ¿No es el mejor creyente el que duda, se extravía, se recupera y vuelve a perderse en la tortura del anhelo infinito? ¿No es alma religiosa la que pregunta y se castiga con la hondura de la propia duda?

En cierto modo, la inteligencia es el pecado original. El escritor el sempiterno expulsado. Pero a nadie desearía yo los infiernos de vacío y de tristeza que Unamuno cruzó al escribir estos dos libros magistrales, Y aquellas páginas ardidadas, controvertidas, no siempre aprobables pero admirables siempre de "Mi Religión y Otros Ensayos".

La intuición del sentimiento lleva a don Miguel a la fe. El escepticismo filosófico a la duda y a la crítica. Es el conflicto eterno del poeta y del pensador. ¿Quién arroja la primera piedra? Creemos y dudamos todos. Muy pocos, como el gran vasco, tienen la honradez de exponer el problema en su pavorosa y descarnada desnudez.

También de Goethe se dice que como autor teatral falló, porque sus obras son difíciles de representar. Y sin embargo qué vigor en los caracteres, qué vivacidad en la pintura de pasiones y costumbres! He visto pocas veces representar obras de don Miguel; las he leído y releído todas. Confieso que aunque sus di criaturas teatrales no se mueven en un mundo tan elaborado, como los que buscaron para las suyas Ibsen o Pirandello, ellas son inolvidables. Ocurre lo mismo que en la novela: Unamuno se sacude de ortodoxias y de cánones pero qué personajes estupendos, qué pasiones hondísimas, qué manera genial de contraponer los caracteres y sacar les el alma de cuajo!

Es que no sabemos leer, no sabemos gustar. Por eso se niega el teatro y las novelas del Rector de Salamanca.

¿Qué diremos del poeta? Que todavía no ha sido a descubierto por un crítico genial.

¿Y del ensayista, del crítico, del narrador, del polemista? Habría para llenar un libro si fuésemos a valorar sus excelencias y sus flaquezas que naturalmente las tuvo.

Yo me atrevo a recordar que amigos sudamericanos —de diversos países y de distinta procedencia social— me confesaban que preferían un libro de Unamuno, antes que otros autores famosos clásicos o modernos. Porque pensador y escritor los ganaban con su fuerte originalidad. Porque los incitaba a la meditación profunda y a la empresa atrevida. Porque decía cosas y planteaba problemas que no encontraban en otros libros.

Nunca olvidaré lo que me dijo cierta vez un estudiante boliviano después de discutir largamente sobre "La Vida de Don Quijote y Sancho":

—Cuando leo un libro de Unamuno y su pensamiento me cautiva, cierro los ojos y me parece ver volar un halcón joven por el cielo. Me maravillo. Pero si tropiezo con un concepto, con una idea, con una paradoja que mi razón rechaza, cierro los ojos y en vez del halcón joven veo un cóndor que cae con las alas rotas. Y entonces, aunque no haya seguido la parábola de su vuelo, respeto su caída, porque para subir tan alto tiene que haber sufrido mucho.

No creo que Unamuno acumulara citas, nombres y pensamientos —como tanto se le reprocha— por mero afán de erudición. O para ocultar el debilitamiento de su discurso. El gran escritor siente afluir naturalmente a su pluma el saber ajeno. Recuerda a los otros, los niega o los afirma, los necesita como punto de sustentación, como ángulo de referencia, como toque mágico de luz que ha de iluminar las penumbras crepusculares en que se fatiga el pensamiento. No es fosforescencia de rebote, no es cortina de humo. En época de clausura como la nuestra, que arrastra materiales acumulativos largamente elaborados, que pone en la memoria el acento del saber, es perfectamente comprensible que el hombre de letras se manifieste vivo, relacionado, saturado de notas, al reminiscencias y confrontamientos con el pensar de los demás.

Unos, más elegantes, dosifican el apoyo evocativo. Unamuno, enérgico y desnudo —desorbitado en veces— dice todo lo que recuerda y lo vuelca torrencial sobre el lector.

En el escritor vulgar, esto se llama pedantería. En el pensador genial es un derecho que nace de su fuerza.

Ahora un paréntesis que tiene que ver con la pedagogía colectiva. ¿Por qué en España se exalta a en exceso a los reyes y se aminora a los escritores? En el Imperio hay tanta luz como sombra: en el campo de la idealidad hasta de la penumbra sube un aura refrescante que enseña y vitaliza al pueblo. ¿Por qué se niega a Unamuno? ¿Por qué la ignominia del entierro de Ortega? ¿Por qué muchas obras se tienen que imprimir en México? Sonará a blasfemia, no lo sé. Pero yo diré aquí que para gloria de España, los desmanes de Carlos V y sus batallas en Flandes, en Francia y en Italia, no valen, para el reino del espíritu, lo que un libro de Unamuno el inconforme o un ensayo de Ortega el descontento.

Se me dirá: ¿de dónde viene el afecto de los sudamericanos por Unamuno?

Respondo. Aparte de la natural simpatía y admiración por la vasta obra del pensador y del escritor, por su figura humana. Por su varonía. Por su rectitud esencial. Por su actitud de denuncia y de protesta constantes. Por el quijotismo con que hiere y se deja herir. Por su actitud tenaz de reformador.

Unamuno es un prócer civil. Un vigía de lo nacional. Un conductor espiritual para todos los pueblos de habla hispana.

Quiso el maestro una España más libre y más activa y una humanidad mejor. Por eso combatió, solitario, empecinado, contra todo aquello que amarra o veneno para el hombre. Frente al señorío inerte pidió una voluntad realizadora, que se sacudiera de molicias y frenos inveterados. Si antes fué anti-monárquico y anti-clerical, hoy habría resultado desafecto al comunismo y contrario al capitalismo. ¿Es que no hay otro camino para los hombres que resultar esclavos de los rusos o imitadores de los yanquis? No tal. España y Sudamérica tienen raíces de libertad y de justicia que ninguna fuerza foránea podría extirpar.

Pero para cumplir ese destino grandioso de libertad cristiana y organización democrática, para ser dignas del nuevo humanismo que toca a sus puertas, para salir de la miseria y la ignorancia que impiden su progreso, España y la América del Sur necesitan una prédica de acción y de mudanza. Una general conmoción de los espíritus. Una transformación radical de las instituciones y de las costumbres. Porque no se puede subsistir ni resistir las tremendas presiones del nuevo mundo técnico y científico que surge de los laboratorios y las fábricas, si no se empieza por adaptar al hombre a la moderna ingeniería social.

Más que Costa el dolorido, más que Ganivet el inconforme, más que Ortega el descontento, Unamuno es el eterno rebelde, el revolucionario del pensamiento. Y diría algo más: este angustiado buscador de Dios; este demolidor de ideas y de ídolos; este fabuloso luchador contra las cosas y los hombres; este implacable censor de la España que llevaba despedazada dentro; este reconstructor genial que quiso con sólo la voluntad germinadora del verbo castellano hacer de una patria un pueblo en marcha; este rebelde impenitente, jamás curado de agravios y contiendas; este atormentado pensador y este sutilísimo poeta, son en verdad la conciencia de España hecha hombre.

Al rendir homenaje a la memoria y a la figura de don Miguel de Unamuno, en nombre de los americanos del sur, hago votos para que el diálogo de la comprensión y de la convivencia fraternal se reinicie de una vez para siempre, entre la España peninsular y la España peregrina. Que la violencia y el rencor terminen para siempre. Que la clarividencia y la prudencia de los estadistas hagan posible la reconciliación cristiana que pide la grandeza de España.

Después de la guerra civil aciaga, que toda gente de cultura hispana sintió como tragedia propia, no queda otro camino que la generosidad que anuda y consolida. Ni vencedores ni vencidos: solamente constructores del resurgimiento español.

Así queremos ver a España en el futuro: a la de vosotros, españoles; a la de nosotros, sudamericanos; a la España eterna del mundo y de la historia. Fuerte, grande, magnánima y pacífica. Unida en la desgracia, compacta en el esfuerzo. Serena y cristianísima en el trabajo reparador que dilata sus victorias.

Por la gloria de España inmortal. Así sea.



Grabado de Víctor Delhez

“... renace y se peralta de su propio fuego...”

### UNA NOCHE EN EL PINCIO

EN el café "Rosati", sobre Piazza del Popolo, desde donde se divisa la fronda armoniosa del Pincio, he asistido a una encendida discusión que después ha proseguido por los jardines del famoso paseo romano. Se trató del Premio Nóbel de Literatura que la Academia Sueca asignará en octubre de 1959.

En Roma el verano no es tan opresivo como en otras capitales europeas. El mar está cerca y la ciudad salpicada de colinas crea corrientes de aire que refrescan la atmósfera. Después de escuchar el "Lohengrin" en el fantástico escenario al aire libre de las Termas de Caracalla, caemos al "Rosati", punto de reunión de escritores y de artistas.

Noche templada. Aire tibio. Rasgan el cielo aviones aislados que recuerdan con sus luces bicolors que el hombre no duerme. No sé si son los tilos, los pinos o las hayas, pero un perfume sutil invade el olfato. Habría sido delicioso estar solo, entrecerrar los ojos, beber lentamente el café, soñar... Pero somos ocho en torno a dos mesas y es imposible abstraerse: tres amigos italianos, un inglés, un francés, un ruso exilado y dos sudamericanos. Siete escritores y un pintor. Es natural que la conversación desemboque en el Nóbel.

No reproduciré en integridad la interesante discusión, ni pretendo reflejar la intensa movilidad del diálogo. Me limitaré a recordar algo de cuanto se expresó en torno a un tema que todos los años, al aproximarse el mes de octubre, apasiona a los círculos intelectuales.

He aquí en parte lo que se dijo y una sencilla idea que me vino después de la movida "serata" al pie del Pincio.

El primer tópicos es ya un desacuerdo. ¿Cumple o no cumple la finalidad buscada por su creador el Nóbel? La mayoría piensa que no. Institución mundial por su alcance geográfico, es sospechosa de lamentables preferencias e inaceptables omisiones. Desde que se adjudicó el primero a Sully Prudhomme, el último a Pasternak ¿cuál está libre de polémica entre casi sesenta que se dieron? Pocas veces los premios respondieron —en literatura— a la intención del fundador.

—Fué estúpido —dice el escritor inglés— elegir al francés cuando existía Tolstoy.

—Peor es lo de Pasternak— replicó uno de los italianos—. Todavía Prudhomme fué poeta exquisito y pensador sereno. Pero el caso Pasternak no tiene explicación separado de la órbita política. Apartando algunas páginas geniales, ciertas descripciones, "El Doctor Zivago" es un novelón mediocre, mal hilvanado. Sus poesías, bueno: hay miles de poetas como Pasternak.

Otro se pronunció por el satírico y penetrante Ehrenburg. Fué rebatido. Un tercero opinó que, alejado de todo propósito político, no encuentra en la actual literatura rusa ninguna luminaria.

El Nóbel se ha dado a poetas, novelistas, filósofos, dramaturgos, historiadores, ensayistas. Salta el primer candidato de la noche: ¿por qué no a Huxley, el más universal y versátil de los escritores ingleses? Verdad que después de "Contrapunto", de "Amarillo de Cromo", de "Antic Hay" —obras magníficas— sus relatos novelescos han derivado en ensayo, crítica, crónica razonada; pero el ensayista ha intentado registros nuevos en la prosa actual: "El tiempo y la máquina" es un dardo de luz. Y Huxley sigue tocando temas, pasando de la ciencia a la filosofía, del arte a la literatura, con prodigiosa alacridad. ¿Qué cabeza más representativa del sincretismo moderno?

—Es un enciclopedista —alega un italiano— frío, impersonal.

Y el inglés responde al punto:

Entonces usted no ha leído el análisis de los cuartetos de Beethoven en el "Contrapunto".

Claro que por ahí andan varios otros. Graham Greene, muy en boga, muy al gusto moderno, novelador de tesis, enamorado de la Gracia aunque se complazca en lo feo. Ceñido de estilo, ingenioso en el desenlace. Escritor sin horizonte —para otros— cuyo catolicismo no tiene las raíces sólidas de Chesterton o de Belloc. Con todo: espléndido escritor. O Joyce Cary, el psicoanalítico. O Evelyn Waugh, penetrante narrador. O Charles Morgan, tan fino, tan sutil, que con sólo "Retrato en un Espejo" y "Sparkenbrook" consagra una maestría singular en la novela.

Muertos Werfel y Weichert, Alemania sólo puede dar filósofos. Habría que escoger entre Heidegger, Jaspers o Jaeger.

—Hay valores nuevos —dice uno de los italianos— como Junger; pero son jóvenes y no tienen, todavía, resonancia universal.

De la China lejana se elige a Lin Yu Tang. Se le reprocha la facilidad excesiva, la sencillez deliberada de ensayos y novelas. ¿Pero se le ha leído bien? Tiene páginas soberbias que rayan en la más alta jerarquía estética y pensante. Lin trae una tensión de humanidad constante. Irradia. Quiere llegar a todos, por eso evita la profundidad y la retórica.

Tocante a la literatura de escándalo, deliberadamente pornográfica, de ostentoso cinismo, es —se afirma— el espejo de las sociedades en descomposición. Ni el D'Annunzio novecentista fué tan lejos en el crudo análisis de las almas, como lo hacen hoy buenos y malos narradores. Nabokov, el de "Lolita" ¿no es un monstruo de cerebración equívoca? La Sagan, Pamela Moore, Grace Metallous, ¿cómo podrían alcanzar la suprema elegancia de Choderlos de Laclos o del in moralista Gide? Sus descabellados personajes que encarnan la frustración del espíritu moderno, carecen de vuelo psicológico. Los autores modernos más sucios de alma, más cínicos de expresión, crean pequeños monstruos aberrados que no valen nada pero expresan una cierta modalidad de nuestra época. Basura.

Alguien sugiere que si hubiera un Nóbel de lo escandaloso habría que asignarlo al detestable Peyrefitte.

Mi amigo sudamericano —volviendo al tema central— da su candidato: Zilahy Lajos, el húngaro. Fundamenta por qué lo conceptúa un gran novelador, desde la brillante "Primavera Mortal" hasta el dramático tríptico de "Los Dukay".

—Es toda la fábula humana —agrega—.

El francés lo descalifica con una sola palabra:

—Pasatista.

Y sostiene que el Nóbel debe regresar a Francia. Porque Camus —a su juicio— vale menos que Sartre.

Yo intervengo, defendiendo a Camus. Sostengo que entre Sartre, el negador, el nauseabundo, y Camus, el rebelde atormentado, pero siempre lúcido, no hay paralelo posible: ni en el fondo ni en la forma. Sartre es infernal, Camus el ángel caído que intenta redimirse a través de su propia angustia.

Pero el francés no quiere discutir. Insiste que aunque se niegue idealismo, valores técnicamente literarios a Sartre, todavía Francia tiene a Cocteau, el niño maravilloso que ha hecho de la vida mitos, de éstos una pura figuración lineal, llevando nuevas expresiones al teatro y a la poesía.

Tampoco Francia obtiene unanimidad. Pasamos a España. Con toda su autoridad científica, se descarta al candidato oficial: Menéndez Pidal. Es un erudito —apuntan— no un creador. Muy superior es Azorín. Aunque aparezca inactual porque pertenece a otra época, la que clausura la invasión de Polonia en 1939, se reconoce que el maestro español es todo un escritor, un artista primoroso; no le faltan profundidad ni inventiva. Los europeos lo ignoran. Los sudamericanos lo defendemos con calor. Como psicólogo y estilista raya muy alto. Intelectualmente aventaja en mucho al premiado y monocorde Juan Ramón Jiménez.

¿Azorín, pero quién es Azorín? De los ocho concurrentes, sólo dos —los sudamericanos— lo hemos leído. Los otros seis, aun siendo gentes cultas, escritores, no dan cuenta ni del nombre.

Se recuerda a otro gran "traicionado" —es la palabra— porque se le escamoteó un premio que le pertenecía: Steinbeck, que mejor que Faulkner o Hemingway expresa con vigoroso realismo el genuino espíritu norteamericano. Por su potencia dramática, su estilo rudo y directo, sus extraños personajes, es un auténtico fabulador. Como O'Neil en el teatro, Steinbeck innovó en la novela.

Se apunta que la novelística norteamericana que ha influido en el relato contemporáneo, no está ya en el orto. Declina. Sus fórmulas constructivas se van agotando. También los yanquis envejecen en literatura, el testimonio humano corre el riesgo de la "mass production".

—Pero hay unos poetas estupendos —sugiere el ruso— como Ezra Pound, St. John Perse, y ese Neruda que tienen Uds. en Chile.

Los poetas no parecen entusiasmar al auditorio.

Los italianos se reservaron para el último, mas cuando les toca el turno se encocoran: cada uno tira por su lado. Tienen candidatos distintos.

—Me gusta Moravia —dijo uno— a pesar de su pesimismo inveterado, porque nacido del "realismo mágico" de Bontempelli, se ha convertido luego en el más firme puntal, en el orientador del neorrealismo actual. Aun dentro de lo crudo y lo cruel, sabe conservarse lírico. "Los Indiferentes", "Agostinho", "La Romana" son libros inolvidables ¿Sus cuentos? Excelentes.

—¡Absurdo! —le contestó otro de los italianos, crítico por añadidura—. Moravia no sabe escribir. Ni Zola, ni Gide fueron tan lejos: es de un amoralismo horrendo. No ofrece salida. Todo es artificioso, elaborado en sus relatos: tema, trama, personajes. Ese "Amor conyugal", esa "Ciociara"... Suciedad. Siempre lo mismo: adulterio, pobreza, morbo introspectivo, crimen, sadismo, crudeza intencionada de tema y de expresión. Es, justamente, la contracifra de un premio Nóbel. Ese repugnante final de la "Ciociara" está tomado de "Las Estrellas Miran Hacia Abajo" de Cronin. Prefiero cien veces a Pratolini.

El tercer escritor italiano negó a los dos presuntos candidatos.

—Ni Moravia ni Pratolini. Al primero le sobran muchas cosas. Al segundo le falta obra. Mejor estaría Buzzatti, epígono de Kafka en cierta manera, pero muy original y firme en el relato. La literatura de evasión no tiene mejor cultor.

Se habló después, del poeta Ungaretti, del dramaturgo Ugo Betti —ya fallecido—, de Bachelli, de Brancati, de Silone. Si viviese Pavese —se anotó— y hubiera dejado más obra, ese sería el premiado. Todos ellos fueron aplaudidos y negados sucesivamente. Sólo cuando se evocó el recuerdo de Italo Svevo, los tres italianos asintieron: sólo la muerte une a los latinos. Era un maestro.

Tampoco Italia dió candidato perfecto.

—¿No está en trance de agotamiento la literatura europea? —preguntó el ruso— o habrá que acudir a los viejos narradores como Priestley, Kellermann, Palazzeschi, Duhamel, Knittel, Cronin?

Para hacer rabiar a los norteamericanos se propone la candidatura del hermético Ezra Pound. Para fastidiar a los rusos la del filósofo Sorokin. En serio se apunta a Toynbee como historiador y pensador idealista, cuya obra monumental es el mayor testimonio del criticismo contemporáneo.

Se menciona, aún, a Waldo Frank, retórico para unos; denso ensayista, ágil y lírico narrador para otros. André Maurois, de la polémica, resulta, alternativamente, escritor "fácil" y biógrafo incisivo.

Otro confiesa que oyó hablar de Maurois pero ignora a Waldo Frank.

—¿Qué lee usted? —inquire un curioso.

—Yo no leo libros. Produzco.

Después averiguo que el pedante es autor de dos libros y algunos versos y artículos en prosa. Tiene 43 años. ¡Si esto es producir!

Escuchando estas descalificaciones en masa, estas críticas exigentes —suenan todavía los nombres de Malraux, de Bromfield, de Saroyan, más negados que aplaudidos— indago discretamente entre los que discuten. Unos no leyeron a los autores discutidos, otros sólo uno o dos libros. De mis siete interlocutores ninguno tiene un conocimiento total, lo que sería mucho pedir, pero ni siquiera una idea aproximada, un conocimiento directo de cada autor y de su respectiva producción literaria. Se nombra libros que no se ha leído. Se juzga de oídas, mas por el chismorreo de diarios y revistas. La miseria del mundillo literario es que libros y autores se manosean con impavidez. Mi compañero sudamericano, más honrado, cuando ignora un libro o un autor, confiesa ingenuamente su ignorancia.

—Nada de autores pasados de moda, o ya caducos —arguye el francés—. El Nóbel no es para archivistas.

—Pero tampoco es una recompensa para los esnobs —se le replica—. Es la fatiga de una vida, la arquitectura de una inteligencia, la novedad de un pensamiento y de un estilo.



—Para mí —afirma el inglés— después de haber llegado hasta Gide, el supremo immoralista, está más allá del bien y del mal. (¡Cómo se habrán removido los huesos del fundador!)

Y ¿qué piensan los señores de Estocolmo? Esto es más sutil. Los señores de Estocolmo tienen suma experiencia, dominan toda la gama del "savoir faire". Si no encuentran un hallazgo de última hora por los países nórdicos —Suecia, Noruega, Finlandia, o acaso Dinamarca, Holanda, Bélgica— tal vez vayan a buscarlo a las nieves de Suiza o en las playas de Italia. Es tanto lo que desconocemos en la geografía literaria de Europa... Hay, además, India, Japón, China, las nuevas áreas asiáticas y africanas. ¿No podría venir de allá el milagro?

—¿Y por qué no de Sudamérica? —planteamos los sudamericanos.

Los otros seis nos miran sorprendidos, entre burlones y desconfiados.

Uno de ellos, como queriendo soslayar la pregunta plantea si el Nóbel recaerá, este año, en las esferas próximas al estilo arcaizante o en las del abstraccionismo intelectual. Pero nuestra demanda se vuelve insistente:

—¿Y por qué no de Sudamérica?

De Sudamérica, o de América Latina, o de Iberoamérica que comprende veinte naciones que forman la América del Sur, la América Central, México y las islas del Caribe, se sabe muy poco en Europa. Casi nada. Cuando mucho se oyó hablar de Argentina, Brasil, México. Para la inmensa mayoría somos todavía un subcontinente, exótico, pintoresco, inmenso, despoblado. Un mundo confuso, desordenado, que se desdibuja en las vagas imágenes del tropicalismo abigarrado y de mal gusto.

De la Mistral —nuestro primer Nóbel —nadie oyó hablar.

—¿Pero existen escritores sudamericanos de contenido universal? —pregunta un incrédulo.

—Claro que los hay: muchos —respondemos— tan cultos, penetrantes y depurados de forma como los europeos. En novela: el venezolano Gallegos, los ecuatorianos Icaza y Pareja Díez Canseco, el chileno Barrios, el brasilero Verissimo; el guatemalteco Asturias, el boliviano Céspedes, el argentino Mallea, el cubano Carpenter. Y no son todos, sino algunos de los mejores. ¿El más representativo de una literatura orgánica sudamericana, el que merecería el Nóbel por su interpretación de nuestra problemática social, del paisaje, y de las gentes, de nuestra turbación espiritual, y aun por léxico y estilo? Sin duda: Rómulo Gallegos, el recio autor de "Doña Bárbara".

Hablamos del monismo estético de Vasconcelos mexicano, cuya sola "Ética" da configuración propia a la filosofía continental. Del chileno Pablo Neruda poeta cósmico, genial, épico y lírico cuyo estro potente y genial apaga la música menor de los vates españoles contemporáneos. Recordamos a Franz Tamayo, gran aedo boliviano, fallecido hace pocos años, pensador profundo, poeta altísimo, que cantó la verdad de América en tragedias líricas de helénica hermosura y fuerza dionisiaca. Luego del ecuatoriano Carrera Andrade: sutilísimo. De los uruguayos Sabat Erasty y Oribe: metafísicos.

Pero donde la América del Sur tiene mejores candidatos al Nóbel es en el ensayo, género típicamente continental que corresponde a nuestra cultura en formación. Escritores realmente notables que resumen y condensan el drama nacional, dándole un contenido de universalidad —y además en forma bella— son, entre otros, el argentino Martínez Estrada, el mexicano Reyes, el brasilero Freyre, el venezolano Picón Salas, el colombiano Arciniégas, el peruano Sánchez, el uruguayo Zum-Felde, el cubano Mañach. ¿Jorge Luis Borges, argentino? Aunque habite en Buenos Aires y aunque escriba admirablemente, no es un escritor sudamericano. Su temática cerebral y de evasión, artificiosa, pertenece a la "tendencia atlántica", europeizante, que voltea espaldas a la realidad continental pretendiendo insertarse en el cuadro de las letras de occidente.

—¿Habría un candidato calificado por la originalidad y continuidad de su obra? —pregunta un interlocutor.

—No sólo uno —contestamos—. Aparte de Gallegos y Neruda en novela y poesía, provisionalmente, y sólo en el ensayo podemos mencionar a tres. Si se mide a un escritor por la elevación del pensamiento, la vastedad de la cultura, la elegancia de la técnica expresiva, la pluralidad de sus libros e intervenciones en el proceso intelectual, diremos que Alfonso Reyes en México, Mariano Picón Salas en Venezuela y Germán Arciniégas en Colombia, son figuras cimeras dignas de hombrarse con las más altas de Europa. Reyes, el de más edad, es ya un grande humanista, un verdadero patriarca de las letras continentales. Los otros dos, más jóvenes, las renuevan, las cargan de novedad y de sentido.

Los tres autores publicaron numerosos libros, sin que el número atente contra la calidad. Al contrario: superándose siempre. Se han movido con idéntica facilidad dentro del humanismo clásico, de la realidad occidental, de la verdad sudamericana. Todos tres son nietos espirituales del gran Martí, el insigne prosador del siglo XIX. Todos tres polígrafos como la necesidad continental exige: historiadores, críticos, ensayistas, biógrafos, narradores. Es peligroso encerrar a un escritor en un sólo libro. Pero léase la "Visión de Anáhuac" de Reyes, la "Biografía del Caribe" de Arciniégas, o "Regreso de Tres Mundos", el último de Picón Salas y se comprenderá por qué sostenemos que existe ya una literatura sudamericana, autónoma y surgen te, de tónica y estilo inconfundibles.

—No los he leído —dice dubitativo un italiano— ¿pero podrán compararse con un Papini o un Mauriac?

—Seguramente, sí. Reyes, Picón Salas, Arciniégas dicen en sus obras cosas tan interesantes —y tan bien dichas— como las que filtran de las páginas de los más ágiles ensayistas de occidente. Las dicen en un castellano rico de novedad y giros estilísticos. Son profundos y musicales al mismo tiempo. Su grandeza radica en su autenticidad. En medio a la crepuscular angustia de las literaturas europeas, estos vigorosos escritores de nuestra América joven tienen todavía un mensaje de amor, de esperanza, de belleza para la humanidad. Al masoquismo analítico del Viejo Mundo, se contraponen la inquietud emocional del Nuevo. En cierto sentido, aunque parezca exagerado, si se considera el poder de sugestión, la fresca expresiva, la vena pródiga que aviva su invención, el encanto misterioso de una lengua que renace y se peralta de su propio fuego, podría sostenerse que en la América del Sur comienza a escribirse mejor que en Europa.

A esta altura del debate los europeos nos miran sonrientes como pensando: "estos sudamericanos se han vuelto locos..."

¿Cómo hacerles entender que en los libros sagaces de Reyes, Arciniégas y Picón Salas —para no citar sino a tres entre muchos— se hallan planteos, revelaciones, hallazgos de concepto y de estilo, deliquios idiomáticos, y una tal hondura poética en la evocación y un tan noble equilibrio para el juicio crítico o estético, como lo darían las mejores páginas de Gide, de Hesse, de Morgan o de Huxley?

Nos han escuchado en silencio, con sólo cortas preguntas aclaratorias. El más audaz o el menos educado lanza su estocada:

—Es usted demasiado generoso con los escritores. A cada cual le coloca una corona en la cabeza.

Devuelvo el pinchazo con la misma impertinencia:

—Y usted excesivamente mezquino. Los descabeza a todos.

Naturalmente no llegamos al acuerdo. No ha surgido una figura capaz de unificar el criterio de ocho personas en tomo al Premio Nóbel de 1959.

Omito otras incidencias, muy sabrosas de contar, que la discreción diplomática me obliga a pasar por alto.

Más de la discusión ha venido una pequeña idea. ¿Por qué la América Latina —digamos, mejor, la América del Sur— no se independiza de Europa en esto de los Premios Nóbel? ¿Por qué no se crea los Premios América, o los Premios Bolívar para recompensar la tarea intelectual, la consagración de vidas a la ciencia y a la literatura en nuestro continente?

El Nóbel a Gabriela Mistral —bien dado— fué un milagro. Habrá que esperar cincuenta años para que nos caiga el segundo.

Y cabe preguntar —me dirijo a los más grandes— ¿de qué le sirven a México su grandeza industrial, al Brasil su potencia económica, a la Argentina su riqueza agrícola y ganadera, a Venezuela su prosperidad petrolífera, si nada pueden hacer por la cultura de nuestra América avizorada en conjunto?

Y no es que falten estadistas avisados o poderosos capitanes financieros. Los hay. Acaso no tuvieron tiempo de reflexionar el caso. Ya es hora de hacerlo.

Si no se pudiera dar a los Premios Bolívar —que se otorgarían anualmente abarcando a los escritores de nuestras veinte patrias— la misma estructura de los Premios Nóbel, porque acaso no tenemos todavía un químico, un físico, un matemático, un médico para recompensarlos por su obra notable cada año, al menos que aquellos lleguen anualmente, en igualdad de jerarquía y significación pecuniaria, a un poeta, un novelista, un historiador, un ensayista, un dramaturgo, un filósofo. Pero que se hagan las cosas como deben hacerse: en gran estilo, con seriedad, con responsabilidad, buscando equivalencia moral y material con los altos premios que otorga la Academia Sueca.

Si en vez de premiar sólo a valores señeros, se puede, aparte de éstos, extender el estímulo a otros que les sigan, pluralizando las recompensas con sentido social, mejor aún. La cultura debe llegar a las masas.

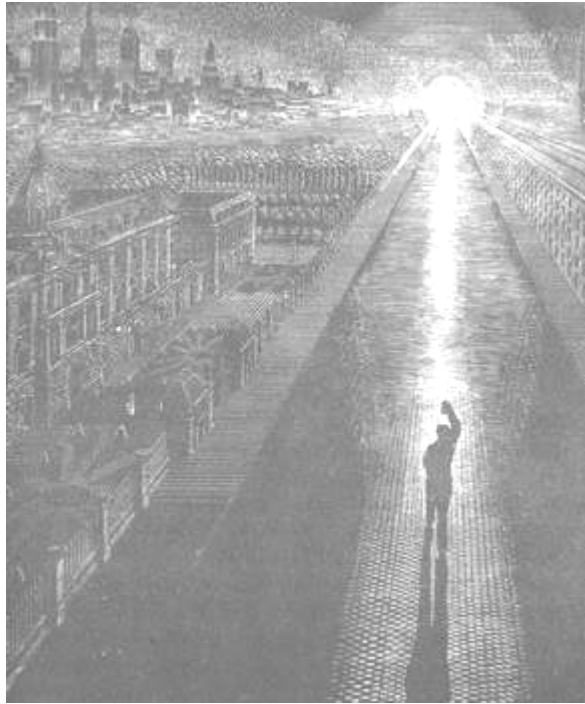
Es lo menos que pide clamorosamente nuestra América en orden al espíritu.

Los Premios "BOLIVAR". ¿Qué mejor símbolo de unión y elevación espiritual para consagrar la memoria del Héroe Continental?

Y al regresar solitario por los jardines del Pincio, donde se adormecen los bustos de los escritores que Roma quiso honrar para honrarse a sí misma, bajo los pinos altísimos y la fragancia de los tilos y las hayas que se esparce por las avenidas silenciosas, he pensado en la nueva lección de la Europa sapientísima.

—Recuerda y exalta a los héroes, a los políticos, a los estadistas que hacen la historia. Pero no olvides a los poetas, a los escritores, a los sabios que la cuentan. Que al cabo, por el modo cómo se perpetúan, es que subsisten los hechos de los hombres.

Si no existieran los exámetros de Hornero ¿quién recordaría las hazañas de Aquiles?



Grabado de Víctor Delhez

“... el hombre del continente y su conducta...”

### LA LÍNEA PSICOLÓGICA

ALLÍ, al norte, se preguntan: ¿Qué pasa en América Latina? Aquí, al sur, contestamos: ¿Qué ocurre en la América sajona?

El deterioro progresivo de las relaciones entre los Estados Unidos y sus vecinos del sur inquieta a los hombres de Estado. Se piensa que en la década 1961-1970, el hemisferio meridional deberá elegir entre unidad democrática o incrustación totalitaria. Un síntoma revelador: mientras los Gobiernos se pronuncian contra Fidel Castro, sectores populares apoyan la revolución cubana.

En la reunión de San José no se demostró, ciertamente, el entendimiento entre las naciones de las dos Américas.

Estamos en el primer peldaño. Y nadie sabe si el futuro del continente sube o baja por la escalera del destino.

Después de la Segunda Guerra Mundial los pueblos latinoamericanos fueron postergados en los beneficios de la paz. La ayuda financiera y técnica de los EE.UU. se volcó en Europa y en el Asia; ahora busca el África. El sistema interamericano se resintió de falta de cohesión y solidaridad. Las dictaduras merecieron trato igual que las democracias. Esa indiferencia del norte engendró resentimiento en el sur. Los altos índices de analfabetismo, las economías subdesarrolladas, los bajos niveles de vida, el desamparo técnico y financiero trabajaron por Lenin y contra Lincoln.

¿Se ha comprendido que en 1961 la justicia social y la necesidad económica determinan la libertad política?

Sería equívoco situar la crítica sólo en el plano político y económico. Poder y dinero no lo pueden todo. ¿De dónde proviene la desinteligencia continental?

Nos angustiamos por fortalecer la unidad política y geográfica, hacemos grandes planes financieros, pero nos olvidamos de la forma y del estilo en que conviven las naciones. La "demencia económica" de que habló Camus ha cegado los ojos para la amistad. La tecnocracia aplastó al espíritu. La reconstrucción de Europa y el dominio de los mercados continentales, hizo olvidar a los yanquis que existe una línea psicológica entre Norte y Sur América. Y ésta es la falla fundamental del sistema.

Hablamos lenguas diferentes. No se trata del inglés allá, el español y el portugués acá. Al cabo los idiomas se traducen y aproximan. Me refiero al alma de los pueblos, a la moralidad de su conducta, al estilo de sus formas y costumbres.

Existen un decoro del dar, una dignidad del recibir. El poderoso se ha de acercar con delicadeza al débil para no herirle con el espectáculo deslumbrador de su grandeza; y el pequeño se ha de curar de resentimientos y celos indebidos. Mas hay razón para recordar a los grandes que la fuerza es una responsabilidad permanente. Y prepotencia y cinismo, astucia y deslealtad deben desterrarse, en ambas áreas, si queremos edificar una América libre de miseria y de temores.

¿Ángulos de apreciación para situar el problema?

Que no se nos imponga la idea norteamericana por la propaganda desmedida; que ella sirva también para difundir el sueño sudamericano.

Técnicos y burócratas que bajan del septentrión deben elegirse cuidadosamente, por ser mensajeros de solidaridad. Deben ser corteses, discretos, porque uno sólo que se desafora echa a perder el trabajo noble de ciento. Y esto es muy importante para el orgullo sudamericano.

Se requiere una nueva diplomacia: al norte y al sur deben ir los mejores hombres, no material de relleno. Las culturas nacionales se estudiarán con simpatía, sin prejuicios, porque no se trata de imponer supremacías vitales, sino de aproximar y concertar.

La asistencia técnica suele ser menos urgente que la ayuda económica. En ambas deben intervenir los E técnicos de Washington parejamente con los expertos nacionales de cada país, porque los métodos del norte, transportados al sur, deben modificarse y adaptarse a las condiciones determinantes de cada región.

Respecto a viajes y becas. Hay que aliviar la pesantez, la escasa elasticidad de la burocracia yanqui, que esteriliza muchos esfuerzos de aproximación continental.

En esto de ganar amigos y facilitar las cosas en sentido práctico, los comunistas van al galope en Sudamérica. Los yanquis al paso.

La democracia se defenderá no sólo en las ciudades. Hay que llegar al sindicato, a la fábrica, al campo. No basta contar con los gobiernos: son los pueblos los que darán el veredicto final.

La mejor manera de entendernos consistirá en difundir al mismo tiempo, como partes integrantes de una misma realidad, la vida norteamericana y la vida sudamericana.

No se hable de "panamericanismo", palabra desgastada por el uso y la desviación internacional, sino de "interamericanismo", posición más lógica, más justa, más digna para todos.

No se trata, únicamente, de dólares y técnicos. Buena ayuda es la que llega dignamente. Menos turismo oficial, más intercambio de artistas, escritores, profesores, estudiantes, obreros, células vivas de la sociedad americana.

Para fortalecer la línea psicológica manejar la instrumentación sutil que liga a los pueblos: paciencia, tolerancia, concesiones mutuas, trato sagaz.

Primero el hombre del continente y su conducta. Después los problemas de la economía y de la técnica. Porque no hay negocio estable sin moral que lo respalde ni política internacional válida que no se base en la buena fe y en el trato ecuánime.

Veinte naciones quieren sentarse a la mesa con los Estados Unidos en plano de igualdad. Para hablar un mismo lenguaje: la verdad. Para afirmar idéntico destino: libertad política, justicia social. Para alcanzar la unidad democrática y la armonía espiritual, por la pluralidad convergente de sus diferencias particulares.

Para definir el futuro, ésta puede ser la última partida del "póker" continental. Jugar con los ojos bien abiertos.



Grabado de Víctor Delhez

“ ... es el joven guerrero sin ventura...”

### **BOLIVIA: CLAVE DE UN CONTINENTE**

Los Estados Unidos, como toda nación civilizada tienen dos clases de prensa; la prensa seria, constituida por diarios y revistas responsables, que saben lo que dicen y por qué lo dicen; y la prensa amarilla formada por publicaciones que sólo buscan el escándalo. A esta última pertenece "TIME" de Nueva York, que desgraciadamente circula en todos los países de América.

En su número del 2 de marzo TIME trae un artículo intitulado "Caos en las Nubes" en el cual se sostiene la peregrina opinión de la división de Bolivia.

¿En qué se funda la revista norteamericana para emitir el descomunal despropósito?

En un absoluto desconocimiento de lo que es la América del Sur. Estos tardíos epígonos de la geopolítica hitleriana, se imaginan que cuando las crisis políticas o económicas en los países que quedan al sur del Río Grande se prolongan más de lo debido, la solución consiste en trazar líneas sobre el mapa, abolir repúblicas, aplastar pueblos, mezclar economías, y echar abajo toda la arquitectura social penosamente levantada en ciento cincuenta años de vida democrática.

¿Qué hubieran dicho los abuelos de los ingenuos redactores de TIME, si cuando Lincoln luchaba por la unidad y la grandeza de los Estados Unidos, del Sur de América les hubiesen aconsejado la partición de su territorio, como la mejor manera de resolver sus problemas?

*Resumen de los despropósitos de "TIME"*

Sostiene la revista de Nueva York los siguientes dislates, dignos de un bailarín de "rock and roll" o de un famoso bebedor de whisky:

Que la Revolución de 1952 sólo ha dado a Bolivia el derecho a voto para los indios analfabetos; la abolición del ejército; y las grandes minas nacionalizadas.

Que Estados Unidos en seis años han contribuido con U\$ 129.000.000 o sea más ayuda a Bolivia que a ningún otro país en la tierra.

Que un embajador ha dicho: estamos perdiendo dinero en La Paz.

Que el presidente Hernán Siles Zuazo reconoce que la situación es crítica y explosiva.

Que los obreros de las minas ganan catorce sueldos y que no pueden ser despedidos trabajen o no.

Que los obreros particulares deben aportar el sesenta por ciento de su sueldo a la Caja de Seguro Social.

Que la inflación de la moneda boliviana es la peor del mundo.

Que el presidente Siles Zuazo habría dicho "morbosamente": el hombre que se sienta aquí —refiriéndose al sillón presidencial— siente siempre el cordel alrededor de su cuello.

Que los ingresos nacionales bajaron de dólares 93.000.000 en 1951 a dólares 57.000.000 en 1957 y siguen disminuyendo.

Finalmente, para coronar el esperpento, "TIME" —según me informan por cable— opta por preconizar la división de Bolivia.

Contestará primero los embustes y luego el infundio político-geográfico.

Desmenucemos, una por una, las diez absurdas afirmaciones de la revista "Time".

*Diez falsedades que se vienen abajo.*

La Revolución Boliviana de 1952 es un hecho continental; una experiencia americana que por su profundidad y contenido, no se puede juzgar frívolamente desconectándola de sus antecedentes históricos ni de su realidad política, económica y social. Hizo la reforma agraria, nacionalizó las grandes minas, repartió tierras a los campesinos, dió el derecho de voto y la ciudadanía efectiva a las mayorías trabajadoras, impulsó la industria petrolífera, adoptó una política internacional de vinculación ferroviaria, empezó a diversificar la economía, intensificó la enseñanza rural y la educación técnica, hizo la reforma educativa, mejoró la legislación social, etc., etc.

Con todos sus aciertos y con todos sus errores tiene el respaldo de una gran mayoría nacional que representa el setenta y cinco por ciento de electores.

Que el ejército ha sido abolido es totalmente falso. Cuenta con miles de soldados regulares y cerca de ochocientos jefes y oficiales, aparte de los cuerpos de Carabineros también tecnificados y eficientes.

Devuelvo aquello de "los indios analfabetos", con esta sincera confesión: prefiero nuestros indios bolivianos analfabetos, a las juventudes delincuentes de los muelles de Brooklyn o a los "gangsters" ruleteros que han ido a infectar la vida cubana.

Contestado el primer punto pasemos al segundo.

Falso que a Bolivia se haya dado más ayuda que a ningún país del mundo. Sólo en Corea invirtieron los Estados Unidos más de U\$ 2.000.000.000. Si esto se llamó "defender la libertad", ¿por qué la ayuda a mi patria no sería sostener la democracia?

Aquello de perder dinero en La Paz es un sofisma. Los EE.UU., pierden dinero en todo el planeta porque pagan un precio por el derecho de liderizar al mundo libre, de sostener el sistema democrático, la política de libre empresa y tener mercados abiertos para colocar sus productos y



obtener las materias primas que necesita. También los sud y centroamericanos perdemos mucho dinero comprando automóviles, películas, revistas, radios, refrigeradores, cocinas y artefactos eléctricos o viajando en aviones y navíos que nos imponen precios y servicios.

La frase del Presidente Siles Zuazo al definir la situación boliviana como "crítica y explosiva" alude a un enfoque interno y nada tiene que ver con la realidad internacional. Ha sido tergiversada.

Que los obreros de las minas no pueden ser despedidos es evidente. Pero esto pasa en todas partes. Aquí, en la sabia y cultísima Europa, en la bella Italia, hace pocos días los obreros ocuparon varias fábricas hasta que se les aseguró trabajo. La realidad social golpea a los países grandes como a los chicos.

No es evidente que los empresarios deban aportar el sesenta por ciento del valor de sueldos y salarios a la Caja de Seguro Social. La cifra ha sido muy exagerada.

¿Que con el dólar a 11,200 por unidad la moneda boliviana ha sufrido la peor inflación del mundo? Totalmente falso. Ignorancia crasa de la historia monetaria. Después de la primera guerra mundial Alemania soportó una inflación infinitamente mayor; y hace pocos años Grecia tuvo el dracma a cuarenta mil por dólar.

La alusión a los ex-Mandatarios Busch y Villarroel y la frase dramática del Presidente Siles Zuazo requieren explicación. No sólo en Bolivia se suicidan los presidentes. Baste recordar a Balmaceda en Chile y a Getulio Vargas en el Brasil. Busch fue un gran capitán, un idealista que se mató porque no podía transformar al país en la medida de sus sueños. Villarroel, no se suicidó ni fué colgado vivo: murió por un disparo de fusil en la revolución de 1946. Un grupo de exaltados colgó después su cadáver de un farol. De aquí el trágico equívoco.

Aquello de sentir "el cordel alrededor del cuello" lo pudo decir el presidente Siles Zuazo en un sentido ético, moralizador, para recordar que los que mandan no tienen derecho a equivocarse, y no en el gesto pesimista que le atribuye "Time" porque no lo conoce.

Es absolutamente falso que el presidente Siles Zuazo viva rodeado de hombres armados. Tuve el honor de ser su Ministro de Educación y puedo asegurar que por su extraordinario valor personal y por su ascendido espíritu democrático, rehuye toda exhibición de poder pecando más bien de lo contrario: una total despreocupación por su persona y su seguridad personal.

Basta de rectificaciones. Las visiones oníricas de "Time" se fueron como una cortina de humo.

Y ahora vamos a la ridícula tesis de la división de una república sudamericana.

*Lo que dicen la historia y la geografía.*

La idea no es nueva. A principios del siglo, cuando Polonia irredenta gemía bajo el yugo extranjero, cierto publicista cuyo nombre la historia olvidó, lanzó la peregrina iniciativa: la "polonización" de Bolivia para solucionar los problemas de un equilibrio continental.

Interpretando torcidamente la tesis académica de un escritor español, Carlos Badía Malagrida, quien en "El factor Geográfico en la Política Sudamericana" postulaba que en vez de diez naciones deberían agruparse éstas en sólo cuatro estados, para hacer más coherente el desarrollo del hemisferio sur, se propuso que como Bolivia carecía de litoral marítimo y se hallaba enclaustrada en el corazón del continente, lo mejor era repartir su territorio y sus riquezas naturales entre sus vecinos, alegando, entre otras razones, que la reivindicación marítima tenazmente sostenida por los bolivianos, constituía una fuente permanente de discordia.

La idea resultó tan desafortunada como efímera. Polemistas y estudiosos, después de acaloradas discusiones, llegaron justamente a la tesis contraria: en vez de ser factor de discordia y desequilibrio como se presumía, la nación andina surge entre los avatares de la historia y el determinismo de su encrespada geografía, como la clave del pasado histórico y el centro de equilibrio geográfico del hemisferio.

Antes de ser una nación histórica, era ya Bolivia una nación natural. El macizo Boliviano —promontorio de América lo llamó Humboldt— da contextura fundamental al país, coherencia a la síntesis cósmica de sus paisajes, fusiona los pueblos que lo habitan y se proyecta al continente.

Veamos su continuidad histórica: los "antis" y el mito andino; Tiahuanaku; los Kollas o Aimáras; el Imperio Incaico; la Audiencia de Charcas; el Alto Perú; Bolivia.

Si la América del Sur sondea su más remota genealogía, tiene que remontarse al tiempo mítico, al pasado cosmogónico cuando hombre y naturaleza lidiaban cara a cara. De los "Antis", primitivos pobladores que toman nombre de la Cordillera fabulosa, no queda certeza histórica, pero sí las leyendas de nevados y volcanes. Esa filosofía telúrica constituye el más antiguo tesoro poético del hemisferio.

Tiahuanaku, con un pie en el mito y otro en la historia, es ya documento vivo. Sus piedras venerables, para Posnansky, llegan a once mil años; otros piensan que sólo pasan de tres mil. Cultura abstracta, misteriosa, de glifos y símbolos aún no descifrados —esa maravillosa "Puerta del Sol", ese enigmático signo escalonado, esos Monolitos esfíngicos, esa arquitectura ortogonal— son todo el pasado andino aprisionado en teoremas de piedra.

No está escrita la historia del "Kollasuyo", antiquísima civilización de los Kollas o Aimáras, anterior a la de los Quéchuas o Incas que después los conquistaron. Hay quienes creen que fueron los constructores de Tiahuanaku. Señorearon un tercio del continente. Nos legaron su lengua —el aimára— que al decir de Villamil de Rada es el sánscrito de América, el recuerdo de sus leyes y sus guerras, su arquitectura monumental, su ingeniería hidráulica, una economía agraria de hondo contenido social, ceramios, danzas, cantos, poesías y leyendas que cuentan entre las más bellas del continente, una religión esotérica que todavía desconcierta al investigador.

Vienen luego los Incas, que se desprenden de la leyenda para tornarse en historia positiva. Grandes políticos, esforzados guerreros, sabios legisladores, los Incas dominaron lo que después se llamó el Gran Perú (formado por los territorios que hoy ocupan Perú y Bolivia) y se expandieron por el norte de Chile y la Argentina, llegaron al Ecuador y a Colombia; hasta una montaña en el Brasil tiene nombre quechua. Parece innecesario hablar de esta gran civilización que como la de toltecas, mayas, o nahuas se cuenta entre las mayores de la América precolombina.

Estas culturas remotas, que son el antecedente prehistórico, geográfico, lingüístico, demográfico y político de Bolivia, no diré que procedían todas de la meseta boliviana, pero al menos tuvieron en ella eminencia rectora, sede permanente, vertebrando las corrientes direccionales de la primitividad americana.

Bolivia es, pues, cuna prehistórica del continente.

En el siglo XVI, cuando los españoles conquistan América, dividen políticamente el hemisferio sur en Virreinos, Capitanías Generales y Audiencias. Durante la Colonia, lo que hoy es Bolivia se llamó Alto Perú, desde 1542 perteneció al Virreinato del Perú y desde 1776 al Virreinato de Buenos Aires. La Audiencia de Charcas, creada en 1559, era la más alta autoridad jurídica y administrativa en el Alto Perú.

El Alto Perú fue núcleo económico, laboratorio social y cultural durante la Colonia. La conciencia ética, jurídica y política que hará más tarde posible la República, brota del humanismo colonial de Charcas. Potosí tipifica la vida urbana e industrial de aquel tiempo; descontada la corriente poderosa de los ríos de plata que llenaban las arcas del Rey de España, en sus calles estrechas y frías nace el mundo americano. "¡Vale un Potosí!" —dicho de circulación mundial— es una realidad económica, y un hecho político-social.

Los oidores de Charcas, rebeldes y autonomistas sin darse cuenta, se apartaban lo más posible del Virreinato de Lima. Por tanto la autoridad civil como la Iglesia, en oscura intuición del futuro del continente, organizaron durante los siglos XVI, XVII y XVIII, constantes expediciones al oriente, a las vastas llanuras que hoy forman los departamentos bolivianos del Beni y de Santa Cruz, buscando una salida al Atlántico.

Si la Audiencia de Charcas con su famosa Universidad de San Francisco Xavier, fundada en 1624, o sea ciento cincuenta y dos años antes de que nacieran los Estados Unidos, es una clave para comprender la organización política y social de la Colonia; el Alto Perú, primero en proclamar la emancipación de la metrópoli y el último en obtenerla, después de quince años de lucha tenaz, es el germen fecundo de una América Libre. Repárese la historia, véase lo debido a los doctores de Chuquisaca, a los guerrilleros altoperuanos, a los grandes levantamientos populares que como el de Tuphaj-Katari en La Paz tienen proyección continental.

Tuvo España genial intuición de cuanto significaba el promontorio o macizo altoperuano, como centro de convergencia y señorío del hemisferio; fué el último florón que entregó al deshacerse el Imperio en sus manos.

Es verdad que Bolivia nace, en 1825, a la vida republicana, con un territorio desmesurado y contradictorio, lo que hizo pensar a algunos pesimistas que existían fuerzas centrífugas que minaban su unidad territorial.

Casi tres millones de kilómetros cuadrados, un extenso litoral sobre el Pacífico y sólo un millón de habitantes con fuerte proporción de las razas autóctonas. Así nacimos a la vida independiente.

Durante el siglo XIX, se rectifican las fronteras nacionales, se producen guerras fratricidas, los nuevos estados pasan por un proceso de reajuste y conformación. Mutilada salió Bolivia, privada de su litoral y de parte de sus riquezas territoriales y naturales, pero concentrada en su dolor y en la necesidad de subsistir buscó la integración nacional en esa unidad, geográfica y espiritual, que sólo alcanzaría después de la Guerra del Chaco —1932-1935— mediante la vertebración socio-económica de las tierras altas con los valles y las vastas llanuras nor-orientales.

No son únicamente un determinismo geográfico, ni sólo una constante histórica los que justifican la existencia de Bolivia. Por encima de la complejidad geológica, de las diferencias étnicas, del trilingüismo cultural, existe una poderosa voluntad de coherencia, un alma nacional que da "maravillosa unidad" —al decir de Jaime Mendoza— a este pueblo encaramado en la cima de América.

La multiplicidad y divergencia de los relieves físicos, el acontecer histórico infortunado, la economía dislocada y rudimentaria, han servido para forjar una nación valerosa, estoica, que consciente de un futuro mejor gravita con personería propia en el concierto continental.

#### *Realidad política y económica de Bolivia*

Hoy, con 1.100.000 Kms. cuadrados, con una población de tres millones y medio de habitantes, articulado el país en sus tres zonas fundamentales —meseta, valles y llanuras— Bolivia es un centro de convergencia internacional situado en el corazón de la América del Sur.

¿Que atravesamos una crisis política y económica? Es indudable. Las profundas transformaciones iniciadas en 1952 suponen todavía sacrificio y obstáculos por superar: estamos en proceso de reordenamiento interno. Las dificultades monetarias provienen de la caída del estaño y de la fijación de cupos restrictivos a su exportación. Pero para 1960 la producción petrolífera reemplazará al estaño y subirán los índices de exportación. Bolivia posee ingentes riquezas naturales en el suelo y en el subsuelo: estaño, cobre, plomo, zinc, wólfam, antimonio, oro, plata, bismuto, molibdeno y otros minerales. Exporta petróleo a los países vecinos y cada día se descubren y perforan nuevos yacimientos de hidrocarburos; su riqueza potencial petrolífera es sólo superada por Venezuela en el continente. Tiene goma, cacao, café, castañas, quina y otros productos tropicales. Gran variedad de maderas y riquezas forestales. Posibilidades ilimitadas para la agricultura y la ganadería en los llanos inmensos de Santa Cruz y del Beni que podrían contener cien millones de almas. Las aguas del Titikaka y los neveros de la Cordillera representan uno de los potenciales hidroeléctricos más considerables del hemisferio; cuando se realicen los proyectos de embalse del angosto del Bala, del angosto del Pilcomayo y del angosto de La Paz, nuestra economía agraria se acrecentará en gran escala.

La tierra sobra, la naturaleza aguarda, el habitante acoge. Faltan sólo capitales, brazos, más caminos. ¿Quién dirá que no es un país al que le espera un alto y venturoso porvenir?

Bolivia juega en la América del Sur un rol de influencia histórica y política que no se puede desconocer.

¿Por qué es absurdo hablar de la división de Bolivia? Porque las naciones no se borran del mapa de una plumada y el principio de auto determinación pertenece al estatuto jurídico de América; hemos demostrado cien veces, y valerosamente, la voluntad de ser nación.

Aparte de esa irrevocable decisión de soberanía y libertad de los propios bolivianos, hay que considerar el determinismo geográfico, las leyes socioeconómicas, la dinámica internacional que han situado en el corazón del continente esta "pequeña maravilla", como decía Bolívar, acaso para regular la marcha tranquila del organismo continental.

Y es que Bolivia es, ciertamente, un centro de sustentación y de equilibrio de la política sudamericana.

Une el norte con el sur del hemisferio. Sirve de báscula entre las potencias del Atlántico y del Pacífico. Amarra las hoyas del Amazonas y del Plata con las costas del mar que asoma al otro lado del muro de los Andes. Su altiplano es un aeropuerto natural y estratégico para la defensa del hemisferio. Centro de convergencia de las vías comunicatorias de tierra y de aire, está ligado al comercio de ultramar por los puertos chilenos de Arica y de Antofagasta, por los peruanos de Matarani y de Mollendo; y por vías férreas a Chile, al Perú, al Brasil y a la Argentina. Las nuevas ferrovías Corumbá-Santa Cruz y Yacuiba-Santa Cruz abren los grandes llanos bolivianos al intercambio comercial con los mercados del Amazonas y del Plata. Líneas aéreas de países vecinos, incrementan en nuestro país el turismo y el comercio del hemisferio. Nuestra economía que recién comienza a desprenderse de su antiguo carácter monoprodutor, para diversificarse en forma orgánica, se complementa adecuadamente con las economías circundantes. El petróleo nacional sirve el consumo de energía de las naciones vecinas. Nuestros minerales momentáneamente en declinación, volverán a prestar utilidad progreso industrial del hemisferio.

Tan evidente es ese rol fraterno y de equilibrio socioeconómico que juega Bolivia en el continente, que apenas suscribe un convenio comercial o cultural, inmediatamente es solicitada para otros que le piden países amigos, como si la ventaja concedida a uno significara la necesidad de regular también el trato a los demás.

¿Qué representaría la pretensa división del territorio y las riquezas de Bolivia? La ruptura del equilibrio continental y la aparición de una fuente permanente de discordias.

Tocante al flujo demográfico: hay quienes piensan que nuestra América debe repoblarse desde la periferia al centro, y quienes piensan a la inversa. Ambas corrientes se complementan y entrecruzan. Pero lo evidente es que a las influencias de tipo occidental que afluyen por los extensos litorales del Brasil y de Argentina, se contraponen las influencias norteamericanas que nos llegan por la dilatada costa de Colombia, Ecuador, Perú y Chile.

¿Cómo se encuentran y equilibran lo transatlántico y lo transpacífico? Como lo ha visto el presidente Kubitschek: en las tierras interiores, en el corazón del continente, allí donde alienta lo originario, lo comarcano, el alma de la provincia, que es, en cierto sentido, lo más fuerte y raigal de la americanidad.

En esa marginada geología, en ese desamparo cósmico, en el semidespoblamiento de las áreas interiores, Bolivia, esencia y símbolo de lo fidedigno-americano, cumple históricamente lo que la naturaleza prefiguró: es puente inevitable, núcleo originario, fuerza centrípeta equidistante entre el Pacífico, el Amazonas y el Plata.

En este tiempo de velocidades increíbles y descubrimientos técnicos asombrosos, cuando los estuarios y las metrópolis ribereñas se hallan expuestos a fulminante destrucción, los pueblos buscan instintivamente su propia interioridad, trasladan allí su potencial industrial, económico, sus

elementos defensivos, y por ese replegamiento sobre sí mismos, se fortalecen en organización material y en espíritu para afrontar los difíciles problemas de la era atómica.

América del Sur tiene que mirar y tender también hacia su propio centro. El futuro es interior, irradiando a la periferia.

Y si en el presente la Nación Boliviana es clave de interpretación histórica, centro político y geográfico de convergencia del acontecer continental, yo diré que para el porvenir de esta familia de pueblos que marchan a la unidad, la meseta boliviana y sus vastísimas llanuras orientales, son como el reservorio intocado que la Providencia y la naturaleza guardaron para un hemisferio todavía en proceso de formación y desarrollo.

Bolivia es tierra nativa por excelencia. Lo más entrañablemente sudamericano. La patria viva del folklore. El boliviano aunque no ande a la cabeza en técnicas modernas, es rico de espíritu y calidades humanas. ¿Dió mucho? Dará más todavía al continente.

Imán de adversidades y contradicciones para el ignorante y el malévolo. Aguja mágica que juega sobre el campo magnético del resurgimiento sudamericano. Fuerza tensora de empuje, de equilibrio, de reintegración continental. Mientras exista América del Sur subsistirá Bolivia.

El pueblo boliviano es el joven guerrero sin ventura: siempre en pos de la causa justa, romántico y desvelado siempre. Montado en el caballo blanco del ideal, custodiado por la verdad y la constancia, lucha valerosamente por su propia subsistencia, por su salida al mar, por una mejor estructura económica y social, por la unidad en el progreso de todas las naciones americanas.

Y aunque otros pueblos lo superen en el tamaño de sus riquezas o en las técnicas de trabajo, nadie podrá negarle el natural estoicismo, la reciedumbre espiritual con que se sobrepuso a su dramático destino en pugna tenaz con el infortunio y la injusticia.

En un sentido ético, en el plano de los valores del espíritu, encarnamos la conciencia rebelde del Continente Sur: a pesar de los yerros y los descalabros.

Que el filósofo y el pensador, el sociólogo y el economista, pongan la oreja al rumor que baja de la montaña.

Porque aquello que piensa y hace Bolivia: eso es América!